

HQÑ™

Fuera de
juego



**ANNA
CASANOVAS**

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 Anna Turró Casanovas
© 2015 Harlequin Ibérica, S.A.
Fuera de juego, n.º 67 - abril 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-6406-1

Editor responsable: Luis Pagni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Nota de la autora](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Para Marc, Ágata y Olivia

Capítulo 1

Washington, D.C.

Era la peor semana de su vida, de toda su miserable y jodida existencia. Si lograba salir adelante, algo que le parecía más que improbable en ese momento, cuando tenía la mirada fija en el fondo de un vaso de whisky, jamás le ocurriría algo peor. El mundo podía partirse en dos, el kraken podía atacarlo y arrancarle la cabeza y nada conseguiría jamás empeorar su situación actual.

En cierto modo era liberador, pensó mientras vaciaba ese vaso, igual que llevaba haciendo toda la noche. No había tocado fondo, no señor, él había ido mucho más allá. Él lo había perdido todo y ahora ni siquiera sabía quién era ni qué quería hacer durante el resto de sus días. Patético, sin duda, y lamentable.

Volvió a llenarse el vaso de whisky y siguió compadeciéndose de sí mismo. Estaba harto de mantener las formas y de fingir que era un hombre razonable. Estaba hecho una mierda, se sentía estafado y engañado, y lo peor de todo era que estaba furioso consigo mismo porque todo, absolutamente todo, era culpa suya.

Él era el único culpable de esa debacle. Él y solo él.

Él había sido el chico perfecto, había estudiado la carrera perfecta en la universidad perfecta y se había enamorado de la chica perfecta. Después se había casado y tenía la esposa perfecta para el trabajo perfecto. Y una mierda.

Ben se bebió ese whisky y se sirvió otro, ¿cuántos llevaba? ¿Seis, siete? Daba igual, nadie lo levantaría de ese sofá ni le obligaría a dejar esa botella hasta que él lo decidiese. Estaba solo, igual que lo había estado en los últimos meses y, quizá, en los últimos años.

Por más que lo intentaba no conseguía encontrar ese punto en el tiempo, aquel instante en el que todo se había ido a la mierda. Él creía que lo estaba haciendo todo bien; había estudiado derecho por vocación, durante los años que había trabajado como fiscal se había ganado el respeto de sus compañeros y de sus contrincantes, el paso a la política lo había dado porque creía desde lo más profundo de su corazón que podía ayudar a crear una ciudad mejor, un país mejor. Y, Dios, pensó, pasándose las manos por el pelo, había colaborado sin saberlo con un psicópata que había asesinado a cuatro personas a sangre fría y cuyo sueño empresarial consistía en inundar el país de armas.

Otro whisky, el ardor de la garganta no era nada comparado con el que le estaba destrozando el estómago y la cabeza.

Si los agentes encargados de investigar el caso de esos asesinatos no hubiesen desconfiado de las pruebas y no hubiesen llegado hasta el final, ahora estaría en la cárcel. O peor aún, muerto. Sin embargo estaba vivo, y dejando a un lado el *pequeño* detalle de que su esposa se había enamorado de ese maldito agente y lo había abandonado para irse con él a Boston, había salido relativamente indemne del asunto.

La botella estaba vacía, observó aturdido, pero por suerte había sido previsor y tenía otra preparada al

lado. La abrió, no sin cierta torpeza, y se llenó el vaso de nuevo.

Su matrimonio se había hundido al mismo tiempo que su carrera. Habría podido salvarlos a ambos, Victoria se había quedado con él el tiempo necesario para no dañarlo políticamente y el fiscal había accedido a mantener en secreto su participación en todo lo relacionado con los asesinatos. A él, al fin y al cabo, le habían utilizado y su ayuda había sido vital para resolver el caso y para reunir las pruebas necesarias para condenar a los verdaderos culpables. Pero no fue capaz de salvarlos, quizá no lograría recordar jamás el momento en que todo se fue a la mierda, pero sí que recordaría el momento en que decidió que no quería seguir engañándose ni conformándose con una vida perfecta.

No la quería perfecta, la quería suya.

Derramó unas gotas de whisky sobre la mesa y sobre la mano con la que estaba sujetando el vaso que vació tras levantarlo.

Él ni siquiera recordaba la última vez que había sido feliz con Victoria, verdaderamente feliz, ni la última vez que había sentido emoción por despertarse e ir al trabajo. Estaba casado con una mujer perfecta y tenía el trabajo perfecto, así que sencillamente cumplía con lo que se esperaba de él. Era lo menos que podía hacer.

Ese mismo día había firmado los papeles del divorcio. Victoria y él se habían citado en el despacho de abogados que habían elegido para llevar, muy discretamente, el tema. Victoria no estaba con Harrison. Así se llamaba el sucedáneo de James Bond del que se había enamorado. Al parecer él se había puesto en plan héroe y le había dicho que no quería que estuviera a su lado mientras estuviera herido. Si Victoria le hubiese insinuado, aunque hubiese sido solo durante un segundo, que ellos dos podían reconciliarse, Ben habría dicho que sí. Así de triste y asustado, por qué no reconocerlo, se había sentido en medio de aquel lujoso despacho de abogados.

Pero ahora no. Ben sabía que habría sido un error, habría sido volver al camino fácil, aquel por el que llevaba años, toda la vida, transitando y que nunca le había hecho feliz.

¿Cuándo había sido feliz por última vez?

La cabeza le daba vueltas cuando volvió a llenarse el vaso.

Tras firmar los papeles y despedirse de Victoria, Ben caminó por la calle. Al principio había creído que no tenía un rumbo fijo, quería pensar en lo que su ya exesposa le había dicho, “Quiero volver a ser tu amiga. Te he echado de menos todo este tiempo”. Aunque le doliera en el orgullo, Victoria tenía razón, ellos dos siempre habían sido amigos. Había sido una estupidez querer convertir esa amistad en algo más, pero eran tan perfectos el uno para el otro, sus vidas encajaban tan bien, que la tentación había sido demasiado grande. Él sabía que Victoria lo quería, y él la quería a ella, pero la suya no era ni había sido una gran historia de amor.

Esas historias no existían, se sirvió otro whisky, igual que tampoco existían los políticos honestos, ni los mares donde navegar sin llegar nunca al horizonte. Ni las noches interminables de sexo apasionado.

Derramó el vaso que tenía en la mano y se sirvió otro. ¿Desde cuándo le importaban esas cosas? Era culpa de Victoria y de su discurso sobre el amor de verdad, la pasión, la amistad y gilipolleces de esa clase, pensó bebiéndose el líquido ambarino.

Lo del mar, sin embargo, era otra cuestión.

A Ben le apasionaba navegar, pero hacía años que no se subía a un barco y mucho menos a un velero. Le costaba recordar la última vez que había sentido el viento del mar en el rostro o el sabor de la sal en los labios. No había tenido tiempo libre para dedicarse a eso, ni a su matrimonio, ni a sí mismo. Pero eso había acabado, ahora disponía de todo el tiempo del mundo.

Quizá había abandonado el despacho de los abogados sin un destino en mente, pero sus pies lo habían llevado hasta la sede de su partido. No le costó decidirse, subió un escalón tras otro y cuando llegó a la

oficina donde prácticamente había vivido esos últimos meses encendió el ordenador y tecleó su dimisión. La gente le hablaba, él no oía a nadie. Con la hoja de papel en la mano caminó hasta la sala de reuniones donde estaba el presidente del partido y sus asesores y se la entregó sin decir nada.

Intentaron detenerlo, le pidieron que se tomase tiempo para pensar. Él se limitó a contestarles que ya no había marcha atrás. Ese Ben, el congresista, ya no existía. Ahora era solo Ben.

Solo Ben estaba borracho.

Llenó de nuevo el vaso y sonrió como un idiota al recordar las amenazas nada veladas que había recibido de la dirección del partido: “Estás acabado”. “No podrás volver a dedicarte a la política en tu vida”. “Si nos dejas tirados ahora, Holmes, jamás lograrás nada en Washington”. Días atrás esas frases le habrían encogido el estómago y se habría echado atrás al segundo de escucharlas. Ahora las añadió a la colección de pruebas que demostraban que su vida era un fracaso y que en realidad llevaba tiempo sin importarle.

Por eso estaba bebiendo esa noche, porque acababa de darse cuenta de que ni perder a Victoria ni perder su carrera política le había importado demasiado. Se había asustado, se había sentido engañado, estafado, incluso insultado, pero no le había importado. No realmente.

Si el escándalo de Wortex no se hubiese producido, él habría seguido adelante con esa vida gris, con una mujer que no lo amaba apasionadamente y trabajando en proyectos políticos inútiles. Ahora lo había perdido todo, pero ni siquiera eso había sido decisión suya.

Al menos Victoria había conseguido librarse, pensó bebiendo el whisky, ella había recuperado la pasión, había descubierto el amor con un jodido espía, y le había abandonado. A Ben le dolía, en el orgullo y quizá también en otra parte, pero el principal sentimiento que lo embargaba si pensaba en ello era la envidia.

Se levantó del sofá, tardó unos segundos en dar el primer paso porque no quería caerse de bruces. Llevaba el vaso, su fiel compañero de esa noche, en una mano y se sentó frente al ordenador portátil que había en la mesa. Iba a tener que abandonar esa casa, no tenía sentido que se quedase allí ahora que estaba solo y que había dejado su trabajo. Nada lo retenía en Washington y en ninguna parte. Podía ir donde quisiera.

Tecleó sin pensar: Cerdeña.

Había visitado la isla italiana el verano que cumplió veinte años, de eso hacía quince. Entonces también había viajado solo, en contra de la voluntad de sus padres, y se había quedado tres meses trabajando a bordo de un velero alquilado por turistas con demasiado dinero y ningún conocimiento de navegación. Ese verano había sido feliz, había días en que el velero no se alquilaba y podían navegar tranquilos. La tripulación se reducía a la mínima expresión, así que todos hacían de todo, desde fregar los suelos hasta plegar las velas.

Entró en la página web de una compañía aérea y compró dos billetes, uno para Roma y otro para Cerdeña. Los vuelos conectaban y el primero, el que tenía Roma como destino, partía de Washington en menos de seis horas. Abrió otra página web, una de alquileres en la zona de Porto Cervo, el italiano que había aprendido durante ese verano regresó a su mente, probablemente gracias al alcohol, y fue capaz de discernir dos o tres ofertas interesantes. Escribió los correos a los propietarios de los apartamentos que le gustaron, unas pocas líneas, diciéndoles que estaría interesado en alquilarlo durante el mes de julio que empezaba al día siguiente. No esperó que le contestasen, con la diferencia horaria entre Estados Unidos y Europa lo más probable sería que no recibiera respuesta hasta al cabo de unas horas. Escribió un correo a sus padres para decirles que se iba de viaje (no especificó el destino) y otro a su exoficina del Capitolio para comunicarles que podían hacer uso de la casa cuando quisiera. Lo único que les pedía era que dejaran sus pertenencias bien almacenadas en alguna empresa de mudanzas; él se

haría cargo de ellas cuando volviese. Satisfecho consigo mismo, Ben se terminó el whisky, bajó la pantalla del ordenador y fue a ducharse. No tenía tiempo que perder.

De camino a la ducha se golpeó el pie con la puerta del pasillo y el dolor sirvió para empezar a diluir los efectos del alcohol. El agua helada hizo el resto. Se vistió con unos vaqueros, camiseta y jersey azul oscuro de cuello pico. En los pies, unas Converse que no se ponía desde hacía años pero de las que se había negado a desprenderse. No se afeitó, guardó los utensilios de aseo en un neceser negro y lo lanzó al fondo de la bolsa que iba a llevarse. Añadió camisetas, dos pares más de vaqueros, bañadores, otro jersey, ropa interior y otro par de zapatos. Nada más. Ni el ordenador ni ningún artilugio electrónico iban a acompañarlo, ni tampoco las corbatas o los trajes. Antes de cerrar la cremallera añadió una novela que llevaba años queriendo leer, *Grandes esperanzas* de Dickens, y un cuaderno en blanco.

Dejó la bolsa en la entrada y cogió las cajas de cartón dobladas que había junto a la puerta. Las había dejado allí Victoria por si él también quería utilizarlas para embalar. A Ben le dolía la cabeza, él no solía beber y, aunque la ducha y el café cargado que se había preparado en la cocina le estaban ayudando, no podían obviar el hecho de que él solito casi se había bebido dos botellas de whisky. Aun así, metió las pocas cosas que le pertenecían en esas cajas, ya dormiría en el vuelo hacia Roma.

Le bastó con cuatro cajas. Si no hubiera sido porque había tirado el whisky que quedaba por el desagüe, Ben se habría servido otra copa. Realmente su vida era patética. Quizá debería darle las gracias a Wortex por haberlo engañado y utilizado (y por haber intentado acusarlo de traición y asesinarlo). Por no mencionar que *gracias* al ambicioso e inescrupuloso empresario su mujer le había abandonado, porque había descubierto lo que significaba amar a alguien de verdad.

No tendría que haberse deshecho del whisky.

Cerró las cajas con cinta adhesiva y escribió en letras mayúsculas su nombre: Benedict Holmes. Estaba seguro de que se olvidaba algo aquí y allá, pero no le importaba. Esa casa nunca había sido su hogar y había tenido que perderla para darse cuenta. No la echaría de menos. Echaría de menos el sueño, esa imagen falsa de seguridad que le había proporcionado estar haciendo lo que se debía, lo que se esperaba de él.

Ahora ya nadie esperaba nada, ni siquiera él.

Dejó las llaves encima del mueble que había en el vestíbulo, se puso las gafas de sol y con la bolsa colgando en el hombro, salió y cerró de golpe.

Los periodistas llevaban días sin aparecer por allí, las noticias duraban un suspiro en la capital del país, y Ben se alegró de ello. Bajó el primer escalón y notó que respiraba con mayor facilidad que antes. Caminó un poco, estaba amaneciendo y quería despedirse de la ciudad, de la vida que no había llegado a querer pero que había deseado con todas sus fuerzas.

No habría sido feliz si hubiese seguido adelante, aunque tampoco infeliz. No se lo habría cuestionado, esa era la verdad y sin embargo ahora solo tenía preguntas. Y miedo.

Y estaba muy cansado y harto de que en medio de aquella vorágine nadie le preguntase qué era lo que él quería.

Notó que volvía la rabia y, dado que su intención había sido dejarla encerrada en Washington, en una de esas cajas de cartón con el resto de su pasado, levantó la mano y detuvo un taxi que pasaba por la calle. Entró y le dijo al conductor que lo llevase al aeropuerto. El hombre no lo reconoció, ni él mismo lo hizo cuando se vio por el retrovisor, ese no era él. O quizá sí y por fin había vuelto.

Pasó los controles de seguridad, el dolor de cabeza aumentó y mientras esperaba a que anunciaran el vuelo se tomó un zumo de naranja y desayunó. No pidió más cafés, no quería que la cafeína le impidiese quedarse dormido en cuanto el avión despegase. Estaba impaciente por irse de allí y dejar atrás Washington y lo que representaba.

Las horas de viaje le resultaron borrosas. El whisky, el cansancio, los malos recuerdos se difuminaron. Cuando abrió los ojos en Roma los cerró de golpe. La señora que tenía al lado, una dama italiana que viajaba de vuelta a casa con su esposo, se apiadó de él y le dio una aspirina. El matrimonio había estado en Las Vegas para celebrar su cincuenta aniversario de bodas y también se había detenido dos días en la capital. Evidentemente no le reconocieron, no tenían ningún motivo para hacerlo siendo italianos, y le dejaron dormir todo el vuelo. Excepto la última media hora, cuando la señora consiguió sonsacarle, Ben aún no sabía cómo, que acababa de divorciarse.

—No se preocupe, pronto se encontrará mejor —le dijo la mujer.

—Lo dudo mucho, pero gracias. —Ben se tomó la aspirina.

—Si hubiese sido el amor de su vida no se habría ido sin más —afirmó ella rotunda—. Uno puede irse de una ciudad, de un trabajo, de una casa, pero nunca puede irse de la persona que ama.

—¿Cómo lo sabe? ¿Tal vez sencillamente soy un hombre cómodo o un cobarde? O tal vez esa clase de amor de la que usted habla no existe. —Dejó el vaso en la mesilla plegable y al ver el modo en que ella lo miraba se arrepintió de lo que había dicho. La señora solo intentaba ser amable y había vuelto de celebrar sus bodas de oro, era obvio que ella sí creía en esa clase de relaciones. O quizá la había malinterpretado, su italiano al fin y al cabo estaba oxidado y esa frase, “irse de la persona que amas”, no acababa de tener sentido para él—. Discúlpeme, no pretendía ser tan brusco.

—No ha sido brusco, querido. —La mujer le sonrió y le tocó el pelo como si fuese su nieto. El hombre que la acompañaba, su marido, la riñó en italiano y ella se limitó a sonreírles a los dos—. Esos amores existen, créame, y usted no es ni cómodo ni cobarde. Tenga, llévese la caja de aspirinas. —La dejó en la mesilla y Ben se quedó mirándolas.

El matrimonio se despidió de él en el aeropuerto, la señora insistió en darle su dirección y Ben se sorprendió guardándola. Tuvo que esperarse dos horas, pero el vuelo hacia Cerdeña despegó en su horario previsto y fue muy tranquilo. El avión estaba medio vacío y Ben no tuvo a nadie sentado al lado.

Cuando pisó Olbia sintió algo parecido a lo que había sentido horas atrás en Washington al dejar su antigua casa, se le aligeró la presión en el pecho y respiró con mayor facilidad. Su trayecto aún no había terminado, todavía tenía que recoger las llaves del coche que había alquilado, también antes de abandonar los Estados Unidos, y conducir hasta el pueblo de Arzachena donde contaba con poder visitar el primer apartamento que le interesaba. Pero era el principio.

Capítulo 2

Boston

Pam había convertido en un arte lo de no tener ataduras en ninguna parte. El único ámbito donde utilizaba la palabra “compromiso” era el laboral y allí lo hacía muy en serio, tan en serio que no podía creerse que su jefe la hubiese cedido durante un mes al equipo que rodaba documentales para el *National Geographic* y pasatiempos de esa clase.

—No pienso perder el tiempo correteando detrás de leones o nadando con delfines, Stuart.

—Es el jodido *National Geographic*, Pam, cualquier cámara del mundo se sentiría halagado de que le hubiesen solicitado expresamente.

—Pues manda a otro, yo no pienso ir a la selva ni a ninguna otra parte. Apenas hace tres semanas que he vuelto de Argentina.

—Ni siquiera sabes adónde tendrías que ir —bufó Stuart—. No me has dejado acabar, te has puesto en plan *drama queen* en cuanto has entrado. No me gusta el pelo, por cierto, los mechones lilas te pegaban más.

Pam enarcó una ceja, esta se ocultó tras el mechón rosa del flequillo. Ahora lo llevaba más oscuro, parecía casi negro, así que el trazo fucsia captaba la atención al instante. El mechón fucsia no era la única nueva adquisición, también tenía otro tatuaje, una pequeña estrella en la parte interior de la muñeca.

—Me da igual donde sea, Stuart, los documentales de naturaleza no son lo mío y lo sabes.

Stuart Thompson estaba a punto de cumplir los sesenta años y dirigía una de las más respetadas agencias de noticias de Estados Unidos. La había fundado junto con dos amigos ya fallecidos cuando los tres tenían treinta años, porque querían contar historias con imágenes además de con palabras y no querían depender de los caprichos de un periódico o de una cadena de televisión. Ellos buscaban las noticias, las escribían y fotografiaban porque las vivían, porque estaban allí, y luego, si alguien quería, podía comprar esas imágenes y esos textos, pero no alterarlos.

Los periodistas, cámaras y fotógrafos que trabajaban para ellos compartían su modo de ver y entender el mundo y en la gran mayoría de casos acababan formando parte de una gran familia. Todos, excepto Pam.

Stuart había conocido a Pam cuando ella aún estaba en la universidad y le había fascinado la tristeza y el peligro que desprendían siempre las imágenes que la joven captaba con su cámara. Cuando la conoció, sin embargo, se quedó perplejo, empezando por su nombre, Pamela, que ella nunca utilizaba entero, y terminando por su aspecto físico. Los tatuajes, los cambios constantes de color de pelo, su estilo provocativo no encajaban para nada con el modo en que Pam retrataba la vida. Stuart la contrató de inmediato, convencido de que ella tarde o temprano le contaría por qué presentaba esa coraza al mundo, pero casi habían pasado diez años y seguía sin saberlo.

—Siéntate, Pamela.

Ella lo fulminó con la mirada, lo hacía siempre que él la llamaba así, pero obedeció.

—¿Qué diablos sucede, Stuart?

—Eso me gustaría saber a mí. En tu último trabajo estuviste diez días desaparecida. Joder, Pam, llegué a plantearme la posibilidad de que esos tipos te hubiesen descuartizado y dado de comer a los buitres del desierto.

—Eres un exagerado, Stuart. Además, ¿cómo querías que me infiltrase en esa banda de motoristas? No iba a decirles “hola, me llamo Pam y estoy aquí para filmar un documental”. No nos habrían contado una mierda. *Ángeles en llamas* está ganando un montón de premios y lo han comprado no sé cuántas cadenas de televisión, deberías estar contento.

—Tuve que sacarte de un hospital, Pam —le recordó Stuart furioso, sin reconocer que, efectivamente, ese documental estaba siendo un éxito—. Y hace seis meses te dispararon.

—No me dieron.

—Tuviste suerte. ¿Y qué me dices de hace un año cuando te rompiste una pierna y el médico te recordó que tenías no sé cuántos virus tropicales en el cuerpo?

—Gajes del oficio.

Stuart cogió paciencia.

—Estoy convencido de que si no fuera por tu amiga Susana apenas te veríamos el pelo por aquí.

—No sé, a ti también vengo a verte a menudo, viejo gruñón.

—No te servirá de nada guiñarme el ojo, Pam. Cada vez que vienes estás más delgada, más tatuada y pareces más dispuesta a jugarte el pescuezo. Sé que es adictivo, lo sé perfectamente, pero tienes que parar.

Pam se tensó y Stuart, siendo el gran fotógrafo que era, lo vio y mantuvo el objetivo, es decir, la atención, en ella.

—No sé de qué me estás hablando.

—Perseguir una noticia, sé que puede ser adictivo. Ese instante en que aprietas el disparador de la cámara y sabes que has capturado algo único, algo que hará historia, es... —suspiró—. Es solo eso, Pam, un instante. No puede convertirse en tu vida, créeme.

—No es mi vida.

—¿Ah, no? —Se cruzó de brazos—. Veamos, dime qué hay en tu nevera, o si en esa caja de zapatos que llamas apartamento has colgado cortinas, total solo llevas viviendo allí ¿cuánto? ¿Seis años? O dime cómo se llamaba el último hombre con el que te acostaste.

Pam se levantó furiosa de la silla.

—No sigas por allí, Stuart.

—Susana también está preocupada, me llamó el otro día porque al parecer tú, su mejor amiga, llevabas semanas sin cogerle el teléfono. No iba a decírtelo, de hecho ella me pidió que no lo hiciera, pero tienes que saberlo.

—Susana se preocupa por todo el mundo desde que Kev y ella han decidido convertirse en la familia feliz. A ella se lo perdono porque la quiero, pero tú, Stuart, tú te estás extralimitando.

—Sí, ya sé que solo soy tu jefe. De nada sirve que Melisa y yo te hayamos invitado a casa más veces de las que eres capaz de recordar ni que hayas pasado con nosotros no sé cuántos cumpleaños, pero sí, soy tu jefe.

—No he querido decir eso...

Stuart arrugó las cejas y disimuló la satisfacción que le dio notar que Pam se sentía culpable por haber menospreciado la relación que mantenían. Stuart sabía que, cuando fuese a casa, su mujer, Melisa,

lo reñiría por haberla utilizado para hacer reaccionar a Pam, pero tenía que hacer algo. Estaba preocupado de verdad por esa chica.

—Soy tu jefe —repitió— y como tal te he cedido al equipo del *National Geographic*. Vas a irte a Cerdeña y vas a pasarte un mes entero en un barco.

—¿En un barco?

—Sí, en un barco de vela que va a rodar un documental sobre la Costa Esmeralda.

—Eso puede hacerlo cualquiera, es un trabajo para principiantes. No tiene ninguna dificultad, ninguna intriga. ¿Qué vamos a filmar, los peces del mar Mediterráneo? ¿Los pijos que visitan los puertos de Cerdeña? Joder, Stuart, no me obligues a ir. Te prometo que descansaré y que no volveré a...

—No, vas a ir a Cerdeña. Ya está decidido, aquí tienes los billetes y la documentación. —Señaló una carpeta que había encima de la mesa—. Si tan fácil es el trabajo tendrás tiempo para descansar.

—No necesito descansar.

Cogió la carpeta y se dirigió furiosa a la puerta del despacho. La abrió y la cerró sin despedirse. Stuart soltó el aliento y se quitó las gafas, esperaba haber hecho lo correcto y que Pam con el tiempo lo entendiese. Él y Melisa habían llegado a querer a esa chica como si fuera su hija.

Pam llegó a la calle y se planteó muy seriamente la posibilidad de volver a subir y de seguir discutiendo con Stuart. Ella sabía cuidarse sola, sí, estaba un poco más delgada y sí, no le había hecho ninguna gracia que uno de los canallas a los que había entrevistado en su último trabajo le hubiese roto una costilla, pero eso no significaba que le gustase correr riesgos innecesarios, sencillamente que le gustaba su trabajo y que sabía hacerlo bien.

Cogió aire y lo soltó lentamente sin moverse de donde estaba. Conocía a Stuart como la palma de su mano, no serviría de nada que volviese y jugasen a quién de los dos gritaba más alto. Iba a tener que irse a Cerdeña y trabajar para esos persiguemascotas tanto si le gustaba como si no. Al menos solo era un mes, se dijo, un mes pasaba en un abrir y cerrar de ojos y podía aprovechar para nadar y relajarse un poco.

Respiró de nuevo y al llevarse una mano al pelo vio que estaba temblando. Le sucedía a veces desde su regreso y se había negado a contárselo a nadie. Ni siquiera a Susana. Tal vez Stuart tenía razón y necesitase descansar, admitió. Filmaría los peces o los multimillonarios que le pidiesen, dejaría la mente en blanco, se dejaría llevar por el director de turno y disfrutaría de la playa y del sol, pero nada de hombres. Eso tampoco se lo había dicho a nadie, pero hacía más de un año que no estaba con nadie y no se atrevía a plantearse por qué. El último había sido ese artista de Florida, el que conoció justo antes de volver a Boston y descubrir que a su amiga Susana la habían dejado plantada en el altar.

De haber seguido fumando —lo había dejado cinco años atrás—, habría encendido un cigarrillo. La conversación con Stuart la había alterado, pero no tanto como la preocupación que había visto en los ojos de su jefe. Ella también estaba preocupada, pero creía que había logrado ocultarlo. Mierda, ¿qué diablos le estaba pasando? Se suponía que llevaba la vida con la que siempre había soñado, sin complicaciones y sin ataduras, sin más responsabilidades que cumplir con su trabajo. ¿Por qué entonces llevaba meses con aquella angustia en el estómago?

Todo era culpa de Susana y de Kev, decidió de repente. Su mejor amiga había descubierto la felicidad y estaba empeñada en contagiársela a todo el mundo, en especial a Pam. Hasta que Susana no empezó a asediarla con preguntas respecto al futuro, al amor, a la soledad, a la vida, ella había estado perfectamente feliz. Ahora iba a tener un ataque de pánico en medio de la calle.

Sacudió la cabeza y abrió el sobre en busca de algo para distraerse y dejar de temblar. Acababa de empezar el mes de julio, ni en Boston hacía frío. Levantó la solapa e inclinó el sobre, dos billetes de avión aterrizaron en la palma de su mano.

Para el día siguiente.

Iba a matar a Stuart, mejor dicho, lo habría hecho si hubiera tenido tiempo, pero el muy cretino se había asegurado de que no lo tuviera.

Guardó los billetes de nuevo en el sobre y bajó la escalera de la boca del metro que tenía justo al lado. Tenía que ir a casa, preparar una bolsa de viaje e ir a visitar a Susana y a Kev, no podía irse de Boston sin darle un beso al precioso bebé de ambos. Ellos insistían en llamarla tía, así que iban a tener que darle de cenar y un lugar donde dormir, porque esa noche pensaba beber. Mañana, Kev o Susana la llevarían al aeropuerto. Era lo mínimo que podían hacer después de que su historia de amor de cuento de hadas (y de película erótica, según su mejor amiga) le hubiese llenado la mente de ideas absurdas sobre el amor y otras calamidades.

—¿Por qué llamaste a Stuart para decirle que estabas preocupada por mí? —fue lo primero que le dijo Pam a Susana en cuanto esta le abrió la puerta de su casa, una cabaña preciosa, como no, en medio del bosque.

Susana arqueó una ceja. Esa mirada aterrorizaba a los invitados que acudían a su programa de noticias de la televisión de Boston, pero a Pam no la afectó demasiado. O eso se dijo.

—Porque llevabas semanas infiltrada en una banda de motoristas que tienen por costumbre vender armas y quedar viudos.

—No tenías de qué preocuparte.

—Claro que no, ¿qué era lo peor que podría pasarte, que te encontrasen tirada en una cuneta? Vaya tontería, como tú siempre eres tan cauta y precavida y nunca te pasa nada. —Susana cerró la puerta y se acercó a su amiga para cogerla de la mano—. Sabes que te quiero, Pamela, así que voy a preocuparme por ti tanto como me dé la gana. Siempre. ¿Entendido?

Pam notó un nudo en la garganta.

—¿Lo ves? —balbuceó—. Me has hecho llorar, debería darte vergüenza.

Susana se rio y entonces apareció Kev con el pequeño Lucas en brazos.

—Hola, Pam, ¿la mecha rosa es nueva o se me pasó por alto la última vez?

—Es nueva. Dame a mi sobrino para que le achuche un rato. Y no se te ocurra hacerme una foto con el móvil como la última vez.

—Susana me ha dicho que la tienes enmarcada en tu casa y que la tienes de fondo de pantalla de todos tus aparatos.

—Eres una traidora, Susan —le reprochó mientras olisqueaba al pequeño—. Te odio.

—Yo a ti también —respondió Susana aprovechando para besar a su marido.

Pam abrazó a Lucas y desvió la mirada hacia los padres del niño. Ella se alegraba más que nadie de la felicidad de Susana, pero tenía que reconocer que una parte de sí misma no podía entenderla. Y otra le tenía envidia. No envidiaba el hecho que un hombre atractivo y honesto como Kev MacMurray la adorase ni que entre ellos dos existiese una atracción más que evidente, envidiaba la paz que transmitían cuando estaban juntos.

Ella nunca había sentido nada similar por nadie y lo cierto era que le parecía imposible. Si en aquel instante se le hubiese aparecido un unicornio y le hubiese dicho que el hombre más maravilloso de la tierra la estaba esperando para convertirse en el esclavo de todos sus deseos, probablemente le habría creído. Pero si ese mismo unicornio le dijera que algún día se abrazaría así a alguien y que ese alguien la miraría como si no fuese a abandonarla nunca, jamás de los jamases, se habría reído en la cara del animal mitológico.

—Si os dais otro beso voy a vomitar —le advirtió a la pareja, acercando la nariz a la del bebé. Lucas parecía ser el único hombre que le reía las gracias.

—¿Por qué estás de tan mal humor, Pam? —le preguntó Kev.

El excapitán de los Patriots de Boston llevaba gafas y se acercó a un precioso escritorio de madera que había en el salón para consultar su agenda. Pam sabía que, si le sacaba una foto a Kev MacMurray en ese estado, su cuenta de Instagram alcanzaría la estratosfera, pero ni se le pasó por la cabeza. Ella nunca utilizaría a sus amigos de esa manera.

—Sí. —La voz de Susana la hizo girarse—, normalmente tardas más de cinco minutos en quejarte de nosotros.

—No es normal que os estéis besando a todas horas, ya debería de haberseos pasado.

Susana le sonrió y Pam adivinó que su amiga iba a provocarla de nuevo. Efectivamente, esta caminó hasta su marido y sujetándole por la nuca volvió a besarlo.

—Susana... —le advirtió él, apretándole la cintura.

—Lo sé, lo sé —susurró—, es que Pam se pasó años diciéndome que tenía que soltarme. Además, me apetecía volver a besarte.

—Estoy aquí, ¿os acordáis de mí? —les recordó Pam—. Y Lucas no debería ver estas cosas.

—Lucas ha visto...

—¡Kev! —lo detuvo Susana.

—No quiero saber lo que has tenido que presenciar con estos dos maníacos sexuales, pero tranquilo, te salvaré —conspiró Pam con Lucas.

—Será mejor que os deje solas y me lleve a Lucas de aquí. —Kev cogió al bebé y, antes de apartarse, sorprendió a Pam dándole un beso en la mejilla—. Me alegro de verte, Pam. Cuídate y no vuelvas a preocupar a mi mujer, ¿de acuerdo?

—Oh, de acuerdo —suspiró exasperada—. Y que sepas que a mí tus abdominales y tus hoyuelos no me afectan, eres prácticamente mi cuñado.

Kev se alejó de allí riéndose y Susana aprovechó para servir dos copas de vino. Mientras lo hacía sonrió al recordar inesperadamente el día que Pam se presentó en su apartamento de soltera con unas botellas de tequila y una bolsa con limones.

—Tu marido es insufrible.

—Lo sé, pero alguien tenía que casarse con él y yo me he sacrificado.

—Sí, eres toda una mártir, solo hace falta mirarte. —Pam aceptó la copa y la hizo chocar con la de su amiga—. Me alegro de que seas tan feliz, Susan.

—Lo soy. —Bebieron un poco—. Y en parte es gracias a ti.

—Creo que el mérito es tuyo y de ese hombre engreído que acaba de irse, pero gracias.

—¿Vas a contarme por qué has venido con esa bolsa de equipaje? Dijiste que esta vez ibas a quedarte.

Las dos mujeres se sentaron en el sofá, la botella de vino estaba encima de la mesa con la que tocaban las rodillas. Mientras una sujetaba la copa en la mano la otra la dejó en el suelo junto a sus pies.

—Iba a quedarme, quería hacer un documental sobre los asesinatos de...

—Oh, no, otra vez un trabajo de infiltrada no. Creía que te dedicarías a trabajar como cámara de los programas de noticias y nada más.

—Eso lo hacía por ti y solo cuando estaba en la ciudad. Ya sabes que nunca ha sido lo mío.

—¿Y qué es lo tuyo? ¿Saltar de aviones en plena selva, pasarte semanas sin llamar porque se supone que eres la novia de un motorista traficante de armas? —Susana, la mujer que nunca perdía los nervios, la miraba tan furiosa como antes la había mirado Stuart.

—¿Puede saberse qué os pasa a todos? Stuart me ha dicho lo mismo, pero, lo creáis o no, no tengo ninguna intención de morir antes de tiempo.

—Nadie lo diría.

—Nunca he actuado como la loca que insistís en describir, lo único que he hecho ha sido perseguir la noticia, buscar la mejor imagen para contarla.

—Sin preocuparte si morías en el intento y sin dudar ni un segundo en abandonar a quien fuera que estuviese a tu lado en ese momento —Susana terminó la frase por ella y se quedaron en silencio hasta que esta, sin apartar la mirada de la bolsa de viaje, añadió—: ¿Adónde te vas esta vez?

—A Cerdeña, pero para trabajar con los cazamascotas.

—¿Stuart te ha cedido al *National Geographic*? —Susana sonrió satisfecha y aliviada.

—No estés tan contenta, señora metomentodo. Por tu culpa, y porque al parecer Stuart empieza a chochear, voy a tener que pasarme un mes persiguiendo delfines o qué sé yo.

—Te irá bien descansar.

—No empieces tú también. —Se levantó del sofá y paseó frente a la chimenea que evidentemente no funcionaba en esa época del año—. No soy como tú, Susana.

—¿Como yo?

—Yo necesito saltar de aviones, no puedo quedarme en el mismo sitio mucho tiempo.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos?

Pam parpadeó confusa.

—Nos conocimos en la universidad, así que hace...

—Mucho tiempo —terminó Susana—. Y en todo este tiempo, en lo que respecta a mí, no te has ido a ninguna parte.

Susana se levantó del sofá y se acercó a su amiga.

—No te pongas en plan jedi conmigo, Susan.

—Ven, vamos a bañar a Lucas y después cenaremos los cuatro en el jardín.

Pam no entendía nada así que dejó de intentarlo.

—Mañana tendréis que llevarme al aeropuerto.

—Kev te llevará, no te preocupes, aunque durante el trayecto te sermoneará por estar tan delgada y por tener tan mala cara.

—Dudo que tu marido se fije en estas cosas.

—Oh, él no tiene ni idea, pero me encargaré de decirle todo lo que quiero que te diga.

—¿Siempre has sido tan mala?

—Siempre.

—Bueno, te perdono si me dejas achuchar a Lucas recién salido de la bañera.

—Hecho.

Al día siguiente, Kev MacMurray la llevó al aeropuerto de Boston y se pasó el viaje entero diciéndole que tenía que ir con cuidado, porque, si volvía a dar un susto como ese a su esposa, él mismo se encargaría de buscarle un trabajo en la ciudad que no pudiese rechazar y de presentarle a todos los solteros que conocía hasta dar con uno que lograra engatusarla. Pam bromeó, le dijo que probablemente se acostaría con todos ellos y que después rechazaría el trabajo y el novio.

Él se rio y la riñó por el descaro, y después le hizo preguntas sobre el documental que iba a rodar en Cerdeña. Ella le contestó lo que sabía y por dentro pensó que era muy agradable saber que ese hombre, Susana e incluso Stuart se preocupaban por ella.

Era casi como tener una familia, algo que ella siempre había jurado que no quería. Sin embargo ahora notaba una presión en el pecho solo de pensar en ellos.

Pam se despidió de MacMurray con un abrazo que él le devolvió sorprendido, y se pasó el vuelo a Italia preguntándose de nuevo qué diablos le estaba pasando.

Quizá necesitaba esas vacaciones más de lo que creía.

Eso o se estaba haciendo mayor.

Capítulo 3

Cerdeña

Pam estaba exhausta cuando llegó a la isla, no había pegado ojo en ninguno de los dos vuelos y le dolía la espalda de haberse pasado tantas horas confinada en esas sillas. No lograba entender que la raza humana hubiese sido capaz de crear algo tan sorprendente como internet y siguiese siendo incapaz de diseñar aviones con las filas de asientos más anchas.

El resto del equipo había llegado dos días antes que ella, algo por lo que no iba a disculparse, pues a ella ni siquiera le habían preguntado si le apetecía viajar a Italia. Había dos buenas noticias en medio de todo aquel sinsentido, y las dos las había descubierto durante el vuelo. La primera, el director del documental que iban a rodar era Killian Strauss, un austríaco bastante agradable con el que había coincidido en una ocasión. La segunda, el resto del equipo eran dos personas, un matrimonio italiano. Ella era naturista y él biólogo, y, al parecer, habían colaborado en múltiples ocasiones con la revista de la misma productora. Con Killian al mando, y si la reputación de ese matrimonio no era exagerada, seguro que en una semana podían filmar a Moby Dick bailando con el monstruo del Lago Ness si se lo proponían. Y después se tomaría esas vacaciones que todos insistían que le hacían tanta falta.

Pam se subió a un taxi en cuanto salió del aeropuerto y fue directa al hotel, quería dormir un rato y ducharse antes de reunirse con los que iban a ser sus compañeros de trabajo. Killian le había mandado un mensaje al teléfono móvil diciéndole que se lo había facilitado Stuart y ofreciéndose a ir a recogerla. Pam le contestó de inmediato dándole las gracias y posponiendo el encuentro. Ella tenía un ritual antes de iniciar cualquier trabajo y, si bien ese proyecto en Cerdeña no podía compararse a filmar infiltrada en una banda de motoristas, quería cumplirlo.

Llegó al pequeño hotel donde la productora le había reservado habitación y, tras escuchar el breve discurso del conserje, del que entendió la mitad porque estaba agotada y hacía años que no sacaba a paseo el italiano, entró por fin en su dormitorio y se desplomó en la cama.

Ben no alquiló el primer apartamento de su lista, porque resultó ser una caja de zapatos de dudoso uso y procedencia. Tras la visita, se sentó a tomar un café en el local que había en esa misma calle, para levantar los ánimos, y se dirigió al segundo. Ese también fue un fiasco, pero, cuando abandonaba el edificio, se tropezó sin querer con una señora que llevaba un montón de papeles en las manos. Los papeles salieron volando por los aires y Ben se dispuso a recogerlos mientras se disculpaba.

—Lo siento —farfullaron ambos en italiano.

—He llamado al despacho y Maria me ha dicho que te encontraría aquí —le explicó la señora a la encargada de la inmobiliaria que le había enseñado el piso a Ben—. Quería darte la información de la casa cuanto antes.

—¿De verdad vais a pasaros todo el verano fuera, Ornella? —La agente inmobiliaria, Sofía, conocía a la recién llegada y sentía afecto por ella, sus familias habían sido vecinas durante años—. No sé si encontraremos a nadie, la casa aún está en obras, ¿no?

—Sí, pero hay una parte habitable. La idea de contratar a un guarda de seguridad no me gusta, me parece muy fría.

—Es solo una casa.

—Disculpen que las interrumpa. —Ben ya había recogido los papeles y se acercó a ellas que seguían hablando en medio de la escalera—. ¿Está buscando a alguien para vivir aquí?

En las fotografías aparecía una villa italiana en medio de un viñedo abandonado. Tanto la casa como el campo estaban en bastante mal estado, aunque el entorno sin duda desprendía una magia especial.

—Sí, mi marido heredó la casa hace poco. La finca lleva generaciones en la familia, pero mis suegros dejaron que se estropease tanto como la relación con su único hijo.

—Los Torneti siempre han sido así, Ornella, lo sabes desde que te casaste con uno de ellos.

—Lo sé.

—Yo podría quedarme en la casa —las interrumpió de nuevo Ben antes de que empezasen a hablar de la saga familiar. Tenía el presentimiento de que esas dos mujeres podían pasarse horas enlazando un tema con otro.

—Pero, señor Holmes, la casa está en obras. Ornella está buscando a un estudiante o a alguien por el estilo, alguien a quien no le importe vivir en esas condiciones.

—¿Tiene electricidad y agua caliente? —le preguntó Ben a la propietaria.

—Sí, la cocina y el baño funcionan y uno de los dormitorios está habitable. Las obras seguirán durante todo el verano, así que es probable que tenga que convivir con ellas.

—Acepto.

—Pero... —La señora de la inmobiliaria no daba crédito.

—Perfecto, Sofía y yo podemos acompañarlo allí ahora mismo. Le pagaré la cantidad que habíamos acordado con la agencia desde el principio.

—¿Va a pagarme para que me quede en su casa? —Ben no pudo evitar sonreír.

Sofía, la agente inmobiliaria, reaccionó:

—Ornella y su marido están buscando a alguien que supervise las obras. No es necesario que sepa de arquitectura ni nada por el estilo, solo quieren asegurarse de que los trabajadores vayan todos los días y de que la casa siga en pie. Ellos tienen que pasar el verano en Inglaterra con su hija.

—Mi pequeña va a graduarse allí y después quiere presentarnos a la familia de su prometido, la verdad es...

—¿Qué obligaciones tendría, señora Ornella? —la interrumpió de nuevo Ben.

—Llámeme Ornella, por favor. Pues tendría que asegurarse de que no tiren las paredes y de que no nos destrocen las viñas, quiero recuperarlas y volver a hacer vino. Le daríamos nuestro teléfono para que pudiese ponerse en contacto con nosotros, por supuesto. Ah, y tendría que dar de comer a las gallinas.

—Lo haré, pero no quiero el dinero.

Lo de las gallinas no acababa de verlo claro, pero desde que había recogido las fotos de la casa del suelo no podía quitarse de encima la sensación de que tenía que ir allí.

—Oh, insisto.

—No, no es necesario.

—Por supuesto que lo es.

Ben vio que no lograría salirse con la suya y aceptó a regañadientes, cuando volviera a Estados

Unidos ya encontraría el modo de devolverle el dinero.

Ornella y la agente inmobiliaria lo acompañaron a la casa que, efectivamente, estaba en ruinas. La villa se encontraba a pocos kilómetros de la costa, hundida en un valle y rodeada por colinas verdes. Las cepas de uva estaban secas pero la tierra aún recordaba cómo hacerlas crecer. En medio del camino había dos furgonetas, una tenía las puertas traseras abiertas y en su interior escondía las herramientas de los hombres que probablemente estaban trabajando en la casa.

Era el lugar perfecto para Ben, a él siempre le había fascinado la arquitectura. Aunque había estudiado derecho por vocación y por tradición familiar, sentía una profunda conexión con el dibujo técnico y con todo lo que estuviese relacionado con la creación y la modificación del espacio. No lo dudó ni un instante y dejó la bolsa en el que iba a ser su dormitorio. A pesar de que, tal como le había advertido Sofia, las comodidades escaseaban en la villa, tenía una cama, y eso era cuanto él necesitaba. Solucionaron el resto de temas formales y las dos mujeres lo llevaron de vuelta a la ciudad, donde Ben alquiló una motocicleta para realizar esos trayectos durante su estancia pues el coche de alquiler lo había devuelto hacía días. Era una Vespa blanca con la que se sentía muy cómodo, y cuando se montaba en ella y conducía por las curvas de la carretera de Porto Cervo no podía evitar sonreír. Quién era ese hombre y qué había pasado con el Ben de Washington. Si los miembros de su partido lo vieran ahora, seguro que no lo reconocerían.

Las obras no eran un infierno, eran una opereta, el resultado que se obtendría de mezclar una película de Fellini con una de los hermanos Marx. Ben lo sabía ahora que ya llevaba allí una semana. En ese tiempo había perseguido a una docena de gallinas, había evitado que los hermanos Paltrucci se liaran a golpes en medio de la cocina por culpa de Sira, la camarera que al parecer les había guiñado el ojo a los dos, y había aprendido a hacer regatas en una pared de obra vista. Por no mencionar que se pasaba horas leyendo libros de enología y agricultura, porque le costaba dormir bajo aquel cielo tan estrellado y con el ruido de la naturaleza de fondo. En esos instantes se sentía extraño, como si su vida anterior, la misma a la que iba a tener que volver en unas semanas, lo estuviese observando y riéndose de él.

Por lo demás, era extraño que nadie supiera nada de él. Allí nadie le preguntaba cómo llevaba el divorcio o si iba a volver a presentarse a las próximas elecciones del congreso. Ninguno de los trabajadores le había preguntado quién era o cómo había ido a parar allí, ni siquiera Tadeo, el capataz. Para ellos era solo Ben, un americano loco que había visto demasiadas veces *Bajo el sol de la Toscana*. En el pueblo, tras las bromas iniciales, también lo llamaban ya por su nombre, y por eso una mañana no le sorprendió que el encargado de la marina fuese a hablar con él mientras se estaba tomando un café en la terraza de un bar.

—Buenos días, Ben.

—Buenos días —le contestó sin quitarse las gafas de sol. Llevaba demasiadas horas despierto y los rayos se reflejaban en el mar que tenían a pocos metros de distancia.

—¿Puede ser que me dijeras que tenías el título de patrón de barco? —le preguntó Rick. El hombre se llamaba Rigoberto pero todos le llamaban por ese apodo.

—Capitán.

—Usted perdone, capitán.

Ben arqueó una ceja por encima de las gafas al ver que Rick no se alejaba, sino que se sentaba frente a él y se quitaba la gorra de béisbol que siempre llevaba para proteger la cabeza del sol.

—Necesito un favor.

—¿Qué clase de favor? —Ben decidió que había llegado el momento de quitarse las gafas.

—Unos americanos han alquilado un velero, el *Costa Esmeralda*.

—Que nombre tan original, ¿tú crees que los turistas lo pillan?

—Funciona, ¿me dejas acabar, americano?

—Capitán Americano, si no te importa.

—Es un equipo del *National Geographic*, quieren hacer un documental sobre el fondo marino o sobre los peces, no me acuerdo. Querían un capitán que hablase inglés y David acaba de largarse con su último ligue.

—¿Y ninguno de tus otros capitanes habla inglés? No me lo creo —añadió con suspicacia. La prensa no le había seguido hasta allí, de eso estaba seguro. Y sabía que él tampoco generaba tanto interés como para que unos paparazzi montasen esa clase de farsa para sacarle unas cuantas fotos barbudo y tomando el sol, pero no quería volver a pecar de inocente y que alguien lo utilizase. Y tampoco quería que esos periodistas lo reconocieran y le hicieran preguntas incómodas.

—No tan bien como han exigido, al parecer el director es un austríaco estirado que no quiere lidiar, y cito textualmente, “con alguien que solo vapulea el idioma”, y los otros miembros del equipo son un matrimonio italiano y una cámara de no sé dónde, creo que es inglesa, pero no estoy seguro. Te pagaré lo mismo que iba a pagarle a David, un mes entero de temporada alta.

Ben se replanteó la situación, no por el dinero, su economía era lo único que seguía en buen estado después de todo lo que le había sucedido, sino porque era prácticamente imposible que un austríaco y dos italianos hubiesen oído a hablar de él y porque tenía muchas ganas de navegar. Él jamás habría alquilado un velero de esas dimensiones para él solo y ahora prácticamente se lo estaban dando envuelto en papel de regalo y con un lazo.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Un mes, cuatro semanas para ser exactos. No sé si saldrán a navegar cada día, pero han contratado el velero durante todo ese tiempo. Te pagaré lo mismo que a David.

—Lo haré si puedo usar el velero cuando ellos no lo usen.

—De acuerdo.

—Y si mi nombre no figura en ningún documento —añadió Ben al instante.

—Entiendo —sonrió Rick—, no quieres tener que pasarle nada a tu exmujer.

El propietario de la marina no tenía ni idea de la identidad de Ben, solo sabía que era un americano que había ido allí a pasar el verano tras su divorcio.

—Exacto.

—Ningún problema, dejaré el nombre de David en los papeles. Los del *National Geographic* no han llegado a conocerlo así que, para ellos, David eres tú y listo. Tú asegúrate de no estropearme el barco, no quiero tener problemas con la aseguradora.

—De acuerdo. ¿Cuándo empiezo?

—Ayer.

Ben volvió a ponerse las gafas y sonrió a Rick, el día acababa de mejorar considerablemente. Por fin navegaría, y en un barco impresionante. Él había visto el *Costa Esmeralda* y, aunque el nombre le había parecido demasiado obvio, se había quedado embobado mirándolo.

—¿Qué habrías hecho si no me hubieras encontrado aquí? Lo tuyo es mucho más que improvisación, Rick.

—Algo se me habría ocurrido. —Rick dejó un billete sobre la mesa para pagar el café de Ben—. La cuestión es que te he encontrado y que los del *National Geographic* van a tener a su capitán, y que yo podré volver a pensar en maneras de matar a David cuando vuelva.

Los dos hombres se levantaron y caminaron hasta el embarcadero. Rick contestó una llamada, lo que le permitió a Ben caer en la cuenta de lo mucho que había cambiado en unos días, empezando por su aspecto. Estaba mucho más moreno, él siempre se había bronceado con facilidad, pero, desde que había

puesto un pie en la isla, su piel parecía decidida a convertirlo en italiano. No se afeitaba con tanta asiduidad, esa mañana lucía una barba de dos o tres días, y por culpa del viento del mediterráneo iba constantemente despeinado. Su atuendo era tan opuesto al de Washington que nadie de allí lo reconocería; llevaba una camiseta blanca, bañador y, encima, unas bermudas color marrón. En los pies, unas viejas zapatillas de deporte.

Caminaba distinto, también, mucho más relajado y cuando algo le hacía pensar en Wortex, en su antiguo trabajo o en Victoria, sacudía la cabeza hasta alejar esa imagen. Aún no sabía qué hacer con su vida y sabía que no podía seguir posponiendo esa decisión durante mucho más tiempo, pero iba a regalarse un mes más.

Fue entonces cuando notó una presión en el pecho y tuvo que detenerse un momento. Tardó unos segundos en identificarlo porque hacía siglos que no le sucedía nada parecido y le costó reconocerlo. Atracción. Una mujer lo estaba recorriendo con la mirada. Ben la miró a través de las gafas y dejó de respirar.

Ella estaba a pocos metros de distancia, llevaba una camiseta blanca de tirantes y tenía un brazo completamente tatuado, en el hombro nacían unas flores que caían hasta la muñeca y se enredaban en ella. El otro brazo estaba completamente desnudo de tinta, pero, en el cuello, por entre los mechones de pelo, se insinuaba otro dibujo. Las ganas que tuvo de apartarle la melena y verlo le sorprendieron tanto que tuvo que meterse las manos en los bolsillos para ocultarlo. Ella no llevaba gafas y tenía los ojos más marrones que Ben había visto nunca, eran unos ojos trampa, pensó, dejaban al descubierto que a su propietaria él le parecía muy atractivo pero al mismo tiempo no desvelaban nada más. El pelo también era de un marrón oscuro, exceptuando un mechón rosa fucsia que le cubría parte del flequillo.

Ben sintió una reacción tan visceral que le costó seguir andando. A lo largo de su matrimonio se había cruzado con mujeres que le habían resultado atractivas, pero nunca había sentido la menor tentación de acercarse a ellas y hacer algo al respecto. Allí, en medio de ese puerto y sin avisar, solo podía pensar en que quería averiguar si la camiseta y los pantalones cortos de esa chica ocultaban más tatuajes y si temblaría al tocarla.

Supuso que era normal, él tenía treintaicinco años y tarde o temprano su libido tenía que regresar, pero jamás se había planteado que fuera a sucederle de esa manera tan brusca y animal. Iba a tener que hacer algo al respecto, tal vez cuando volviese de pasear a los del *National Geographic* podía ir a buscarla, pero antes tenía que averiguar cómo se llamaba y dónde encontrarla. Tenía que ser una turista, si viviese en el pueblo ya la habría visto antes. Confuso aún por la reacción de su cuerpo, respiró hondo y se dirigió hacia ella. Cuando se detuvo delante descubrió a Rick a su lado y lo que a todas luces era un completísimo equipo de grabación.

—Permítanme que les presente a su capitán, David Shapiro

—Ben —dijo Ben, tendiéndole la mano a la desconocida. Fue un error, reaccionó tarde, fue como si no hubiese podido mentirle—. David Benjamin Shapiro —improvisó—, mis amigos me llaman Ben.

Ella lo miró a los ojos, las gafas parecieron incapaces de proteger a Ben, y le estrechó la mano.

—Pamela Roberts, todos me llaman Pam.

Ben le soltó la mano, no sin antes decidir que tenía la piel más suave y cálida que había tocado nunca, y dejó que Rick le presentase al resto del equipo. Todos lo llamaron David y él no los corrigió, de hecho, ahora que estaba unos metros lejos de ella, de Pam, le parecía mejor opción.

Rick se despidió y Ben se acercó a Libero, el marinero que lo ayudaría a tripular el velero. Juntos ayudaron a subir las cajas con el equipo fotográfico y las cámaras, y apenas media hora más tarde zarpaban del muelle.

Ben se quedó en el timón. Necesitaba pensar, una cosa habría sido acostarse con una turista, con una

desconocida, pero otra muy distinta hacerlo con una mujer con la que iba a trabajar durante todo un mes.

Capítulo 4

El capitán del velero era Benedict Holmes. Pam había tardado unos segundos en reconocerlo porque en su cerebro se había imaginado arrancándole la ropa y besando hasta el último centímetro de esa piel tan bronceada, pero cuando consiguió dejar de hacerlo, que no de desearlo, lo supo. Era Benedict Holmes.

Quizá otra persona no le habría reconocido, de hecho él tenía un aspecto muy distinto al que ella recordaba, iba sin afeitarse y despeinado, sin traje y sin esa cara de niño bueno de Washington que le había convertido en el congresista más popular de todos los tiempos. Pero ella era fotógrafa, se ganaba la vida observando y capturando imágenes, ella nunca olvidaba una cara y era especialista en saber encontrarlas. Ese hombre era Holmes, tan seguro como que él no quería que nadie lo supiese.

Pam podía entender a la perfección la necesidad de desaparecer, de querer olvidar tu pasado, así que no dijo nada. Iría a buscarlo más adelante y se lo diría, y le aseguraría que podía confiar en ella. Ella no era una adicta a las revistas del corazón, pero no hacía falta serlo para saber que Benedict Holmes acababa de divorciarse y que el congresista había dimitido de su puesto. Se había especulado mucho acerca de los motivos exactos de esa dimisión y Pam sospechaba que no tenían nada que ver con el divorcio, o no tanto como los rumores indicaban.

—¿Cuántas horas de grabación me dijiste que necesitabas conseguir? —le preguntó Killian desde la proa.

—Más de cien. Una vez editadas y recortadas apenas me quedarán dos o tres.

El documental que estaban preparando giraba en torno al viento y el mar Mediterráneo y la belleza de las playas que se creaban bajo el influjo de ambos. En un discurso algo poético y muy ecologista pretendían retratar el estado actual de las playas de Cerdeña para después completarlo con una narración sobre su historia y una proyección sobre su posible futuro. A Pam, cuando leyó la explicación en el vuelo rumbo a Cerdeña, le había parecido aburrida, pero después de ver esa costa creía que cualquier cosa que pudiesen hacer para protegerla merecía la pena.

—Iré a ver al capitán y le pediré que nos lleve a la playa rosa de Budelli. Creo que es el lugar perfecto para empezar.

—De acuerdo.

Pam observó a Killian acercándose a Ben, este lo escuchó con atención y después maniobró el velero hacia otra dirección. Era evidente que sabía lo que se hacía con el barco, y la curiosidad de Pam no hizo más que aumentar. Cuando lo había visto en el muelle se había quedado embobada mirándolo, se le había acelerado el corazón y se había mordido los labios de lo brutalmente atractivo que le había parecido. Entonces no sabía quién era, había creído que se trataba de un devastador italiano al que iba a conocer sí o sí en cuanto tuviese la menor oportunidad. Que él fuese el capitán del barco complicaba las cosas, que fuese Ben Holmes lo convertía en un sueño imposible, en una fantasía que tendría que quedarse en eso.

Era una lástima, una verdadera lástima, porque después de un año por fin se le había acelerado el

pulso al conocer a alguien.

—El capitán es americano como tú —la interrumpió Benedetta—. ¿Le conoces?

Pam dejó de fingir que estaba montando la cámara y vio que la ayudante de producción y su marido Enzo, que aparte de biólogo ejercía también de técnico de sonido, la estaban observando.

—¿Conocéis vosotros a todos los italianos que os encontráis por el mundo? No, no le conozco —añadió en voz alta y clara.

—Es una lástima que esté casada —siguió Benedetta.

—¿Cómo has dicho?

—Bueno, una lástima no. —Besó a su esposo un segundo—. Ya sabes a qué me refiero.

—Vamos a tener que trabajar juntos durante un mes —se justificó Pam al comprender lo que estaba insinuando Benedetta con un movimiento de cejas.

—Eso es cierto, a ver si aprendes de ella, cariño —la riñó Enzo—. En el trabajo no se piensa en ligar.

—A ti te conocí en el trabajo.

—Eso fue distinto.

Killian regresó entonces y les confirmó que el capitán iba a llevarlos hasta la playa rosa de Budelli y que podían empezar a trabajar. Pam cogió su cuaderno y se cargó la cámara pequeña en el hombro. Con los avances digitales podía capturar imágenes de mucha calidad con ella y le resultaba más ágil para las primeras tomas de contacto. Así podía hacerse una idea del paisaje y volver más adelante en busca de lo que de verdad quería dejar para siempre plasmado en el documental. Caminó hasta la popa del velero y se sentó allí a observar. Aunque en un principio se había negado a aceptar aquel encargo tenía que reconocer que necesitaba descansar. Llevaba demasiados meses perdida, aturdida por las prisas que ella misma insistía en imponerse. Quizá había llegado el momento de dejar de huir y de reflexionar si podía quedarse en un sitio, establecerse, echar raíces.

Un delfín apareció justo entonces ante sus ojos y se le erizó la piel de la emoción. El animal los acompañó durante un rato, hasta que se ocultó bajo las olas. Pam no supo cuánto rato llevaba allí pero cuando se giró y miró hacia delante vio que el velero estaba acercándose a una playa de arena rosada. Killian estaba en la proa sacando fotos y tomando notas, y Benedetta y Enzo ocupaban uno de los bancos que había al lado mientras preparaban el equipo y repasaban el guion en el que habían estado trabajando. Libero, el marinero que los acompañaba, no estaba por ninguna parte, así que Pam dedujo que se encontraría bajo cubierta. Ben seguía frente al timón.

Pam recogió sus cosas y se dirigió a la proa junto con sus compañeros. Cuando pasó por donde Ben estaba él mantuvo la vista al frente, pero ella habría jurado que el aire tembló un instante. O quizá fueran imaginaciones suyas.

Se detuvo, no pudo evitarlo.

—He visto un delfín —le dijo, y él sonrió.

Y a ella le importó esa sonrisa.

—Sería un delfín mular, viven en el golfo Aranci. Está cerca de aquí —le contestó.

—Era precioso y creo que le he gustado. —Él no dijo nada más, así que Pam optó por seguir, una cosa era que no pudiese arrancarle la ropa y otra que no pudiesen ser amigos—: He decidido tomármelo como una señal.

Ben arqueó una ceja por encima de las gafas de sol.

—¿Una señal?

—Sí, al principio no quería aceptar este trabajo, pero ahora me alegro de haberlo hecho.

—¿Porque has visto un delfín?

—No solo por eso.

Él apretó el timón.

—¿De dónde eres, Pam?

—De Boston, ¿y tú?

Él tardó demasiado en contestar y durante esos segundos Pam supo que iba a mentirle y que no iba a permitir que se hiciera amigos. Y mucho menos reconocer que se sentían inexplicable e intensamente atraídos el uno hacia el otro.

—De Australia. —De ahí era David, recordó Ben.

—Ah, creía que eras americano.

—No, pero trabajé allí durante unos años.

—Supongo que por eso me ha confundido el acento —añadió sarcástica y algo enfadada. Tal vez no tuviera sentido, pero le había molestado que él la engañase.

—Supongo.

Pam asintió y siguió caminando. De nada serviría que se quedase allí parada, no iba a obligarlo a reconocer quién era ni tampoco iba a delatarlo. Le seguiría el juego y se mantendría alejada de él.

Ben tuvo que morderse la lengua para no pedirle que volviera y que siguiera hablando con él. O que se quedara a su lado en silencio y le dejara seguir mirándola. Le bastaría con eso, pensó, sintiendo todavía como la sangre circulaba espesa por su cuerpo y como le latía el pulso o le escocía la piel. El aire entraba y salía pesadamente de sus pulmones y se le había formado un nudo en la garganta. Su cuerpo había despertado y se negaba a desprenderse de aquella sensación, estaba vivo por primera vez en demasiado tiempo.

—Avísame si ves otro delfín —levantó la voz para pedírselo y Pam se detuvo.

Ella giró el rostro y, al hacerlo, se le movió el pelo y apareció un tatuaje, una mariposa bajo el lóbulo de la oreja. Ben quiso tocarla.

No se dijeron nada, se miraron igual que en el muelle y Ben respiró entre dientes. Era imposible de controlar.

—¡David, capitán! —Libero lo llamó por el nombre que habían acordado—. He revisado lo que me ha pedido.

Ben sacudió la cabeza y se obligó a centrarse. Cuando volvió la vista al frente, Pam ya estaba junto a Killian.

—Gracias, creo que podemos atracar aquí. Les daremos una o dos horas y después navegaremos de regreso.

—Perfecto, capitán. Iré a avisarles.

Sí, mejor que fuera Libero, él bajaría y buscaría las cartas de navegación de David o algo igual de aburrido para ver si así reaccionaba de una vez por todas y recuperaba la normalidad.

Pam y Killian se subieron a la zódiac que llevaba el velero para acercarse a la playa y rodaron allí algunos planos mientras el técnico de sonido y el ayudante de producción se quedaban a bordo y hacían una lista de todo lo que necesitarían al día siguiente. Lo habitual era que los preparativos durasen toda esa primera semana y que rodasen durante la segunda y la tercera. La cuarta la reservaban siempre para buscar aquellos detalles que se les habían pasado por alto y para repetir secuencias. Pero uno de los factores que no podían controlar era el tiempo, y Pam había aprendido a no rechazar de entrada ningún bit de información que capturase con la cámara. En más de una ocasión una escena filmada el primer día de rodaje la había sacado de un apuro.

Se quedaron en la playa una hora y después volvieron al *Costa Esmeralda*. El viaje de regreso al puerto fue más tranquilo que el de ida, el sol se estaba poniendo y ningún miembro del equipo estaba pendiente de nada que no fuese contemplar el paisaje. Libero parecía tenerlo todo bajo control y Ben

dominaba el timón con tranquilidad. Pam se quedó en la barandilla por si su amigo el delfín salía a saludarla, pero no tuvo tanta suerte y la ausencia del animal la llevó a pensar en cómo ese viaje ya había empezado a afectarla.

Era la primera vez en mucho tiempo que no tenía que correr a ninguna parte y que no sentía la necesidad de esconderse. Ella había llegado a la isla dos días atrás, el primer día se lo había pasado durmiendo y el segundo hablando con Killian y con el resto del equipo. No era demasiado, había fines de semana que se quedaba en casa en Boston y no lograba desconectar, pero allí lo había hecho. Tal vez fuera la isla, o tal vez fuera el contenido del documental que tenía que filmar, o tal vez fuera que Cerdeña no le ofrecía la posibilidad de perderse en su trabajo. Seguro que Susana se reiría de ella si la viera tan profunda y pensativa, pero lo cierto era que Pam llevaba meses sintiéndose así, la paz que transmitía navegar en un velero por el mar Mediterráneo solo la había obligado a reconocerlo.

Desvió la mirada hacia Ben. Antes de subirse al avión que la había llevado a Italia, Pam se había comprado dos revistas del corazón, eran su placer culpable, uno que negaría ante cualquiera. En una de ellas hablaban del misterioso y repentino divorcio del congresista Holmes —nadie sabía los motivos y no parecía existir una tercera persona, o al menos ningún medio había logrado fotografiarla—, y también mencionaban que él había dimitido. Las fotos que acompañaban al texto mostraban un hombre completamente opuesto al que ahora llevaba el timón del barco, aunque estaba claro que era él. Pam no se preguntó por qué le había mentado, eso podía deducirlo: desconfianza, cautela, costumbre. Lo que sí quería saber era por qué estaba allí solo. Ella era una lunática con un pasado horrible y tenía un máster en no atarse nunca a nadie, pero él era un hombre de buena familia, un congresista, o excongresista, seguro que tenía amigos y conocidos para parar un tren, ¿por qué entonces parecía estar más solo que ella? ¿Y por qué ella tenía ganas de averiguarlo?

Respiró profundamente y apartó la mirada antes de que él la pillase. Cada vez que sus ojos se encontraban a ella se le fundía alguna neurona y tenía ganas de comportarse como la adolescente que no había sido nunca.

Hasta el momento las únicas personas que habían conseguido colarse bajo sus defensas eran Susana y Stuart. La SS los llamaba ella cuando la ponían furiosa. A Susana la había conocido en la universidad, no habían estudiado lo mismo, Susana era periodista y Pamela se había licenciado en Bellas Artes, pero sus facultades tenían la misma cafetería a medio camino y un día coincidieron en ella. Pam vio a Susana sola en una mesa, estaba tan concentrada en los libros que tenía delante que no se enteró de que un chico estaba intentado hablar con ella. Podría decirse que Pam se apiadó del pobre chaval y se dispuso a remediar la situación, y después básicamente decidió adoptar a Susana, o mejor dicho, se adoptaron mutuamente. Pam se encargaba de que Susana tuviese cierta vida fuera de los libros y Susana se aseguraba de que Pam supiera que no podía desaparecer sin avisar porque había gente, ella en concreto, que la echaría de menos. Cuando terminaron sus carreras, Pam se especializó en Fotografía y en Artes Visuales, y, aunque viajó muchísimo durante un tiempo, siempre volvía a Boston para visitar a Susana, y las amigas se escribían constantemente. En uno de esos viajes conoció a Stuart y a su esposa, la santa Melisa, y Pam casi sufrió un infarto al descubrir que Stuart, ese señor encantador que parecía estar de viaje con la familia, era el mismo Stuart Litz que había ganado el Robert Capa, el Lens, el World Press, el Prix Pictet, el Paris Photo y el premio de la Asociación de Fotógrafos. Stuart le ofreció trabajo en su agencia y Pam aceptó, tendría que haber estado mucho más loca de lo que estaba para negarse, y llevaba allí desde entonces, la única excepción era que siempre que estaba en Boston trabajaba como cámara del programa de Susan. Stuart había aceptado esa condición porque, según sus palabras, “es la única prueba que tengo de que Pam tiene un corazón bajo todos esos tatuajes”.

Pam sabía que lo tenía, lo único que pasaba era que había decidido protegerlo para que nadie pudiese

hacerle daño, porque si las personas que se suponía que más debían quererla, sus padres, habían sido capaces de hacerle lo que le habían hecho, ¿qué no le harían los demás?

Tembló y apretó los ojos unos segundos. No quería ponerse a llorar, llevaba años sin dejar que esos horribles recuerdos se entrometieran en su vida. Soltó el aliento y cuando volvió a abrirlos giró la cabeza y descubrió a Ben Holmes mirándola.

Capítulo 5

El muelle bullía de actividad cuando volvieron y Ben se tomó su tiempo para atracar y revistar hasta el último detalle del velero. Habría podido pedirle a Libero que se quedase a ayudarlo, pero le dijo que ayudase a sus clientes a bajar el equipo del barco. Quería estar solo un rato antes de abandonar el *Costa Esmeralda*, estaba furioso porque no podía acercarse a Pam. Era la primera vez en mucho tiempo que sentía esa clase de deseo. Joder, si era sincero consigo mismo jamás había sentido esa atracción tan animal y tan visceral, y no podía hacer nada al respecto.

Pam hoy no le había reconocido, probablemente la barba y las gafas habían ayudado, pero Ben no quería correr el riesgo de que lo descubriese. Él no estaba haciendo nada malo, no tenía de qué esconderse, pero, mierda, esa chica era periodista, o se acercaba mucho a serlo. Una cosa sería tener una aventura con una americana que se dedicase a vender zapatos en la Quinta Avenida y otra muy distinta era tenerla con una mujer que se ganaba la vida persiguiendo noticias. Ya podía imaginarse los titulares: *El excongresista Benedict Holmes se lame las heridas en Cerdeña.*

Ben se despidió del grupo con un adiós generalizado desde la cubierta y fingió estar muy ocupado con los mapas que estaba revisando. Les vería al día siguiente. Killian le había pasado una lista con las playas que quería visitar para el documental y le había pedido que organizara las travesías diarias de modo óptimo para todos. A no ser que lloviera o que el viento les jugase una mala pasada, Ben iba a pasar lo que quedaba del mes viendo a Pam a diario, así que lo mejor sería que se mantuviese alejado de ella y que encontrase rápidamente el modo de sacudirse de encima las ganas de averiguar cuántos tatuajes tenía realmente.

El ruido cesó pasados unos minutos, Killian, Bendetta y Enzo subieron a una furgoneta y se alejaron del muelle, Libero se dirigió silbando a las oficinas de la marina y Pamela giró el rostro hacia el velero. Quizá estuviera observando el mar, o quizá estuviera buscándolo a él, pero Ben apretó los puños y no volvió la cabeza y siguió repasando los mapas y anotando posibles combinaciones de rutas entre las calas que quería filmar Killian. Pam se fue, se perdió por una de las calles que nacían y morían en el muelle, y Ben bajó del velero media hora más tarde y se dirigió a una pequeña tienda que había descubierto a los cuatro días de su llegada y que parecía vender todo lo que él necesitaba. Antes de irse de viaje a Inglaterra, Ornella, la propietaria de la casa cuyas obras estaba supervisando, le dijo que podía hacer uso de la bodega. Hasta ese día no se lo había planteado, después de las dos botellas de whisky que se había bebido su última noche en Washington se le revolvía el estómago solo con pensarlo, pero esa noche era el momento perfecto para descorchar una botella de vino y acompañarla con una buena carne y una ensalada, o quizá incluso se atrevería a cocinarse un plato de pasta. Puso en marcha la moto y condujo silbando hasta el destartalado viñedo.

Tadeo, el capataz del peculiar equipo de carpinteros y albañiles que trabajaban en la casa, lo estaba esperando cuando llegó. El tractor de la finca había decidido dejar de funcionar esa tarde y Tadeo se preguntaba si Ben sabría arreglarlo. Meses atrás, Ben ni siquiera se habría planteado intentarlo, pero cuando el capataz se lo pidió le contestó que le echaría un ojo mientras él descorchaba una botella de

vino.

Ben hurgó por el motor del tractor, apretó unas cuantas tuercas y, utilizando el sentido común, descubrió un manguito roto que remplazó por otro que encontró en el cuarto de herramientas. Tadeo, que debía rondar los sesenta años, se sentó en una silla de paja a pocos metros de distancia y le contó hazañas de los antiguos propietarios del viñedo, los suegros de Ornella. Ben, manchado de aceite de motor y con el pelo con olor a mar, escuchó el relato como si fuese una vieja melodía saliendo de una radio. Cuando el manguito estuvo remplazado, giró la llave de contacto y rezó para que el viejo trasto funcionase.

—Sabía que podías hacerlo, muchacho —le felicitó Tadeo, levantándose.

—¿Muchacho? —Ben se secó las manos—. Creo que deberías irte, Tadeo, antes de que me llames chaval o que intentes explicarme de dónde vienen los niños. Cumplí los treintaicinco hace meses.

—Pues no lo parece. —El capataz se puso bien la boina y se dirigió hacia un Fiat que debería estar en un museo y no circulando por esas carreteras—. Todavía tienes ojos de no haber vivido nada que merezca la pena.

A Ben se le escapó una carcajada. Si ese hombre supiera la verdad...

—Voy a ducharme. Nos vemos mañana.

—Claro. —Tadeo apoyó una mano en el capó del coche y lo miró—. Come algo decente para acompañar esa botella de vino, Ben.

Ben lo saludó llevándose dos dedos a la frente y desapareció hacia el interior de la casa. El ronroneo del Fiat se alejó por el camino mientras él se metía bajo la ducha.

Pam estaba alojada en un hotel infernal. Los primeros días estaba demasiado cansada o demasiado aturdida para que le importase, pero esa noche, después de haber pasado todo el día bajo el sol en la cubierta de ese barco (e ignorando el misterioso atractivo de Benedict Holmes) le importaba muchísimo. La isla de Cerdeña estaba inundada de hoteles de lujo y a ella la habían instalado en un establecimiento que lograba que el Fawlty Towers de los Monty Python pareciese el Ritz. El resto del equipo estaba instalado en una casa que el *National Geographic* se había encargado de alquilar para ellos, y lo cierto era que tanto Killian como el resto la habían invitado a mudarse allí, pero ella se había negado. Pam exigía siempre por contrato disponer de alojamiento individual. Stuart quiso preguntarle el motivo en una ocasión, empezó a formular las palabras y se detuvo en cuanto vio que Pam se escondía tras una mirada vacía.

Ella ni siquiera se quedaba a dormir en casa de Susana y eso que era su mejor amiga y Pam estaba segura de que podía contarle la verdad. No lo había hecho, todo lo contrario, se las había ingeniado para seguir ocultando esa parte de sí misma a todo el mundo. Si tenía que quedarse a pasar la noche en algún lado, necesitaba una habitación para ella sola. No había más que hablar. Si eso era imposible, se las ingeniaba para mantenerse despierta y descansar únicamente en lugares públicos y que ella tuviese controlados.

No podía instalarse con el resto del equipo en la casa que había alquilado la cadena de documentales, las pesadillas la asaltaban cuando menos lo esperaba y, aunque esos días parecían mantenerse alejadas de ella, no quería arriesgarse. Además, se suponía que Stuart la había mandado allí para que desconectase y se relajase, si se encerraba en una casa con Killian, Benedetta y Enzo no lo conseguiría. Se pasaría las noches en vela y al final tendría que recurrir a lo de siempre. Y hacía un año que no utilizaba el sexo para esconderse.

No quería volver a hacerlo, no le gustaba la clase de persona en la que se convertía cuando eso

sucedía.

Llegó al hotel de los horrores. La recepción estaba tan desierta como de costumbre y se dirigió a su habitación. La luz parpadeó y no llegó a encenderse y el aire acondicionado no funcionaba. La mancha de humedad de la pared y esa zona pegajosa en medio de la moqueta del suelo (sí, moqueta) seguían allí. Dejó la bolsa con su cámara personal encima de la cama y se dijo que lo primero que tenía que hacer era ducharse, después lo vería todo con mejores ojos.

En el plato de la ducha había una pareja de cucarachas en plena cita romántica, Pam no chilló y giró el grifo del agua para echarlas de allí. El agua salió marrón y las cucarachas ni se inmutaron, así que Pam las dejó hacer y optó por largarse de allí. Era lo que tendría que haber hecho el primer día.

Cerró la maleta, no se había atrevido a sacar nada de ella, y volvió a colgarse la cámara del hombro. El resto del equipo pertenecía a la productora y se lo había llevado Killian en su furgoneta. Bajó la escalera y llamó a Stuart por el camino.

—Me largo del hotel.

—Nos estamos volviendo locos buscándote otro alojamiento, Pam —le contestó él cansado—. Siento mucho que estés tan mal instalada. Los de la agencia nos dijeron que iban a remodelarlo acabado el verano y fue lo único que encontramos en tan poco tiempo.

Pam sabía que su jefe no mentía, podía imaginárselo con la frente arrugada y el pelo blanco despeinado por culpa de la frustración.

—No te preocupes, Stuart. Sé que no es culpa vuestra.

—Toda la maldita isla está reservada, hay una regata, dos campeonatos de golf, no sé cuántas bodas y tres catas de vino. Mierda.

—Estaré bien, sé arreglármelas.

Llegó a la calle y giró hacia la izquierda. Tenía claro adónde iba.

—¿Vas a instalarte con Killian y los demás? Gracias a Dios.

Podría haberle mentido a Stuart, él no se enteraría de la verdad. Pero Pam se había prometido tiempo atrás que jamás volvería a mentir a nadie. El único tema con el que no era sincera era con su pasado, y ese secreto le pertenecía solo a ella.

—No.

—Me prometiste que tendrías cuidado, la última vez que te fuiste con un...

—No me voy con nadie —le interrumpió. No quería que Stuart le recordase qué sucedió la última vez que se fue con un hombre que era, a todos los efectos, un desconocido—. Me instalaré en el barco que hemos alquilado para el rodaje.

—Ah —suspiró aliviado—. ¿Puedes hacerlo? ¿Está bien equipado? ¿Es seguro?

Pam vio el mar a escasos metros y dejó que la brisa salada le rozase la piel. En los cafés cercanos al muelle había gente cenando y el italiano le hacía cosquillas en las orejas. Seguro que también podría oírlas desde la cubierta del barco y le harían compañía.

—Sí, es seguro. Está anclado en el muelle, a pocos metros de las oficinas de la marina que nos lo ha alquilado. Y la calle también está muy cerca y es muy concurrida. Estaré bien.

Pam omitió responder a la pregunta referente a si tenía permiso para entrar en la embarcación y dormir en ella.

—Está bien. Te llamaré en unos días para ver qué tal va el reportaje.

—Me llamarás dentro de unos días para comprobar que estoy bien y para regodearte, así que voy a ahorrarte trabajo —sonrió—. Tenías razón, Stuart, necesitaba unas vacaciones. Gracias.

—Te llamaré de todos modos, procura seguir así, Pam.

—Lo haré.

Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo de los pantalones cortos y caminó hasta las oficinas de Rick. Ella no tenía ningún inconveniente en colarse en el barco, pero quizá tuviera suerte y lo encontrara allí. El local estaba a oscuras, no se veía luz por ningún lado y Pam apoyó incluso la frente en la parte acristalada de la puerta y escudriñó el interior. Nada, no había nadie por ningún lado. Killian tenía el número de contacto, ella había visto como Rick se lo daba esa mañana. Podría llamarlo y pedírselo. Sopesó la situación y descartó la idea. Si llamaba a Killian este la invitaría a dormir a la casa con el resto del equipo, entonces ella se negaría y volverían a tener esa conversación tan estúpida e incómoda. No, lo mejor sería que se fuese al barco tal como ella había previsto y que esperase a mañana. Se levantaría a primera hora e iría en busca de Rick, seguro que no le importaría que se quedase a dormir allí, ese hombre parecía demasiado tranquilo como para que eso le molestase, y ella podía pagarle si lo estimaba necesario.

Cogió la bolsa del banco donde la había dejado mientras espiaba el interior de las oficinas y fue en busca del *Costa Esmeralda*. Era el barco con el nombre menos original de todos los que había en ese muelle, pero a ella la hacía sonreír. Las cosas sencillas siempre la habían fascinado porque para ella la sencillez era un sueño imposible.

Llegó al barco y durante un segundo la imagen de Ben Holmes apareció en su mente y la aturdió levemente. Era una lástima que él no fuese un italiano encantador, aunque entonces quizá no la habría afectado de ese modo conocerlo. Ella era una experta en fijarse únicamente en el físico de los hombres o en lo que estos pudiesen representar para ella; unas horas de placer, el modo de infiltrarse en una banda de motoristas, unos días de risas en las playas de Miami. Luego los olvidaba, nunca les engañaba respecto a sus intenciones y a ellos no les importaba. Todo lo contrario, siempre le decían que era gratificante encontrar una mujer tan sincera y honesta respecto al sexo. En las pocas ocasiones en las que Pam se había sentido atraída por un hombre más complicado, uno que sin duda habría impuesto también sus condiciones, se había alejado de él sin dudarlo. Y sin lamentarlo.

Ben Holmes era el primero que le hacía replantearse su comportamiento. Y quizá el único por quien, si pudiera, lucharía contra su arraigado instinto de protección. No podía, y no iba a hacerlo, significaría correr un riesgo demasiado elevado.

Mantendría las distancias.

Lanzó la bolsa de lona que la acompañaba siempre a la cubierta y tras escuchar el golpe que hizo al aterrizar en la madera, Pam también subió a bordo. Había estado observando a Ben durante toda la mañana —gajes del oficio— y no le costó encontrar el panel de las luces. Puso en marcha solo las necesarias para no darse de bruces con nada y se quedó sentada en el banco de cubierta observando las estrellas. Ellas le harían compañía y el susurro de las olas también. Pasaron veinte minutos, tal vez más, y al final se levantó. El cojín de plástico blanco chirrió un poco, igual que la suela blanca del calzado deportivo que llevaba.

Pam agachó la cabeza y bajó hacia el dormitorio que había en las entrañas del velero.

El interior estaba recubierto de madera y el ojo de buey invitaba a la luna a colarse. La cama era de matrimonio y las sábanas blancas. En la mesilla que había fijada en el suelo había una lámpara también blanca, la encendió y dejó la bolsa para inspeccionar el baño. Era pequeño, pero estaba limpio y olía a verano. Había dos juegos de toallas y una vela dentro de un farolillo que imitaba a los que utilizaban los viejos marinos. En conjunto, tanto el dormitorio como el baño desprendían un aire muy romántico, y Pam supuso que Rick lo alquilaba a las parejas que visitaban Cerdeña de luna de miel o para celebrar aniversarios señalados. Ese nunca había sido su estilo, y no lo sería, pero ahora estaría dispuesta a tatuarse un unicornio en la espalda solo a cambio de ducharse con agua caliente.

Giró el grifo del baño y suspiró de placer al notar que corría el agua caliente y que era cristalina y no

marrón como la del hotel. Se desnudó y se duchó sin prisa, y dio las gracias porque nadie le exigiese que se tatuase al unicornio en ninguna parte.

Ben habría dormido hasta más tarde, los del documental no le esperaban hasta la diez de la mañana y para eso todavía faltaban dos horas. Se suponía que el despertador no sonaría hasta las nueve, y en defensa del aparato tenía que reconocer que seguía en silencio.

—¿Benedict, estás despierto?

Ah, sí, por eso se había despertado, porque Tadeo estaba aporreando su puerta.

—Sí, ahora sí.

Se sentó en la cama y se frotó el rostro. La noche anterior se había quedado despierto hasta tarde, había cenado en el jardín, en esa mesa de madera que tanto le gustaba, y había acompañado un delicioso entrecot con dos copas de muy buen vino.

Menos mal que no se había terminado la botella, pensó mientras se acercaba a la puerta dispuesto a insultar a Tadeo.

—¿Qué pasa?

—Las gallinas esas que insistes en salvar han vuelto a escaparse, y los chicos han derribado sin querer uno de los muros del establo, aunque la verdad es que ese muro ya llevaba años cayéndose así que sin...

—Espera. Vamos por partes. No me llames Benedict.

Tadeo lo miró con condescendencia.

—Está bien, muchacho.

Se lo tenía bien merecido, pensó Ben, él solo había caído de cuatro patas en la trampa del italiano.

—Voy a ducharme. Buscad a las gallinas.

Veinte minutos más tarde, Ben tuvo que volver a meterse bajo el chorro de agua porque Lui, uno de los chicos de Tadeo, le había lanzado encima, sin querer, el carro con el estiércol. Tras esa segunda ducha, Ben se montó en la Vespa y se fue de allí antes de que le pareciese buena idea arrancarles la cabeza a esos tres italianos. Cuando volviese al atardecer ya se ocuparía de las gallinas y del muro, aunque algo le decía que las gallinas volverían a estar encerradas en el gallinero y que habrían resuelto lo del establo. A Tadeo le gustaba dramatizar, acudía a él cuando en realidad ya sabía cómo solucionar el problema. Y no solo eso, Ben había descubierto que esas gallinas jamás se irían de allí, las muy sádicas salían a pasear a diario y después regresaban a casa como si nada. Locos, estaban todos locos.

Aparcó la Vespa frente al café donde Rick lo había encontrado el día anterior y pidió uno muy cargado. Faltaba una hora para que llegasen Killian y los demás, iría al barco y lo prepararía para zarpar. Se bebió el café y desayunó un poco. Iba a felicitarle por no haber pensado en Pam ni en sus tatuajes, sus piernas o sus ojos, en especial sus ojos, cuando comprobó que no podía hacerlo porque se había pasado la noche soñando con ella. De ahí también provenía parte de su mal humor (la mayor parte). A sus treintaicinco años de edad y con un divorcio a sus espaldas, se había pasado la noche soñando con una mujer.

Genial, su vida solo podía ir a peor.

Pagó el desayuno y volvió a la calle con las gafas de sol puestas, hacía un día tan claro y caluroso que los rayos de sol rebotaban en el mar. Era precioso, pero a Ben le incomodó aún más. No podía dejar de pensar en que tenía calor, en el sudor que le resbalaba por la espalda, y en si Pam tendría que recogerse el pelo en lo alto de la cabeza y él podría por fin descubrir si escondía otros tatuajes además de la mariposa.

Subió a cubierta del *Costa Esmeralda* y el deseo que había amenazado con quemarlo se heló de pronto. Había alguien allí. El intruso había sido cuidadoso, pero Ben recordaba perfectamente cómo había dejado las cosas y podía señalar sin miedo a equivocarse las que habían cambiado de lugar.

Si Tadeo no le hubiese despertado, si Lui no le hubiese echado encima varios kilos de estiércol, si no se hubiese pasado la noche deseando a una mujer imposible, quizá su cerebro habría reaccionado mejor y habría atinado a llamar a la policía.

No lo hizo, no bajó del barco ni fue a buscar a Rick o a cualquier empleado del muelle, se dirigió solo hacia el camarote dispuesto a enfrentarse a los ocupas. Hacía meses que quería pelearse a puñetazo limpio con alguien. La posibilidad de que esos intrusos fuesen armados y pudieran matarlo, ni siquiera le pasó por la cabeza. La vida, había aprendido, no era lo peor que podían arrebatarse.

Capítulo 6

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¡Sal inmediatamente y cierra la puerta!

Ben se quedó petrificado. Su cerebro podía oír la voz de Pam ordenándole que se fuese, pero era incapaz de procesar las palabras. Era incapaz de moverse.

No podía apartar la mirada de ella.

No podía soltar la manecilla que estaba sujetando tan fuerte que no tardaría en romperse.

No podía respirar.

Estaba incluso mareado de lo rápido que había empezado a latirle el corazón y podía sentir que la sangre se había espesado en sus venas y corría apresuradamente, apretándose contra la piel y los músculos. Jamás había perdido el control de su cuerpo de esa manera, era como si su mente le hubiese desertado y estuviese observando la escena desde el exterior. Nada le había preparado para aquel encuentro, y mucho menos para ella.

Ben tenía que decir algo. Su voz, sin embargo, estaba atrapada en algún lugar de la garganta. Se humedeció los labios y carraspeó en su búsqueda.

—Qué... qué... —Apretó los labios y tragó saliva—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Pam estaba de pie frente a la puerta del baño, una toalla blanca le cubría de los pechos a las rodillas pero dejaba los hombros y los brazos al descubierto. Un brazo y un hombro completamente tatuados, uno vacío de tinta. Tenía el pelo mojado y, detrás de ella, el espejo y la mampara de la ducha seguían cubiertos de vapor.

Ella colocó ambas manos bajo las axilas para sujetar la toalla, aunque a Ben le pareció que también buscaba protegerse con aquella postura, y le preocupó. Durante un segundo Pam pasó de enfadada y sorprendida a asustada y Ben se obligó a soltar el picaporte y a relajar los hombros, incluso dio un pequeño paso hacia atrás.

Pam soltó el aliento despacio, el torso subió y bajó con la toalla y la luz del sol que entraba por los ojos de buey le iluminó la piel de los brazos, la tenía erizada y con unas cuantas gotas de agua esparcidas por encima.

—Tuve que irme del hotel —le explicó entonces a Ben—, me pasé por las oficinas de la marina pero ya habíais cerrado. Iba a ir ahora. ¿Te importaría dejarme a solas para que me vista?

Esa última pregunta consiguió decirla mirándolo a los ojos, y Ben sintió el extraño impulso de ir a abrazarla, de protegerla. No lo hizo, por supuesto, retrocedió otro paso y asintió:

—Por supuesto. Te esperaré arriba.

Ben cerró la puerta y se quedó en el pasillo. Los músculos del cuerpo permanecían rígidos, oponiendo resistencia a alejarse de allí. Apoyó la cabeza en la madera y cerró los ojos, los de Pam seguían grabados en su mente. Unas palabras de Victoria resonaron entonces dentro de él: “No me ves. Nunca me has visto, es como si no pudieras, como si para ti no existiera nadie excepto tú y tu carrera”.

Tragó saliva y cerró los puños.

Por fin entendía esa frase y tenía que reconocer, aunque le doliera, que Victoria tenía razón. Él nunca

la había visto, ahora lo sabía porque la primera mujer que veía de verdad era Pamela, con sus tatuajes, sus ojos llenos de miedo y la piel erizada por el aire y quizá porque él la estaba mirando.

Qué distinto era ver a alguien de verdad a solo observarlo, qué abrumador. Si no volviera a ver nunca más a su exesposa, su recuerdo se desvanecería. Si Pam desapareciese ahora de la faz de la tierra, Ben la recordaría toda la vida.

Subió furioso la escalera y buscó algo que hacer en cubierta, tenía que encontrarlo o de lo contrario volvería a abrir esa puerta y la cogería en brazos. Sacó una botella de agua de la nevera y bebió para ver si así se le aflojaba el nudo que tenía en la garganta, la mano le tembló ligeramente cuando arrugó el plástico y lo lanzó a la basura. El muelle había despertado, algunos veleros se alejaban rumbo a calas reclusas. Ben miró el reloj que llevaba en la muñeca, era un viejo regalo de Victoria, uno de los primeros, en la parte trasera tenía una frase grabada que no quería olvidar.

—Ya estoy aquí.

La voz de Pam no le sorprendió porque un segundo antes de oírla el corazón le había golpeado el esternón al detectarla. Mantuvo la mirada fija en el reloj como si así pudiese ver la inscripción que le quedaba pegada a la piel y después se giró lentamente hacia ella.

Igual que el día anterior, Pam llevaba una camiseta de tirantes que dejaba al descubierto los brazos. No había tardado en vestirse y no se había maquillado, llevaba el pelo recién peinado y todavía un poco húmedo y una falda de algodón a rayas azules y blancas que no le llegaba a las rodillas. Iba descalza, y el detalle obligó a Ben a apretar los dientes.

—Lamento haberte asustado antes—. Decidió que era la mejor manera de empezar esa conversación—. No sabía que estabas aquí.

—Es culpa mía —reconoció ella sorprendida y Ben cerró los puños molesto, ¿Por qué diablos se disculpaba con esa media voz? Él no quería que ella le tuviese miedo.

—No. He actuado sin pensar. Tendría que haberme asegurado de que no eras un ladrón o un polizonte antes de abrir la puerta. Ha sido una estupidez.

—No, yo no tendría que haberme instalado aquí sin hablar antes con Rick o... contigo. Pero las oficinas del puerto estaban cerradas y no tengo tu número de teléfono.

Ben creyó que Pam se sonrojaba.

—No tengo.

—¿No tienes teléfono?

—No. —Se metió las manos en los bolsillos, ella le sonreía y él quería tocarla—. Bueno, y ahora que los dos nos hemos disculpado bastante, por qué no me cuentas qué estás haciendo aquí.

—No podía quedarme ni una noche más en ese hotel.

—¿Qué hotel?

—Se llama Paraíso, lo cual es toda una ironía.

—¿Qué diablos hacías en el hotel Paraíso? —Se puso furioso al imaginarse a Pam en ese antro—. ¿Es que el *National Geographic* no tiene dinero para pagaros un alojamiento decente? No puedes estar allí.

Sin darse cuenta había dado un paso hacia ella. Ben se detuvo, pero comprobó que ella no se apartaba ni retrocedía, lo que le encogió el estómago y le proporcionó una inexplicable e innegable sensación de felicidad. Tenía el presentimiento que Pam no confiaba fácilmente en nadie y que hubiera empezado a hacerlo con él le reconfortó.

—No es culpa del *National Geographic*, no trabajo para ellos. El *National* ha alquilado una casa preciosa y Killian y el resto del equipo están magníficamente instalados.

—¿Cómo que no trabajas para ellos? ¿Para quién trabajas? —Otro paso—. ¿Y por qué no estás en esa

“casa preciosa” con los demás?

—Trabajo para ellos pero como freelance. El *National* me ha pedido prestada a mi agencia, ellos fueron los que la liaron con el hotel. Al parecer en Cerdeña hay otro hotel Paraíso, o Valparaíso, o algo así, y se confundieron. Y ahora la isla está invadida de turistas.

—El hotel Valparaíso está bien, el Paraíso es... —se frotó el rostro horrorizado—, no dejaría ni que mi peor enemigo pasase allí una noche.

—Dímelo a mí. Ayer, cuando volvimos de navegar, me dije que haría un esfuerzo, pero lo de ver a dos cucarachas bailando *Dirty Dancing* en la ducha fue demasiado.

Ben sonrió, ni se acordaba de que sabía hacerlo.

—¿Y por qué no te fuiste con tus amigos?

—Killian, Benedetta y Enzo son geniales, no me malinterpretes, pero necesito estar sola.

“Necesito estar sola”. La agilidad que Ben había adquirido en Washington para detectar el verdadero significado que se escondía en cada frase, en cada palabra, le fue útil. Pam no había elegido esa expresión por casualidad y por eso él fingió no darse cuenta.

—¿Y viniste aquí? ¿No te daba miedo estar en un barco que te es prácticamente desconocido? Y, un segundo, ¿sabes navegar?

—No tengo ni la más remota idea.

Ben se dijo que no tenía derecho a reñirla, que ellos dos no eran nada y que ella era una mujer hecha y derecha, pero tuvo que morderse la lengua para contenerse. Y le costó horrores dominar el escalofrío que le recorrió la espalda al imaginarse a Pam sola en el barco.

—Pues si pretendes quedarte aquí, vas a aprender.

—¿Vas a enseñarme a navegar? —Lo miró tan ilusionada que Ben se olvidó del casi ataque de pánico que había estado a punto de sufrir.

—Te enseñaré a coger el timón y a hacer unas maniobras básicas por si te sucede algo durante la noche. Nada más. Lo mejor que podrías hacer sería buscarte un hotel decente o alquilar un apartamento.

—Lo he intentado, créeme. Stuart está desesperado.

—¿Stuart?

—Mi jefe.

Ben no dijo nada más, los celos sí que no tenían ningún sentido.

—Además —siguió ella, sin darse cuenta de que lo confuso que él estaba—, me gusta la idea de estar aquí. ¿Puedo quedarme? Dime que puedo quedarme. Por favor.

—Está bien —suspiró Ben resignado—. Si a Rick le parece bien, por mí no hay problema.

—Gracias, Ben.

Él se tensó de inmediato y ella lo vio, no le dejó escaparse y le aguantó la mirada.

—Los demás me llaman David.

—Dijiste que tus amigos te llamaban Ben.

—Killian y los demás me llaman David —insistió.

—Está bien —dijo Pam, aunque omitió adrede el nombre de él. Nunca iba a llamarlo David—. ¿Crees que tengo tiempo de bajar al muelle y buscar a Rick? Me gustaría dejar esto resuelto cuanto antes.

Ben iba a ofrecerse a acompañarla, pero tras mirar el reloj recapacitó.

—Lo encontrarás en el café que hay en la entrada del muelle. Tienes tiempo. Además, desde allí verás llegar la furgoneta de tus amigos.

Pam volvió a sonreírle antes de desaparecer en el camarote. Unos segundos más tarde, salió calzada con unas deportivas y gafas de sol. Ben estaba comprobando unos cabos cuando ella se detuvo en la

escalerilla del velero.

—Eh, Ben. —Esperó a que él levantara la cabeza y la mirase—. No te vayas sin mí. Espérame.

Bajó al muelle y no vio que él soltaba la cuerda y farfullaba:

—Maldita sea, no puedo esperarte. Para mí ya es demasiado tarde.

Se puso en pie y en un gesto que hacía tiempo que no realizaba con tanta premeditación se quitó el reloj de acero y le dio la vuelta para leer la inscripción: *Nos complementamos y juntos funcionaremos siempre.*

Volvió a ponerse el reloj. Esa frase le había parecido muy romántica años atrás, ahora le sonaba fría y poco apasionada, pero no era eso lo que le tenía tan preocupado esa mañana.

Si con una mujer tan parecida a él como Victoria no había logrado que su matrimonio funcionase, no lo lograría nunca. Con Victoria quizá algún día volviesen a ser amigos, ella había insistido en ello y Ben empezaba a sentir que esa opción era la única que siempre había tenido sentido.

Pero de Pamela Roberts nunca lo sería. Imposible. La amistad carecía de la fuerza y del fuego que él sentía cuando la veía, su atracción hacia esa mujer era demasiado física. E incluso en ese aspecto, en el físico, eran demasiado distintos como para que ellos dos tuviesen sentido.

Y Ben, aunque no quisiera reconocerlo, no quería arriesgarse a que una mujer le destrozase. Cuando estuviera listo, si alguna vez llegaba a estarlo, elegiría una mujer cuyos ojos no ocultasen tantos secretos y tantos miedos como los de Pam.

No podría soportar que volvieran a utilizarlo o a engañarlo. El amor y la pasión seguirían siendo un sueño imposible para él porque no se atrevía a perseguirlos. Y, joder, porque por una vez en la vida le gustaría que alguien luchara por él. “Pam”. No quería ser la monotonía de nadie, ni la seguridad, ni una máquina perfecta, quería perder la cabeza y el corazón por una mujer y que ella perdiese lo mismo por él. Pero, ¿y si sencillamente no podía entregarse así a otra persona y si no conseguía jamás que otra persona se entregase así a él? Quizá era mejor no arriesgarse y no descubrirlo.

Pam volvió al velero media hora más tarde. Rick le había dicho que podía instalarse en el *Costa Esmeralda* sin ningún problema y se había negado a aceptar que Pam le pagase un extra por ello. Zarparon poco después. Killian, Benedetta y Enzo volvieron a invitarla a que se mudase con ellos, pero Pam se negó y esta vez los convenció de que no volvieran a insistir; en el barco estaría perfectamente. La mañana pasó sin que ninguno de los tripulantes se diese cuenta. Todos, excepto Ben, estaban concentrados en sus tareas. Benedetta perseguía constantemente a Killian mientras este daba instrucciones a Pam o inspeccionaba las imágenes ya grabadas en su tablet. Enzo estaba ocupado registrando el sonido y Libero había desaparecido en la popa para revisar el estado de las velas.

Ben conducía el velero y no dejaba de repetirse que no podía acercarse más a Pam. Tenía que recuperar la distancia emocional que había perdido esa mañana y volver a tratarla con la misma profesionalidad con la que trataba a Benedetta o a Killian. Esa relación, mentalmente corrigió de inmediato la palabra, esa atracción no podía conducir a nada excepto a complicaciones, y él precisamente había decidido pasar esos meses en Cerdeña para huir de ellas. Necesitaba pensar qué quería hacer con el resto de su vida y bastaba con mirar a Pam para saber que, decidiera lo que decidiese, ella no aparecía en ese futuro. No era por su físico, ni mucho menos por los tatuajes, ese detalle lo volvía loco en realidad, era porque en sus entrañas sentía que Pam era demasiado peligrosa para él, que le pediría más de lo que él sabía dar.

Victoria le había enseñado esa lección. En Washington, Ben no se había dado cuenta de que su mujer se estaba enamorando de otro hombre, en ese sentido había estado completamente ciego, pero llevaba

años sintiendo que entre ellos dos había cada vez más distancia y menos anhelo. Y lo había ignorado, había achacado esa sensación al exceso de trabajo por la campaña, al trabajo, al estrés, a cualquier excusa que no fuese él mismo. No volvería a desoír a sus instintos y estos ahora estaban confusos. Por un lado le gritaban que saltase por la borda y se pusiera a nadar hasta llegar a la costa y una vez allí se montase al primer avión y se alejase de Cerdeña y de Pam para siempre. Por otro, le suplicaban que se dejase de estupideces y que por primera vez en la vida se concediese la posibilidad de sentir de verdad, de ceder a lo imposible, y que se dejase llevar por esa atracción que era mucho más complicada y profunda de lo que parecía.

Evidentemente, con un divorcio a sus espaldas y con su vida profesional destrozada, Ben se decidió por la primera opción y se mantuvo alejado de Pam durante todo el día. Si tenía suerte y fuerza de voluntad, se mantendría alejado de ella durante todo el mes.

Pam se dio cuenta de que Ben la estaba evitando, no hacía falta ser demasiado suspicaz para verlo. Durante el descanso que se habían tomado todos para almorzar, Ben se había asegurado de sentarse al lado de Libero y de asediar al marinero con preguntas cuyas respuestas conocía de antemano (tampoco hacía falta ser suspicaz para adivinar eso). Después, cuando iniciaron el trayecto de regreso al muelle, Ben se alejó del timón y fue a hablar con Killian, probablemente para preguntar qué planes tenía el director para el día siguiente, pero se esperó a que ella estuviese ocupada con Benedetta para hacerlo. Y no se acercó a Benedetta y a Enzo hasta que ella estuvo en la otra punta del barco. Era ridículo, o lo habría sido si no le hubiese pillado mirándola cuando él creía que ella estaba despistada.

De pequeña no había tenido más remedio que desarrollar ese sentido, el que le avisaba siempre que alguien fijaba la atención en su persona. Lo curioso, pensó Pam, era que cuando eso sucedía ella siempre sentía unas garras recorriéndola por dentro y tenía que alejarse de esa persona. Pero con Ben le sucedía todo lo contrario, quería acercarse a él y conocerlo, notar esos ojos más cerca y averiguar por qué insistía en ocultarlos tras esas gafas. Y por qué mentía sobre su identidad.

El móvil que llevaba en el bolsillo de la falda vibró al recibir un mensaje y se dispuso a leerlo. Sonrió. Era de Susana, y le preguntaba si se había hecho ya algún nuevo tatuaje y si estaba disfrutando de las vacaciones tal como le había prometido que haría.

Pam fotografió el horizonte, el sol se estaba poniendo y ofrecía un espectáculo precioso y sereno, casi podía oír cómo los rayos susurraban a las olas cuando las acariciaban. Miró la fotografía, no era de las mejores pero el móvil no daba para más, y la mandó a su amiga. Añadió una frase: *no, no tengo más tatuajes ;-)*

Susana le contestó con otra sonrisa y Pam se guardó el teléfono. Ella nunca le había contado a Susana cómo y por qué había empezado a tatuarse, no se lo había contado a nadie, y no se imaginaba haciéndolo en el futuro. Esos tatuajes la habían convertido en quien era, al menos el primero. El viento la despeinó y se colocó un mechón rebelde detrás de la oreja. Se había quitado todos los pendientes el día que llegó a Cerdeña, los seis que llevaba en la derecha y el único de la izquierda. Lo hizo la primera noche, después de ver el mar y la luna, porque sintió que allí no encajaban.

No se sentía desnuda sin ellos, comprendió mirando el sol que seguía observándola perezoso, y ni se le había pasado por la cabeza hacerse un nuevo tatuaje. Estaba bien, casi feliz, pensó de repente, y mientras se le escapaba una risa se agachó y cogió su cámara, la de verdad. Quizá no lograría retener la sensación, pero sí que podía intentar capturar el momento. Graduó el objetivo lo más rápido que pudo y disparó.

Tardó varios minutos en apartar la cámara del rostro, la fue moviendo y fue girando el objetivo y apretando botones hasta que la luz cambió y una gaviota graznó por encima de ella. Apuntó al ave con el objetivo y disparó una última vez.

—Te tengo —susurró.

—Las fotos que acabas de hacer...

Pam se giró sobresaltada, creía que estaba sola en ese extremo de la cubierta.

—¿Sí? —Sujetó la cámara con fuerza, las manos le temblaban inexplicablemente desde que había oído la voz de Ben.

—¿Son para el documental?

—No —afirmó rotunda—, esta cámara es mía.

A veces había utilizado fotos personales en los documentales o reportajes en los que estaba trabajando, pero esas fotos iban a ser solo para ella.

—¿Crees que podría quedarme una?

Ben tenía el ceño arrugado y mantenía las manos en los bolsillos. Igual que esa mañana, cuando la había descubierto en el camarote, parecía estar furioso.

—¿Por qué?

Él se tomó mal la curiosidad de ella, y Pam, si hubiese podido, habría guardado de nuevo las palabras en su boca.

—Olvídalo. —Sacó las manos de los bolsillos y aunque no se movió de donde estaba Pam notó que se alejaba—. He venido a avisarte que estamos a punto de virar hacia el puerto, deberías recoger tu equipo.

Ben se dio media vuelta y se alejó antes de que Pam consiguiese responderle. Lo que sí tuvo tiempo de hacer Pam fue apretar de nuevo el disparador y fotografiar la espalda de Ben apartándose de ella.

El *Costa Esmeralda* no tardó en estar atracado en el muelle y Killian, Benedetta y Enzo la invitaron a cenar con ellos en su casa. Pam aceptó, después de rechazar en más de una ocasión alojarse con ellos era lo menos que podía hacer. Siguió a Benedetta hasta la camioneta y oyó que Killian también invitaba a “David” —se le hacía raro oír como los demás llamaban a Ben por ese nombre— y que este declinaba la invitación.

Antes de subirse a la camioneta, lo vio caminar hasta el extremo del muelle, donde se quedó mirando el mar.

Allí, solo, se quitó las gafas.

Capítulo 7

Ben se obligó a quedarse en la cama hasta que oyó el viejo Fiat de Tadeo quejándose en el camino del viñedo. Apenas había dormido en toda la noche, se había llevado a la cama dos libros sobre el cultivo de la uva y, en vez de darle sueño, habían acabado despertándolo aún más. A las cinco de la mañana le dolía la cabeza del esfuerzo que estaba haciendo por leer sobre viticultura en italiano y por no pensar en la fotografía de Pam.

Él no le había contestado por qué la quería. No era porque quisiera tener un recuerdo de esa puesta de sol ni porque creyera que Pam había logrado capturar el azul del mar o el vaivén del *Costa Esmeralda*. Era porque ella, cuando tiraba esas fotografías, no tenía miedo.

Pamela Roberts era un sinfín de contradicciones, atrevida y despreocupada por un lado y reservada y tímida por el otro, pero siempre cautelosa y con miedo en los ojos y en sus comisuras, incluso en el modo en que fruncía los labios cuando creía que nadie la estaba observando. Él la había observado durante horas, mientras filmaba o hacía fotografías para el documental se la veía sumamente concentrada, alerta, dispuesta a no dejar escapar ningún detalle.

Ben la había evitado todo el día, se felicitó por haberlo logrado y se dijo que no pasaba nada porque se acercase a decirle que tenía que guardar el equipo. Él tenía que iniciar las maniobras de acercamiento al muelle y las cámaras podían mojarse o golpearse contra algo si resbalaban. Dejó a Libero en el timón y caminó hacia ella con las manos en los bolsillos, silbando una canción italiana (costumbre o vicio que había adquirido recientemente) y sin quitarse las gafas de sol. Ella llevaba rato dándole la espalda y él, iluso, había creído tenerlo todo controlado. Hasta que Pam se movió y le mostró el perfil. Entonces Ben no pudo dar un paso más.

Podía ver que ella guiñaba un ojo y que mantenía el otro presionado contra la mirilla de la cámara, y que se mordía el labio inferior para contener una sonrisa. Estaba feliz, el miedo había desaparecido.

Y la había convertido en la mujer más hermosa del mundo.

Ben sintió un golpe en el torso, justo en medio, y levantó incluso una mano para tocar la zona en busca de una explicación. La sensación no desapareció y aumentó con cada segundo que pasaba mirando a Pam. No podía apartar los ojos de ella, quería acercarse y tocarla, preguntarle por qué diablos no sonreía así siempre y qué le había pasado para que dejase de hacerlo. Quería saber por qué escondía esa sonrisa, por qué intentaba retenerla y por qué estaba allí sola fotografiando el mar y una torpe gaviota.

Iba a darse media vuelta, no estaba preparado para nada de lo que esa misteriosa mujer le hacía pensar o sentir, pero entonces ella susurró una frase, y ni una ola de diez metros lo habría arrancado de esa cubierta: “Te tengo”.

Le habló porque no pudo seguir callado y le pidió lo único que se vio capaz de pedirle: esa fotografía. El mar o el atardecer no le importaban, solo quería saber qué tenía ese instante que había logrado hacerla sonreír.

Ella cambió al escucharlo, la sonrisa se desvaneció y volvió el miedo, y Ben tuvo que irse porque

quería acercarse a ella y besarla, abrazarla, protegerla, poseerla. Hasta dos días atrás habría jurado que él carecía de esa clase de instinto protector o que su mente jamás cedería a la pasión. Ese convencimiento era lo único que le quedaba. Divorciarse de Victoria le había demostrado que incluso las relaciones más sólidas, las que se basan en el respeto, el cariño, la amistad, y, sí, el amor, podían romperse. Había dimitido del Congreso porque había tenido que reconocerse a sí mismo que la ambición le había aturdido (de poco le servía saber que al final había reaccionado) y porque tenía la horrible certeza de que ya no podía seguir ejerciendo un cargo público.

Ben había perdido su vocación y a su esposa. El único consuelo que le quedaba era saber que al menos esas dos pérdidas le habían servido para conocerse a sí mismo.

Y ahora, en menos de dos días, Pam le estaba demostrando lo equivocado que estaba. Él no era así, no podía serlo, si se perdía a sí mismo ¿qué le quedaría?

Tadeo golpeó la puerta del dormitorio cuando Ben ya estaba a punto de salir y volvió al presente, se había vestido y sujetaba los libros bajo el brazo.

—Buenos días, muchacho, hoy las gallinas siguen durmiendo.

—Ya veo que tú no.

—Esta tarde terminaremos con el muro del establo y me gustaría seguir con la fuente. Ornella quiere que la reparemos y que construyamos un porche al lado.

—Lo sé, me lo dijo.

—Perfecto. Tienes que estar aquí a las seis.

Tadeo se dio media vuelta y Ben obviamente le siguió.

—¿Disculpa? ¿Tengo?

—Me faltan un par de brazos y los tuyos parecen estar en perfecto estado. Además, tienes cara de ser inteligente y seguro que me serás útil para descifrar las peticiones de Ornella.

La verdad era que Ben, después de escuchar la palabra “porche”, había empezado a trazar planos imaginarios en su mente.

—Está bien, veré qué puedo hacer. Pero a cambio tienes que ayudarme en algo.

Tadeo se detuvo y se giró para mirarlo con renovado interés.

—¿En qué?

Ben sonrió al ver el intento de mirada intimidatoria del capataz. En Washington había camareros del Starbucks que daban más miedo. Le pasó los libros y Tadeo los sujetó más confuso todavía.

—Vas a ayudarme a resucitar las viñas.

—Está bien, veré que puedo hacer.

Ben se rio y cogió las llaves de la Vespa, estaba impaciente por llegar al muelle. Aún faltaba más de una hora para que llegase el equipo de rodaje y si se daba prisa podía desayunar con Pam y enseñarle algunos trucos sobre el barco.

Quizá no se conocía a sí mismo tan bien como creía, pensó con una sonrisa y un nudo en el estómago.

Detuvo la moto sin demasiadas florituras frente a una panadería que le había recomendado Ornella y compró cruasanes. El café lo prepararía en el *Costa Esmeralda* con la cafetera que había desenterrado ayer del fondo de un armario mientras buscaba excusas para mantenerse ocupado. Aparcó la Vespa en el lugar de siempre y al acercarse al barco se repitió que solo estaba allí porque quería asegurarse de que ella estuviera bien. Nada más.

Soltó el aliento y subió por la escalerilla.

Pam estaba sentada en uno de los bancos de proa. Le daba la espalda, el pelo mojado le caía por encima de la camiseta de delicadas líneas amarillas sobre fondo blanco y tenía las manos apoyadas

sobre la madera. El cojín blanco que solía cubrirla estaría aún a resguardo.

—Buenos días, Pam.

Ella se giró y lo miró intrigada. Era evidente que no había pasado por alto el distanciamiento del día anterior. Sin embargo, no le preguntó nada.

—Buenos días, *Ben*.

Ah, pensó él con una sonrisa, no le había preguntado nada pero le había dejado claro que no iba a hacerse la tonta con él. Titubeó antes de dar un paso, era imposible que ella supiera quién era él realmente, si lo supiera le habría cosido a preguntas. Pam insistía en llamarlo Ben porque él había cometido ese estúpido error el primer día.

De todos modos, Ben optó por no acercarse a ella y por ir a la cocina del velero a preparar el café. Pam lo desconcertaba tanto y tan rápidamente que tenía que estar alerta cuando hablase con ella.

—Te he traído el desayuno —le explicó en voz alta.

—¿A eso has venido, para traerme el desayuno?

Pam se había levantado y caminaba tras él.

—No, he venido porque, tal como te prometí, quería enseñarte unas cuantas cosas sobre el *Costa Esmeralda*.

—¿Qué clase de cosas? —Se sentó en el banco de la cocina y abrió la bolsa de papel blanco que contenía los cruasanes.

—Cómo funciona la radio, el cuadro eléctrico, o cómo hacer sonar la bocina, para empezar.

—Vaya... —se interrumpió para suspirar de lo buena que estaba la pasta—, y yo que creía que ibas a enseñarme a navegar.

Ben dio gracias a Dios por estar de espaldas a ella preparando el café, ese suspiro le había acelerado el pulso y ahora el deseo de oírlo de nuevo corría por sus venas hasta hacerle casi imposible moverse.

Mierda.

Era injusto, jodidamente injusto, que esa mujer apareciese justo ahora y le enseñase lo que era el deseo.

Respiró pausadamente y sirvió como pudo las dos tazas. No se giró hasta que creyó haber ocultado su reacción, pero entonces vio que ella se mordía el labio mientras observaba fascinada las capas del interior del cruasán y fue a peor.

—Parece hecho de aire —dijo Pam— y se funde en los labios.

Comprar esos cruasanes había sido la peor idea del mundo. Ben iba a volverse loco en cuestión de segundos.

—¿Tú no comes? —Pam lo miró—. Deberías comer uno.

—Sí, claro.

Alargó la mano para coger la bolsa de papel y la apartó de repente al rozar los dedos de Pam.

Completamente loco.

—He decidido que voy a dártela.

Y ahora era incapaz de seguir una conversación.

—¿Darme el qué? —preguntó bebiendo un poco de café en busca de su cordura.

—La fotografía de ayer. Si encuentro un lugar donde imprimirla.

—Hay dos, pero yo te recomendaría el estanco que hay en la plaza.

—¿Conoces muy bien la isla? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—He estado varias veces, aunque ahora hace poco que llegué.

Ella, gracias a Dios, se terminó el cruasán. Ben sabía que había ido allí con un objetivo en concreto, pero su cerebro había decidido eliminar cualquier información y dedicarse solo a observar a Pam

mientras disfrutaba de aquel último bocado.

—¡Hola! —Un estrépito en la cubierta los interrumpió—. ¡Buenos días! Ya estamos todos aquí.

Killian asomó la cabeza en la cocina seguido por Benedetta y Libero. Todos le preguntaron a Pam cómo había pasado la noche y Ben, mientras la escuchaba, se terminó el café y se prometió que al día siguiente volvería a traerle cruasanes.

Al parecer estaba configurando una lista de cosas que hacían sonreír a Pamela Roberts: los delfines, los atardeceres con gaviotas y los cruasanes.

Se levantó con la excusa de ir a preparar el barco para zarpar, aunque lo cierto era que de repente se había dado cuenta de que era incapaz de citar tres cosas que hubieran hecho sonreír a Victoria.

Entonces Ben no sintió miedo, sintió terror. Y el impulso vital de seguir averiguando, aunque le doliese, cuántas más cosas le haría sentir Pam.

Esa mañana, cuando le oyó subir al barco, Pam creyó que se lo estaba imaginando. Después de haberse pasado la noche soñando con él, tenía sentido que siguiese haciéndolo a plena luz del día. Pam no se dio media vuelta para mirarlo porque estaba sonrojada, ella nunca soñaba, ella tenía pesadillas de las que se despertaba gritando o no soñaba. Ben Holmes había cambiado eso, Ben le había dado un sueño, y ella no estaba preparada para mirarlo.

El sueño no había sido nada escandaloso, o quizá sí si lo comparaba con su vida. Pam no tenía ningún problema con el sexo, siempre que se había sentido atraída por un hombre y que había existido una conexión especial entre él y ella, se había ido a la cama con él. Ella no era como Susana, ella no creía que el amor existiese y, si lo hacía, no tenía nada que ver con el sexo. Si Pam hubiese tenido un sueño erótico con Ben no se habría escandalizado, le habría parecido lógico y normal.

Pam había soñado que él la besaba.

Nada más.

Él aparecía en medio de su peor pesadilla —tembló al recordarlo— y se acercaba a ella para abrazarla. Incluso dormida la había hecho sentirse protegida. La abrazaba hasta que el universo de horror creado por la pesadilla desaparecía y entonces le sujetaba el rostro con cuidado y la besaba.

Cuando él le dio los buenos días, volvió a sentir esos brazos, que en realidad no había sentido nunca, a su alrededor y el sonrojo empeoró. Si él se hubiese acercado, lo habría visto, pero Ben optó por dirigirse a la cocina y Pam ganó unos segundos para recomponerse.

Claro que la compostura que ganó la perdió después con los cruasanes.

El resto del día fue confuso e increíble. Pam nunca había trabajado con un hombre hacia el que se sintiese tan atraída e intrigada, y le sorprendió descubrir que no solo podía hacerlo sino que tener a Ben cerca la ayudaba a relajarse.

Él no se mezclaba con el equipo del rodaje, parecía estar sumamente concentrado en la navegación y en las peculiaridades del *Costa Esmeralda*, pero siempre que ella se giraba a mirarlo él le respondía con una sonrisa o con un guiño. Y ella se pasaba la siguiente hora preguntándose qué le estaba pasando y filmando mejor de lo que nunca había filmado.

Se detuvieron cerca de una cala para almorzar, el día anterior Enzo les había preguntado a todos qué querían y se había encargado de comprarlo. Comieron todos juntos y Ben participó animadamente en la conversación. No estuvieron sentados juntos, los dos habían decidido tácitamente que no sería recomendable, pero hablaron, cruzaron miradas y se sonrieron.

Por la tarde, Ben se acercó a ella dos veces; una para decirle que iban a acercarse a una zona en la que solían detenerse los delfines y otra para recordarle que se pusiera protección solar. Esa recomendación

también se la hizo al resto del equipo, aunque con ellos no le costó pronunciar las últimas palabras.

Quizá fue esa última mirada, la que él depositó sobre la piel de los brazos de ella, lo que hizo que a Pam se le encogiese el estómago durante el trayecto de regreso a la isla. Ella nunca le había pedido a un hombre que cenase con ella. Oh sí, ella había dicho esa frase pero siempre como una insinuación. Con Ben era todo tan sumamente ridículo que ella debería de estar asustada, y extrañamente no lo estaba.

Quería cenar con él de verdad, quería seguir hablando con él, quería conocerlo. Era maravilloso, inquietante, sorprendente y era la primera vez en la vida que sentía la necesidad de no dejar escapar a alguien.

El *Costa Esmeralda* viró hacia el muelle y Pam decidió arriesgarse. Guardó la cámara de fotos en la bolsa para no lanzarla al agua por los nervios y se acercó a Ben que seguía en el timón.

—Estamos a punto de llegar —le dijo él al verla.

—Lo sé, ya he guardado la cámara. —Se plantó a su lado—. He estado pensando que... —cogió aire — que... ¿Quieres cenar conmigo esta noche? Podríamos ir a un restaurante o podríamos...

—Lo siento, no puedo. —Apretó las manos en el timón y desvió la mirada hacia el reloj. La dejó allí unos segundos. Demasiados—. Lo siento, Pam, yo tengo...

—No, no hace falta que te justifiques. Solo era una idea —tragó con esfuerzo y dio gracias a Dios porque no le tembló la mandíbula ni la voz.

Se alejó de allí y se hizo la sorda cuando él la llamó. Tres veces. Sabía que con Libero en la popa Ben no podía soltar el timón e ir tras ella. Aunque después de rechazarla tan rápida y rotundamente probablemente no tenía intención de hacerlo.

Cuando el barco atracó, Ben intentó acercarse y hablar con ella, pero Pam se aseguró de que no pudiera. Estaba furiosa consigo misma por haber cometido tal tontería. La primera vez que se decidía a arriesgarse por un hombre y elegía a uno que era completamente imposible que se sintiera atraído por ella. ¡Benedict Holmes, el niño mimado de Washington! Pam no despertaba esa clase de interés en hombres como él. Esa clase de hombres se fijaban en su físico, de eso sí que no tenía duda, y quizá se sentían atraídos por ella. Nada más.

Ben había sido amable con ella porque, joder, era el niño de oro, recordó entonces de repente, el defensor de las causas perdidas, una maldita ONG andante. Ella lo había malinterpretado y había hecho el ridículo. Fin de la historia.

—Pam, deja que te lo explique —insistió él cuando vio que ella iba a bajar a tierra firme. El resto del equipo la estaba esperando para despedirse y aparte de ellos dos solo quedaba Libero a bordo.

—No, no hace falta.

—Pero...

Sonó el móvil que Pam llevaba en el bolsillo y lo sacó como medida de protección. Reconoció el número. Tembló.

Tenía que contestar.

—¿Diga? —Se maldijo por no ser capaz de disimular—. Un momento, por favor. —Tapó el micrófono y miró a Ben. Tenía que alejarse de él, necesitaba estar a solas—. Tengo que atender esta llamada.

Ben la miró, levantó una mano como si fuera a tocarle el hombro y ella retrocedió instintivamente.

—Puedo...

—No quiero que te esperes —adivinó lo que él iba a ofrecerle y le odió por ser tan correcto, tan perfecto—. Vete.

Ben se frotó el mentón con los dedos que habría utilizado para tocarla.

—Pam, deja que te lo explique.

—No, no lo hagas. Despideme de los demás, por favor. —Se giró y caminó hacia el camarote en busca de soledad—. Nos vemos mañana.

Capítulo 8

El primer rayo rasgó la noche segundos antes de que el trueno la golpease. El viento lanzaba furioso las gotas de lluvia contra el suelo y contra los árboles, y contra cualquiera que se interpusiera en su camino. Ben no dejó que un segundo rayo iluminase el interior del dormitorio con él en la cama, salió y se vistió tan rápido como pudo.

Pam estaba sola a bordo del *Costa Esmeralda*. Las tormentas y el mar no eran buenos amigos, siempre acababan peleándose. Cogió las llaves del coche de Tadeo. La noche anterior el capataz había vuelto a casa con uno de sus muchachos, como él los llamaba, porque tras pelearse con Ben durante horas sobre el diseño del porche se había sentido agotado (las dos copas de *chianti* de la cena habían ayudado).

Ben quedó empapado solo de recorrer los metros de distancia que había de la puerta al Fiat y la furia que sintió evitó que la lluvia lo helase. De hecho, si Ben hubiese sido un dibujo animado, de su piel habría salido vapor. Era cierto que el cielo había anunciado un cambio de tiempo y que una lluvia de verano no le habría sorprendido lo más mínimo, pero esa tormenta parecía salida del infierno. Cerdeña era famosa por sus vientos y esa noche estaban alardeando.

—Y poniendo a Pam en peligro —farfulló.

Condujo como un poseso, ni siquiera le pasó por la cabeza hacerlo de otro modo. Tenía que llegar allí cuanto antes.

Un rayo iluminó el velero justo cuando Ben detuvo el Fiat, bajó sin molestarse en cerrarlo. El coche de Tadeo era famoso por ser una carraca y nadie se atrevería a robarlo, y si alguien era tan estúpido como para intentarlo en medio de esa tormenta, podía quedárselo.

El barco bailaba sobre las olas, la madera crujía y aullaba. Ben subió la escalera gritando el nombre de Pam y corrió hacia el interior del camarote. Abrió sin llamar y al ver la cama vacía apretó tan fuerte el picaporte que pensó que se rompería bajo sus dedos. Él había ido allí a buscarla porque estaba muerto de miedo por ella y ella se había ido a otra parte. ¿Dónde diablos estaba? ¿Con quién? ¿Había salido a cenar con otro?

No, no tenía sentido. Él no había malinterpretado el dolor que su rechazo le había causado a Pam, como tampoco había malinterpretado lo que sentía cuando ella lo miraba. Pam no se había ido a cenar con otro, estaba allí y tenía que encontrarla.

Miró de nuevo hacia la cama. Vacía. Quizá había ido al baño y se había golpeado con algo, o quizá estaba en la cocina. O tal vez se había ido a casa de Killian y de los demás antes de que empezase la tormenta. Sí, inspeccionaría el resto del barco y bajaría para ir en busca de un teléfono (había sido un idiota al insistir en no tener uno). Soltó la puerta, y entonces el barco se movió por el oleaje y la vio.

—Pam.

A Ben se le encogió el corazón. Pam estaba sentada en el suelo, tenía las rodillas dobladas y se las rodeaba con los brazos, había logrado meterse en el hueco que había entre la mesilla de noche y la pared del camarote.

Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado con el corazón en la garganta. Ella tenía la mirada perdida y parecía estar terriblemente asustada.

—Pam, no pasa nada. Mírame. —Estaba helada a pesar de que seguía completamente seca—. Mírame. —Le sujetó el mentón y le levantó la cabeza—. Mírame. —Parecía incapaz de enfocar la vista—. El barco es seguro, pero será mejor que nos vayamos de aquí. Vas a venirte a mi casa, ¿de acuerdo? —Ella seguía callada, como si se hubiese encerrado en algún lugar dentro de su propio cuerpo y no notase nada de lo que sucedía fuera—. ¿De acuerdo? —Levantó un poco la voz asustado, nunca había estado tan asustado por nadie.

Pam asintió en silencio.

Ben suspiró aliviado y le soltó el mentón, ella ya había empezado a apartarlo.

—Quédate aquí mientras yo te preparo una bolsa. —Se puso en pie y fingió una calma que no sentía. Algo le decía que era lo que ella necesitaba—. ¿Te parece bien o quieres hacerlo tú? Dímelo, Pam.

Jamás había sentido la necesidad de proteger o de cuidar de alguien como de Pam y en aquel instante Ben se dejó llevar por su instinto, y este le decía que Pam tenía que darle permiso para estar con ella, para cuidarla.

—Me parece bien.

—De acuerdo.

Ben abrió los dos armarios del camarote que habían permanecido cerrados y encontró una bolsa de viaje a la que lanzó los zapatos, la ropa que vio colgada y la que descubrió en los cajones. Después fue al baño y cogió el neceser y por último, antes de cerrar la cremallera, la cámara. Si se dejaba algo, ya lo solucionarían mañana.

Un rayo iluminó el interior del camarote y el suelo se balanceó bajo sus pies. Ben se acercó a Pam, el mismo instinto de antes, y que de momento no le había fallado, le decía que tenía que llevársela de allí cuanto antes. Se agachó para poder mirarla a los ojos y volvió a hablarle con voz firme, como hacía cuando presentaba algo ante el Congreso, en un tono pausado y tranquilizador.

—Tenemos que irnos. ¿Puedes levantarte o quieres que te ayude? —Él la habría cogido en brazos, habría sido la primera vez que lo hiciera, pero por fin había logrado averiguar qué significaba el vacío que veía en los ojos de Pam y sabía que no debía tocarla sin su permiso. Había sido una revelación tan clara y tan rotunda como uno de esos rayos que caían a su alrededor.

—Puedo levantarme.

Ella se puso en pie, llevaba unos pantalones cortos de algodón azul celeste y una camiseta de manga corta del último concierto de Muse. Ben dio un paso hacia atrás y la observó mientras se calzaba las deportivas que había frente a la cama. El barco volvió a moverse, Ben se colgó la bolsa en el hombro y se dirigió a la puerta.

—Vámonos. —La abrió y esperó a que ella pasara.

Al llegar a la cubierta una ráfaga de lluvia se cernió sobre ellos, anduvieron bajo el agua con la cabeza agachada, el uno detrás del otro sin tocarse. Hasta que Pam resbaló y estuvo a punto de caerse, entonces él se arriesgó y la cogió de la mano entrelazando los dedos. Se miraron a los ojos un segundo, ella asintió levemente y Ben no la soltó.

Llegaron al coche, el Fiat destartalado parecía más de fiar allí bajo la tormenta. Ben abrió primero la puerta del acompañante y se aseguró de que Pam entraba y se ponía el cinturón. Ella, exceptuando la frase de antes, no había dicho nada y ahora se aferraba a la bolsa que él había dejado en el suelo del coche y ella se había puesto en el regazo. Se escondía tras ella como si fuera un escudo.

Ben cerró la puerta con más fuerza de la que pretendía. Después de aquel verano que había pasado en esa misma isla, cuando volvió a Washington, se había ofrecido como voluntario en un centro de

adolescentes con problemas. Allí se encariñó con una niña, no en sentido romántico sino fraternal. Becky. Se apartó el pelo que la lluvia le había pegado a la frente y soltó una maldición, allí no podía oírlo nadie. Sintió una punzada en el corazón, hacía mucho tiempo que no se acordaba de Becky. Demasiado.

Abrió su puerta y se metió tras el volante. Si hubiera creído que Pam iba a contestarle, le habría hecho todas las preguntas que le estaban haciendo arder la sangre. Mantuvo el silencio que ella insistía en mantener y puso en marcha el vehículo. El camino hasta la casa de Ornella se le hizo más corto de lo que necesitaba para quitarse de encima la rabia y la impotencia que sentía. Ben quería arrancarle la cabeza y los miembros, uno a uno, a la persona que había hecho daño a Pam. No era la reacción racional de un hombre dispuesto a defender y a proteger siempre a los más débiles o a cualquiera que lo necesitase, era una reacción animal que no se sentiría satisfecha con algo tan “sencillo” como un arresto o un juicio. Ben quería matar a la persona que había convertido a Pam en una mujer asustada, y eso le asustó profundamente. No podía hablar con ella en ese estado, acabaría asustándola más, así que se esforzó por respirar despacio y por decirse a sí mismo que, fuera lo que fuese que le había sucedido a ella, había tenido lugar mucho tiempo atrás. Y era evidente que ella lo había superado. “Y una mierda. Ha sobrevivido, pero no lo ha superado. Estaba aterrorizada en una esquina del barco y siempre que se queda a solas conmigo está muerta de miedo”.

Giró hacia la finca y Pam, que tenía el rostro ladeado, se sorprendió al ver los viñedos.

—Estoy cuidando la casa —respondió a la pregunta.

Ben detuvo el vehículo y bajó. Ella no se había movido, fue él quien le abrió la puerta y cogió la bolsa para que ella pudiese salir y entrar en la casa. La llevó a su dormitorio, era el único habitable, y dejó la bolsa encima de la cama de la que él había salido apenas una hora atrás.

—Yo dormiré en el sofá. No hay más habitaciones disponibles. Cogeré mis cosas—. Él necesitaba quedarse y hablar con ella, pero ella necesitaba estar sola. Ben lo sabía y por eso mandó sus necesidades a la mierda y se centró solo en las de ella.

Pam se sentó en la cama y mantuvo la mirada fija en su regazo, lejos de los ojos de Ben.

Él abrió dos cajones en busca de una muda seca y sacó un cojín y una sábana de un armario.

—Aquí está el baño. —Abrió la puerta contigua—. El agua caliente funciona, lo que no deja de sorprenderme. Date una ducha y acuéstate. Mañana será otro día—. Caminó hasta la salida del dormitorio—. Si me necesitas, estaré aquí fuera.

Ella entonces sí lo miró. Ben la habría abrazado pero se conformó con comprobar que no tenía las pupilas tan dilatadas como antes, estaba menos asustada.

—Gracias —lo pronunció en voz baja pero firme, demostrándole de nuevo que era una mujer incomparable y que no estaba preparado para ella.

Ben cerró la puerta y se obligó a alejarse. Diez minutos más tarde se aflojó ligeramente la presión que le oprimía el pecho al oír el ruido de la ducha. Él seguía empapado y en otras circunstancias probablemente estaría helado, pero la ira le impedía sentir nada. De todos modos, tenía que desnudarse y ponerse ropa seca si no quería coger un resfriado. Fue a la cocina, una parte aún estaba a medio reformar pero el grifo y los fogones funcionaban. Se quitó la ropa empapada y la dejó en el lavadero, se vistió con la camiseta y los pantalones secos y se sirvió un whisky. En esa casa no había calefacción y la mitad de paredes se caían, pero el vino y el licor nunca habían faltado a juzgar por la espléndida bodega. Tras vaciar el vaso se dirigió al comedor y se tumbó como pudo en el sofá. El cansancio, tanto físico como emocional, le estaba pasando factura y, aunque dudaba de que fuese a dormirse, cerró los ojos.

En la habitación de Ben, Pam se metió bajo la ducha y no se permitió pensar en lo que había sucedido hasta que el agua caliente le golpeó y quemó la espalda.

Esa tarde había recibido una llamada de su abogado. Dios, hacía años que no hablaba con él, tantos que había llegado a creer que tal vez esa parte de su vida se había esfumado, o se había quedado solo en sus pesadillas. Robert Burn, un señor chapado a la antigua de Pensacola, debía de rondar ya los sesenta años y tenía una voz amable que hacía juego con su físico tirando a redondo. Sin embargo, en cuanto Pam comprendió que era él el que la estaba llamando empezó a temblar.

No, otra vez no.

Robert la llamaba para decirle que Derrick Roberts iba a ser recibido por el tribunal penitenciario del estado de Florida para revisar su petición de libertad condicional. No iban a concedérsela, le aseguró. Era completamente imposible. Se trataba únicamente de un trámite formal al que el tribunal no podía negarse, pero había creído oportuno comunicárselo por si alguno de sus miembros se ponía en contacto con ella. O por si la llamaba el abogado de oficio que se ocupaba del caso de Derrick. Había tenido tantos a lo largo de los años que ya no recordaba los nombres.

Pam le dio las gracias a Robert y, cuando le hombre le preguntó cómo estaba, ella le aseguró que muy bien. Colgó convencida de que había logrado dominar los nervios y fue al camarote dispuesta a cambiarse. Bajaría del barco, se compraría algo para cenar, y se iría a dormir temprano. No era la primera revisión que solicitaba Derrick y sabía que, tal como le había asegurado Robert, no iban a concederle la condicional. Derrick no saldría nunca de la cárcel.

“No saldrá nunca. No vendrá a buscarte. Jamás podrá encontrarte”.

Durante la cena, en su esfuerzo por no pensar en la llamada de Robert acabó pensando en Ben y en la colosal metida de pata de esa tarde. Ahora que habían pasado unas horas se preguntó si no se habría precipitado al juzgarlo. Tendría que haber dejado que se explicase, decidió, y, mientras se comía un helado de chocolate, se prometió que al día siguiente se acercaría a él y le pediría disculpas por no habérselo permitido. Podían ser amigos y, quién sabe, quizá a lo largo de las semanas que faltaban llegarían a ser algo más. O quizá no, a Pam no le importaría tener un amigo más, de momento solo tenía dos, Stuart y Susana.

Se metió en la cama temprano, la noche refrescaba y anunciaba lluvias.

La tormenta fue una crueldad que no se merecía. Pam nunca podía dominar las pesadillas cuando iban acompañadas del estruendo de los truenos. Los recuerdos adquirirían entonces otra dimensión, se hacían mucho más reales y le impedían negarlos. Y cuando eso sucedía se odiaba por volver a ser esa niña asustada, se odiaba profundamente porque el miedo la paralizaba y lo único que podía hacer era esconderse. Esconderse y esperar.

Pero esa noche había sido distinta, esa noche, cuando ella estaba en su peor momento, cuando las lágrimas le quemaban las mejillas y el corazón le latía tan rápidamente que la paralizaba, llegó él. Pam nunca había creído en los cuentos de hadas, a ella nunca nadie iba a salvarla, pero nunca olvidaría lo que sintió en el instante en que Ben apareció empapado frente a ella. Era absurdo, él ya no podía hacer nada para protegerla y ella sabía que en su historia se había salvado sola, ella era y había sido su propia heroína, pero Ben estaba allí y no la miró como si fuese una loca o un bicho raro. Fue como si Ben supiera exactamente lo que ella necesitaba: salir de allí y no hablar de nada. Ella pudo ver que él se contenía, que se mordía la lengua para no preguntarle qué le sucedía y que se esforzaba por no acercarse, y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Él era el primero que la veía de verdad y que no la juzgaba, al contrario, Pam sintió en lo más profundo de su ser que si le contaba la verdad —algo que, de momento, no estaba segura que pudiese hacer nunca— él la defendería, se pondría de su lado y le creería. No como lo que había sucedido en el pasado.

Ben la había llevado a esa casa en medio de lo que parecía ser un viñedo abandonado, y la había hecho sentirse segura y a salvo. Pam no sabía cómo lidiar con esas emociones, eran grandes

desconocidas para ella.

Ella solo sabía enfrentarse al dolor y para ello siempre recurría al sexo. Sí, no hacía falta ser psiquiatra para saber que se escondía tras la desconexión que ofrecía el placer sexual. Pam había acudido a suficientes terapeutas como para deducirlo, y más de uno se lo había dicho directamente. El sexo con desconocidos la hacía sentirse fuerte, deseada. En esos encuentros, en los que ella siempre elegía el quién, el cómo, el cuándo y el dónde, conseguía ser otra persona: la Pam feliz y despreocupada que ofrecía al mundo. Así recargaba las pilas para seguir siendo esa mujer, porque la otra, la que había sobrevivido a ese infierno, no podía serlo.

Cerró los ojos y apoyó la frente en la ducha.

Necesitaba ser fuerte, necesitaba recuperar la calma y el control de sus emociones. Si estuviese en Boston, saldría a tomar algo y no tardaría en solucionarlo. Pero estaba allí y Ben estaba en el sofá.

Con Ben no podía hacerlo, no podía utilizarlo de esa manera. Se le encogió el estómago y colocó las palmas de las manos a cada lado de la cabeza. No, no podía ir en busca de Ben. Sin embargo, dentro de lo más profundo e íntimo de ella, en ese lugar que nunca visitaba en el interior de su corazón, o quizá del alma que le quedaba, sabía que Ben jamás sería uno más y que él sería para siempre, y a partir de entonces, el único.

Lo perdería, de eso estaba segura, la otra opción era sencillamente imposible, pero ahora lo necesitaba y quizá así, quizá si tenía a Ben, aunque fuese solo durante un tiempo, sobreviviría.

“Necesito a Ben. Esta noche y quizá siempre”.

Cerró el agua, una extraña calma la colmó de repente y se envolvió el cuerpo con una toalla. Solo se detuvo un segundo frente al espejo, observó su reflejo y fue capaz de reconocer que era la primera vez en mucho tiempo que veía sus ojos de verdad, los de Pamela Roberts, una niña de Pensacola que soñaba con viajar y hacer fotos. Se peinó, se obligó a detenerse esos segundos. Si al terminar seguía necesitando a Ben, iría a buscarlo.

Dejó el peine y salió del baño.

Ben estaba sentado en el sofá, tenía las piernas ligeramente separadas y apoyaba los codos en las rodillas. Tenía la cabeza entre las manos como si quisiera arrancarse de la mente algo muy desagradable. Estaba tan concentrado que no la oyó acercarse, no se movió hasta que ella se sentó a su lado y le acarició la nuca.

Entonces él levantó la cabeza y la miró.

La sorpresa cruzó la mirada de Ben, pero se mantuvo inmóvil. Pam sabía que si ella no se movía, él jamás lo haría. Nunca había estado tan nerviosa, ninguna decisión había sido tan suya y tan importante como la que estaba tomando en ese instante. Soltó despacio el aliento y acercó los labios a los de él para besarlos.

Él tembló, mantuvo las manos en el sofá y Pam notó que tensaba los hombros. Ben flexionó los dedos y apretó la tela entre ellos. No iba a tocarla.

Pam deslizó la lengua por entre los labios de Ben, él los separó ligeramente y respiró, dejó que ella tomase cuánto quisiera. Pam también temblaba, ella sabía qué hacer si se llevaba a un ligue al hotel y follaban casi sin desnudarse. Lo de besar despacio y mirar a los ojos de la otra persona le parecía muy peligroso. Y, con Ben, absolutamente necesario.

Le mordió el labio inferior y profundizó el beso. Él se lo permitió, incluso le rozó la lengua con la suya y un sonido gutural le escapó de la garganta.

—Bésame —le pidió ella sin darse cuenta.

Él la besó, movió los labios despacio, recorrió los de ella y durante unos instantes sus bocas se negaron a distanciarse. Pam nunca había sentido nada igual, el corazón se le aceleró de tal modo que

tuvo miedo de tener un infarto. ¿Qué había hecho? ¿Por qué había creído que podía dominar lo que sucediera con Ben? No podía, y comprenderlo la asustó y reaccionó del único modo que podía, convirtiendo aquel beso tan especial en uno de tantos.

Él lo sintió, cómo no iba a sentirlo, y se apartó.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó entrando en sus ojos.

—Besándote.

Él levantó una ceja.

—Antes me has besado, ahora...

Pam no quería oírle terminar, no podría responderle. Se movió y se sentó en su regazo. Le necesitaba, le necesitaba tanto que no podría soportar que él la rechazase.

—Te necesito.

Ben no pudo seguir soportándolo, soltó el sofá y colocó las manos en la cintura de Pam. Sabía que ella estaba alterada, que probablemente aquello fuese una reacción instintiva a la tormenta y a los recuerdos que esta le había despertado. Unos recuerdos que él no conocía pero que podía adivinar.

No podía estar con ella de esa manera, así no.

Tenía que soltarla.

Pam agachó la cabeza y le mordió el cuello al mismo tiempo que deslizaba las manos por debajo de la camiseta que él llevaba.

—Dios mío —farfulló Ben.

—Te necesito —repitió ella antes de capturar el lóbulo de la oreja entre los dientes. Le subió las manos por la espalda y lo empujó hacia ella. Ni la toalla ni la camiseta de él eran barrera suficiente.

Ben cerró los ojos e intentó respirar y dominarse. De verdad que lo intentó, pero entonces Pam le sujetó el pelo de la nuca y le echó la cabeza hacia atrás para besarlo.

Nunca nadie le había besado de esa manera. Nunca.

Ben se rindió y Pam notó el instante exacto, tiró de la camiseta de él y lo desnudó al mismo tiempo que a ella le caía la toalla.

Pam empujó el torso de Ben hacia atrás, él quedó sentado en el sofá con ella encima y creyó morir cuando una mano de Pam bajó hacia sus pantalones. Era básico, primitivo, lo único que ellos dos se veían capaces de soportar de lo excitados que estaban.

Era lo que necesitaban.

Pam se sentó encima de él y guio a Ben hacia el interior de su cuerpo. Él la sujetó por las caderas para impedir que se moviera, si lo hacía no podría aguantar más, y apretó los dedos. A Pam le tembló la respiración y apoyó las manos en el torso de él, sus frentes se rozaron. Ben sintió que a pesar de lo física que era esa entrega Pam nunca había hecho nada igual, que lo que estaba sucediendo entre los dos era profundamente distinto a cualquier encuentro de su pasado. Para él lo era.

—Pamela —pronunció su nombre y giró el rostro para depositar un beso en la mejilla de ella.

Pam se estremeció y se mordió el labio.

—Pamela —repitió.

Algo a medio camino entre un suspiro y un sollozo escapó de los labios de Pam y Ben abrió los ojos y se apartó para mirarla.

—¿Te estoy haciendo daño? —le preguntó preocupado.

—No —balbuceó ella, y antes de que él pudiese preguntarle nada más lo besó y empezó a moverse.

Dios, nunca habría podido prever lo que sentiría al tener a ese hombre dentro de ella.

Nunca.

Ben no solo estaba en su cuerpo, podía sentirlo bajo su piel, en cada aliento que daba en cada suspiro,

en cada anhelo que había logrado reprimir y negar hasta entonces. Era demasiado. No podía perderlo. Le rodeó el cuello con los brazos y se pegó a él. Le clavó las uñas en la espalda y rezó (sí, incluso estaba dispuesta a hacer eso) para que él sintiera algo parecido a lo que le estaba sucediendo a ella. Le besó, le mordió el labio, le tiró del pelo y Ben le dejó hacerle todo lo que quisiera. Él no intentó cambiar el ritmo ni tomar el control, y, cuando el deseo fue demasiado, cuando creía que iba a morir de lo que estaba sintiendo, Pam se rindió y su cuerpo se entregó al de él. Entonces él tembló y se abrazó a ella e hizo lo mismo.

Pam no lo soltó, apoyó la cabeza en el pecho de él y escuchó los latidos erráticos de su corazón. Debería soltarlo, apartarse y quizá irse. Pero él, quizá detectándolo, la rodeó con los brazos y se levantó del sofá sin dejarla ir. Si cualquier otro hombre hubiese hecho eso, Pam le habría exigido que la soltase, pero con Ben no. Ni ella misma lo entendía, pero de los brazos de Ben no quería salir nunca. Escondió el rostro en el hueco del cuello de él porque no quería seguir analizando lo que pasaba entre ellos y dejó que Ben la tumbase en la cama. Él se apartó y la miró, le acarició la mejilla y no se movió de donde estaba hasta mirarla a los ojos, y Pam tragó saliva al ver los de él.

Aún lo necesitaba, sintió un miedo atroz al comprender hasta qué punto, y tiró de él para besarlo. Hicieron el amor de nuevo y, horas más tarde, cuando el sol se coló por la ventana, Pam descubrió que por primera vez en la vida había dormido al lado de un hombre. No, de un hombre no, de Ben.

Por primera vez no quería huir, por primera vez quería quedarse donde estaba. Para siempre.

Capítulo 9

—¿Cómo te hiciste esta cicatriz?

Ben tenía a Pam entre sus brazos. Los dos estaban desnudos, habían hecho el amor al despertarse, y él no podía dejar de acariciarla. Había formulado la pregunta despacio y recorriendo la línea de la herida con la yema de los dedos. No era la primera que descubría oculta bajo los tatuajes. Había encontrado demasiadas. Intentó contener la rabia y que no se le acelerase la respiración, pero supuso que no lo consiguió del todo porque Pam se apartó un poco y lo miró a los ojos.

Ben no iba a retirar la pregunta y tampoco iba a fingir que no había visto esa cicatriz y las otras.

—Mi padre me lanzó contra la pecera que teníamos en casa cuando tenía diez años.

Ben siguió acariciándola y dejó que Pam volviese a apoyarse en su torso. Quería matar a ese bastardo, quería matarlo con sus propias manos.

—Por eso elegiste el dibujo de unas olas para taparla —adivinó Ben.

—No puedo contarte todos mis secretos, Ben. No estoy preparada. —Le besó el torso—. Esto no se lo había dicho nunca a nadie. Nunca hablo con nadie de mis tatuajes.

“Nunca hablo con los hombres con los que me acuesto, ni de los tatuajes ni de nada”.

Él la abrazó un instante y después le apartó el pelo del rostro y tiró de ella para darle un beso en los labios.

—Yo tampoco puedo contarte todos mis secretos —le dijo él en voz baja.

Aunque no tenía ninguna duda de que nunca había sentido por nadie, ni siquiera por Victoria, lo que sentía por esa mujer, Ben tenía miedo de confiar en esos sentimientos. Si Victoria, su esposa, la mujer con la que había compartido su época universitaria, sus sueños, sus inicios profesionales, sus éxitos y sus estrepitosos fracasos, nunca le había hecho sentir nada igual, ¿cómo era posible que Pam, una mujer completamente opuesta a él, lo hubiese logrado en apenas unos días? ¿Y si se equivocaba? ¿Y si lo único que sucedía era que la deseaba y que se sentía atraído hacia ella? ¿Y si dentro de unos días descubriría que todo era falso, que solo había sido una reacción física, y si ella lo engañaba igual que había hecho Victoria? No, Ben no podía arriesgarse. Todavía no, la pasión de la noche anterior había sido demasiado intensa. Necesitaba tiempo.

—Entonces, de momento me quedo con esto —susurró ella antes de volver a besarlo y de hacerle de nuevo el amor.

A partir de esa mañana, Ben y Pam cumplieron esa regla: compartían besos, caricias, deseo, risas e incluso confidencias, pero nada de secretos. Pam no volvió a dormir en el barco y cuando Killian, Benedetta, Enzo y Libero los pillaron esa misma tarde besándose ninguno se extrañó. Esa primera mañana lograron salir de casa sin que Tadeo los viese, el capataz le había explicado a Ben el día anterior que iría a comprar material que necesitaban, pero esa tarde cuando volvieron, Pam conoció al italiano y, como era de esperar, cayó rendida a sus pies.

—Así que el muchacho no es tan lento como parece —se burló Tadeo al verlos juntos—. Es un verdadero placer conocerte, Pam.

—Lo mismo digo, Tadeo.

—Dime, ¿tú qué sabes hacer?

—¿Que qué se hacer?

—Oh, no, a ella no vas a liarla —intervino Ben—. Tadeo cree que cualquiera que aparece por aquí es un carpintero, pintor o electricista en potencia.

Pamela se rio y Ben sintió un cosquilleo en la espalda.

—Sé hacer fotos y tampoco se me da mal filmar videos —le contestó Pam a Tadeo.

—Bien, pues seguro que se te dará bien pintar —sentenció el capataz—. Mañana por la tarde traeré los botes de pintura y ya decidiremos entonces por qué lugar de la casa empezar.

Ben iba a decirle a Tadeo que ni se le ocurriese, que dejase en paz a Pam, pero ella se acercó y le rodeó con los brazos y entonces se olvidó de pensar, de respirar y si los latidos del corazón hubiesen dependido de él, también habría dejado de hacerlos, porque solo fue capaz de besarla.

—¡Nos vemos mañana! —se despidió Tadeo y Ben decidió que ya no tenía que controlarse, así que levantó a Pam en brazos y se dirigió al dormitorio.

Abrió la puerta de un puntapié, la madera se quejó y Ben añadió mentalmente esa reparación a la lista de remiendos de esa casa que no paraba de aumentar.

—No sé qué me sucede contigo —susurró Pam besándolo—. No lo entiendo.

Él se estremeció y tensó los músculos para retener cierto control.

—Yo tampoco —confesó Ben tumbándolos en la cama. La depositó con cuidado y se colocó encima. Aguantó el peso en los antebrazos y la miró, la piel le ardía, quería arrancarle la ropa y arrancársela a él. Quería besarla y hacerle el amor, quería abrazarla y ser tierno con ella y al mismo tiempo quería morderla, sujetarle las manos, pedirle que se las sujetara a él. Nunca había sentido esa desesperación ni la certeza de que aunque estuviese con ella cientos de veces, millones, jamás tendría bastante. Lo único que podía hacer era buscar el modo de quedarse con Pam para siempre. “No puedo estar sin ella. No podré”.

Agachó la cabeza y la besó, le tiró de la falda frenético y al deslizar la mano bajo la prenda le quitó también la ropa interior. Mierda, no podía dejar de temblar.

—Pamela...

Ella sonrió, él pronunciaba su nombre como si significase un millar de cosas distintas.

—No puedo desabrocharte el pantalón —confesó, y Ben se apartó y se peleó con el botón.

Los dos enloquecían cuando se tocaban, era vergonzoso y maravilloso. Ben era su regalo, el premio que el destino había decidido concederle después de lo que le había hecho pasar hasta entonces. Pam no podía creerse que le estuviese sucediendo a ella, esos besos, esas caricias que no parecían acabar nunca, esa necesidad de unir sus cuerpos porque sin él no podía respirar, esas miradas que le quitaban el aliento, esa piel que se fundía con la suya y se negaba a despegarse.

—Te necesito, Ben —era la primera vez que decía algo así. Él no lo sabía, obviamente, pero la miró como si lo supiera.

—Yo más. Mucho más.

—Eso nunca. Más es imposible. Lo sé.

Ben se detuvo entonces y entró extremadamente despacio dentro de ella. Sus ojos no se apartaron ni un segundo, los dos sabían que estaban corriendo un gran riesgo, ni Pam ni Ben se habían mostrado nunca tan vulnerables con nadie. Pero era lo que ambos necesitaban hacer.

—Si los dos nos necesitamos tanto —dijo él apretando los dientes, con la frente cubierta por una fina

capa de sudor y el torso pegado al de ella—. Quedémonos el uno con el otro, ¿de acuerdo?

“Para siempre”.

A Pam se le aceleró el corazón, ella nunca había creído en esa clase de emociones, nunca había necesitado a nadie, pero había sido ella la primera en confesarlo. Y la verdad era que no podía imaginarse lejos de Ben, no podía.

—De acuerdo —accedió tirando de él para besarlo, suplicándole con el resto del cuerpo que se moviese.

“No me obligues a reconocer nada más. No me obligues a reconocer que te amo y que puedo perderte”.

Los días pasaban demasiado rápido, pensó Pam una mañana dos semanas más tarde. Solo le quedaban seis días más en la isla, Killian ya tenía todas las imágenes que necesitaba para montar el documental y la semana que faltaba iban a dedicarla a grabar algunos fondos e imágenes de base. El *Costa Esmeralda* seguía estando a disposición del equipo y habían decidido que un día saldrían todos a navegar; sería su despedida de la isla. Cuando Benedetta lo propuso en medio del café unos días atrás, todos aceptaron encantados. Pam buscó la mirada de Ben, ellos dos fingían que esa fecha no iba a llegar y se preguntó qué haría él entonces, ¿ignoraría también el comentario de Benedetta? Pues no exactamente, Ben miró el reloj y dijo que le parecía una idea excelente, así todos podrían despedirse de la isla como era debido.

A Pam se le encogió el estómago, ¿qué había querido decir él con eso? ¿Él también se iba de la isla? ¿Por fin había decidido contarle la verdad sobre él y decirle quién era en realidad? ¿Iban a volver juntos a Estados Unidos y se arriesgarían a darle una verdadera oportunidad a lo que había entre ellos? ¿Qué diablos había exactamente entre ellos? Dios, ella nunca se había formulado esas preguntas y las respuestas la atemorizaban. Pero esta vez iba a ser valiente. Por ella y también por Ben.

Así que Pam no dejó de mirarlo, esa tarde no iba a permitirle que siguiera ignorando esa realidad, y Ben al final levantó la cabeza y fijó sus ojos en los de ella. Pam tembló, el corazón le subió a la garganta y notó un cosquilleo escalándole la espalda. Si algo había aprendido a descifrar a lo largo de esas semanas eran las miradas de Ben y esa aún no la había visto.

Él se dio entonces media vuelta y se dirigió al timón. ¿Iba a dejarla así? Ben gritó dos órdenes a Libero en italiano, ahora lo hablaba tan bien que podría hacerse pasar por nativo, y después desapareció en el interior del velero. Pam lo siguió, miró a Benedetta, que estaba en la cubierta repasando unos documentos con Enzo y Killian, y la otra mujer entendió el mensaje: necesitaba hablar a solas con Ben y lo mejor para todos sería que nadie se les acercase.

Pam agachó la cabeza y entró en la cocina, pero no vio a Ben por ningún lado, así que supuso que habría ido al camarote. Quizá necesitaba algo de allí, a veces dejaban las mochilas en esa parte del barco. Abrió la puerta y, en cuanto la cruzó, Ben la cogió por los brazos y la besó frenético contra la pared.

—Ben...

No la dejó hablar. Le sujetó las manos y siguió besándola, metiéndose con cada beso dentro de su alma. Él era mucho más alto que ella, algo que también le distinguía de los otros hombres con los que Pam se había acostado, pues siempre los elegía delgados y nada imponentes. Ben era alto y fuerte, pero nadie la había tratado nunca con tanto cuidado. Él era apasionado, pero ella le había visto temblar del esfuerzo que hacía para contenerse y no sujetarla demasiado fuerte.

Hasta esa tarde. Algo le había hecho perder esa capacidad que hasta entonces a ella le había parecido

infinita. Ben se apartó, debió de darse cuenta de que sus movimientos eran frenéticos y desesperados, pero Pam le cogió por el cuello y volvió a tirar de él. No quería que él se contuviera, quería a Ben de verdad, en todas y cada de sus facetas.

—Lo siento —susurró él.

—Bésame.

Ben intentó besarla despacio, pero su cuerpo se negó. “Solo queda una semana, solo queda una semana, solo queda una semana”, le gritaba una voz dentro de él. Apartó las manos de la pared y las metió bajo la falda de Pam, subió la tela hacia arriba y detuvo los dedos encima de la ropa interior.

Tembló, tenía que apartarse. Los dedos se aferraron a la cintura de esa mujer que le estaba desmontando por dentro.

—Sal de aquí, Pam. Déjame solo un momento —le pidió apoyando la frente en la de ella.

—No.

—Maldita sea —farfulló—. No puedo ir despacio, no puedo. Te necesito.

—Yo a ti también. —Nunca le había dicho eso a nadie, aunque eso había dejado de ser novedad respecto a Ben.

—No puedo asustarte. No lo soportaría. Tienes que salir de aquí. —Intentó soltarla y ella lo retuvo colocando una mano encima del pecho—. Vete, estaré bien.

—Pues yo no. —Bajó esa mano hasta el pantalón—. Tú nunca podrías asustarme, Ben. Te deseo y te necesito tanto como tú a mí.

—Maldita sea —repitió él al borde de la rendición. Agachó la cabeza y la besó.

Hubo algo diferente en aquel beso, como si Ben hubiese sido capaz de retener hasta entonces una última barrera de protección frente a Pam y se desvaneciese en aquel instante. La levantó en brazos y la apoyó contra la pared. No habría podido dar ni un paso, cuando había dicho que la necesitaba no había mentado. Necesitaba estar dentro de ella, necesitaba sentirla porque tal vez así lograría detener el tiempo y quedarse con Pam para siempre en esa isla. Ben sabía que podía decirle la verdad e ir con ella a Estados Unidos, pero el muy idiota tenía miedo de que todos esos sentimientos se esfumasen al salir de Cerdeña. Enamorarse le había enseñado lo que era el miedo de verdad porque nada lo asustaba más que perder a la mujer que ahora lo estaba besando.

Si se quedaba allí no tenía que correr ningún riesgo.

Necesitaba quedarse allí, necesitaba hacerle el amor en aquel preciso instante. No podía soportarlo más.

—Pamela —pronunció su nombre, entrar en ella le permitió respirar de nuevo—. Pamela.

—Estoy aquí.

Ella lo besó, le acarició la nuca, se sujetó a su espalda y entendió por qué Ben la necesitaba tanto en aquel preciso instante. Ella también odiaba que pasasen los días. Él se movió despacio a pesar de la brutal tensión que le dominaba el cuerpo, había aprendido a reconocer las claves del cuerpo de Pam y buscaba despertarlas una a una. Fue un orgasmo descarnado, los dominó a ambos como si sus cuerpos les estuvieran diciendo “a nosotros no vais a separarnos jamás”. Al terminar, Ben la dejó con cuidado en el suelo y fue al baño en busca de una toalla. Cuando volvió, se arrodilló frente a ella.

—No hagas esto —le pidió sonrojada y en voz muy baja.

Él levantó la vista para mirarla.

—Quiero cuidarte, para mí es tan importante como todo lo demás. —Agachó de nuevo la vista y le acarició los muslos con cuidado—. Yo tampoco lo entiendo —añadió ahora sin mirarla, fascinado por aquellos sentimientos que ninguno de los comprendía.

Se quedaron en silencio y Pamela le acarició el pelo a Ben mientras él le subía la ropa interior y le

colocaba bien la falda.

—Y esta cicatriz —detuvo los dedos detrás de la rodilla—, ¿cómo te la hiciste?

No hablaban del pasado, ella no le preguntaba a él por el suyo y Ben nunca le había preguntado abiertamente por su padre o por los malos tratos. Excepto en esos instantes, cuando después de hacer el amor él descubría una cicatriz. Entonces ella era incapaz de mentirle, su alma necesitaba ser honesta con él, era el único hombre que podía logrado llegar hasta allí.

—Me escondí debajo de la cama, mi padre me vio y me sacó a rastras. Había un clavo en la madera del suelo y se me clavó. La cicatriz es de cuando me lo arranqué.

—Dios santo. —Ben la abrazó por la cintura y apoyó el rostro en el estómago de Pam—. No te la has tatuado.

—No, es muy pequeña. Y no llevo tatuajes en las piernas.

No los llevaba porque allí, exceptuando esa diminuta marca del clavo, no tenía cicatrices.

Ben respiró despacio, odiaba esas cicatrices ocultas tras los tatuajes, las odiaba tanto que cuando las veía, cuando las tocaba mientras hacían el amor, necesitaba recurrir a toda su fuerza de voluntad para no ponerse furioso y para no salir a buscar al desgraciado que se las había hecho. No quería que esa ira alcanzase a Pam y el esfuerzo por contener dentro de él todas las preguntas que quería hacerle le estaba matando. Pero sabía que cuando le pidiese la verdad tendría que entregarle la suya, y tenía miedo de decirle que le había estado mintiendo. ¿Y si Pam no quería tener nada que ver con un excongresista de Washington? ¿Y si ella solo se sentía atraída por Ben porque creía que era un misterioso capitán de barco? ¿O si sencillamente se ponía furiosa y lo abandonaba porque él le había mentido? No, no podía perderla por algo así. No podía. Tembló y la abrazó así un rato y después se levantó y volvió al baño. Pam se quedó donde estaba, oyó correr el agua y él reapareció unos minutos más tarde. Al mirarlo supo que esa tregua sobre sus secretos iba a tener que acabarse pronto, pero no esa tarde. Los dos sentían la necesidad de alargar la fantasía un poco más. Él abrió la puerta del camarote y le indicó que saliera. Pam volvió a cubierta con un nudo en el estómago, ¿era eso lo que ella significaba para Ben, una fantasía?

Pasaron dos días más sin que ninguno de los dos mencionase el poco tiempo que les quedaba juntos, la angustia que había dominado a Ben esa tarde en el camarote del velero parecía haberse esfumado. Era martes y ese viernes irían a navegar con el resto del equipo, pasarían el día visitando las calas que habían filmado para el documental pero esta vez solo como turistas. El sábado salía el avión de Killian y el del matrimonio italiano. El domingo salía el de Pam con destino a Boston.

Ben y Pamela estaban en la parte trasera de la casa, el paisaje de aquel viñedo a medio reconstruir la tenía fascinada y le gustaba estar allí y hacer fotos sin más. Ben estaba sentado en un banco discutiendo con Tadeo sobre una viga que el capataz italiano insistía en mover de sitio porque “allí no le gustaba”. De fondo sonaba la radio, sí, la radio, que Tadeo insistía en poner en marcha porque sin ella no podía pensar y la canción *Il mondo* de Jimmy Fontana flotaba hasta Pam. Una letra que definía a la perfección lo que sentía en ese instante.

—Me da igual que no te guste, Tadeo. Esta viga tiene que ir aquí. No se hable más del asunto. Si no quieres que el porche se derrumbe encima de la familia de Ornella, la viga se queda.

—Mira que eres terco, muchacho. Yo no digo que tengamos que quitarla, solo digo que la movamos un poco hacia la derecha.

—El porche se caerá.

Pam les oía de fondo y no podía evitar sonreír ni sacarles fotos cuando no miraban.

—No, Ava, ahora no quiero jugar contigo.

La frase de Ben fue tan extraña que se giró a mirarlo.

—¿Quién es Ava? —No disimuló los celos.

—La gallina —le contestó Tadeo señalando el ave que Ben tenía junto a los tobillos.

—¿Le has puesto nombre a esa gallina?

Ben se sonrojó, hasta entonces había conseguido ocultar ese detalle a Pam.

—Les ha puesto nombre a todas las gallinas, ¿no te lo había contado? —siguió Tadeo, disfrutando de cada segundo—. El muchacho tiene debilidad por las viejas glorias del cine en blanco y negro. Las gallinas se llaman, Ava, Grace, Audrey y Sofía, al menos ha tenido la decencia de elegir a una italiana.

—Le has puesto nombre a las gallinas —repitió Pam sonriendo de oreja a oreja—. Eres adorable.

—¿Qué has dicho? —Ben dejó el lápiz encima del cuaderno y la miró arrugando las cejas.

—He dicho que eres adorable.

—Retíralo.

—Ni hablar. Le has puesto nombre a unas gallinas que están como un cencerro y ellas te buscan para jugar. Eres a-do-ra-ble.

—Tadeo, será mejor que te vayas —dijo entonces Ben sin apartar la mirada de Pam.

—Sí, ya sé, me voy. De todos modos iba a irme ya.

—No te vayas, Tadeo —le pidió Pam sonriendo—. No me dejes aquí sola con las gallinas de Hollywood.

—Yo que tú tendría cuidado, Pamela. —Ben se puso en pie.

—Adorable.

Tadeo cerró la puerta del Fiat y vio que Ben se ponía a correr detrás de Pamela quien corría riéndose hacia las viñas que habían plantado a finales de la semana anterior.

—Te alcanzaré —dijo Ben riéndose.

—Dile a tus gallinas que no me persigan —le pidió Pam al ver que dos de ellas corrían a su lado.

—A por ella, chicas.

Ben corrió tras Pam en medio de ese prado mientras se ponía el sol y supo en su corazón que acababa de sucederle, ese preciso instante era el que marcaba el resto de su vida. Él ya no era el hombre de antes ni tampoco el que creía ser, era el hombre que se había enamorado perdidamente de esa mujer. No pudo contenerlo más, corrió más rápido y la atrapó. Ella se rio entre sus brazos y se dio media vuelta para besarlo.

Tras el beso, Ben le sujetó el rostro y al mirarla la descubrió sonriéndole. Sí, estaba completamente fuera de su elemento. Eso tenía que ser el amor del que le había hablado Victoria el día que se divorciaron, esa emoción que no admitía réplicas ni negaciones. Tembló al pensar en su exesposa, ella simbolizaba el pasado lleno de errores. Pamela era el futuro lleno de miedos.

Ella se puso de puntillas y volvió a besarlo. Él se rindió, qué otra cosa podía hacer, y cuando Pam se apartó lo miró y le dijo:

—Eres adorable.

Ben soltó una carcajada que hizo que las gallinas, que estaban allí mirándolos, se alejaran dando saltos.

—Retíralo —le pidió besándole el cuello.

—Ni hablar. Eres adorable.

Ben sonrió pegado a la piel de ella y la levantó del suelo para colocársela sobre el hombro como si fuera un saco de patatas.

—¡Ben!

Él caminó hasta la casa, entró en el dormitorio y tumbó a Pam en la cama. No dejó que ella se apartase de él ni un segundo. Empezó a besarla, la desnudó y la ayudó a que ella hiciera lo mismo con

él. Recorrió todos y cada uno de los tatuajes con los labios, las manos y con la mirada.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella al notar que él la besaba y tocaba con esa intensidad.

—Voy a convencerte de que no soy adorable.

Le mordió el interior de un muslo, besó la marca, la sujetó por las caderas y entró en ella. Le sujetó las manos por encima de la cabeza y se mantuvo completamente inmóvil.

—Ben, muévete... por favor.

—No.

Le retuvo las muñecas con una mano y con la otra le apartó un mechón de pelo del rostro y le acarició la mejilla con ternura.

—Muévete de una vez. —Se mordió el labio—. Por favor.

Él agachó la cabeza y le lamió los labios, aunque no dejó que Pam lo besara. Después se acercó despacio a la oreja y le susurró.

—Vamos, dime ahora que soy adorable.

Ella tembló de la cabeza a los pies y él le apretó las muñecas.

—Ben...

—¿Qué? ¿Acaso te parece adorable lo que te estoy haciendo?

—Dios mío. —Pam giró el rostro desesperada por besarlo, por lograr que se moviera, por algo, lo que fuera, siempre que fuera Ben—. No puedo más, Ben. —Consiguió lamerle el cuello y él no pudo evitar tensarse y mover las caderas—. Te necesito, Ben. —Él había apoyado la frente en el hueco que se formaba entre el hombro de Pam y la cama y ella aprovechó para besarle la piel de esa zona.

—Pamela...

Ben se movió, le soltó las manos y se abrazó a ella con todas sus fuerzas.

—Ben. —Buscó sus labios y lo besó. Necesitaba besarlo, lo necesitaba más que cualquier otra cosa.

Esa noche fue distinta a las demás, cada beso, cada caricia, cada mirada respondía a la desesperación de ambos. Alguien tenía que ser el primero en atreverse a reconocer que lo que sucedía cuando estaban juntos no era sexo, ni lujuria, ni pasión, era todo eso junto y mucho más. Quizá demasiado.

Alguien tenía que hablar de lo que estaban sintiendo, y, después de haberse pasado su vida adulta negando cualquier sentimiento, huyendo de ellos como si fueran el peor de los monstruos, Pamela decidió que si por alguien valía la pena arriesgarse era por Ben.

Estaban tumbados en la cama, él la estaba abrazando y por primera vez no le había preguntado por ninguna cicatriz. Pam soltó el aliento, dejó un beso encima del pectoral de Ben y se incorporó para mirarlo.

—Te quiero, Ben. —Le tembló el mentón pero siguió adelante—. Me he enamorado de ti.

Él tiró de ella y la besó. No ocultó el efecto que le habían producido esas palabras, todo él temblaba cuando volvió a hacerle el amor y sus besos desprendían el asombro de saberse amado. Pamela sintió que con cada uno de ellos él le decía que también la quería, que se había enamorado perdidamente de ella y que cuando pudiesen dejar de tocarse y de necesitarse hablarían del resto. Al terminar se durmió de nuevo en sus brazos y habría jurado que él le susurró:

—Yo también te quiero, Pamela.

A la mañana siguiente, Ben se había ido.

Y no volvió.

Capítulo 10

Boston, seis meses más tarde.

Pamela aún lloraba cuando pensaba en Ben.

A pesar de los meses que habían transcurrido seguía sin entender qué había pasado esa noche. Odiaba a Ben por haberla dejado sin explicárselo y por haberse ido sin darles a ninguno de los dos la oportunidad de intentarlo. Esa mañana en Cerdeña, después de comprender que él no estaba y que se había ido sin decirle nada, Pam también comprendió que no podía ir tras él.

Pamela sabía que él no era David Benjamin Shapiro, un australiano que se ganaba la vida navegando o haciendo trabajos extraños, ella sabía que era Benedict Holmes, excongresista de los Estados Unidos, abogado brillante y exmarido de la mujer perfecta. Sabía todo eso porque le había reconocido el primer día, no porque él se lo hubiese contado. Si iba tras él tendría que reconocer que le había reconocido y que se había dejado engañar como una idiota. Tendría que reconocer que había dejado que él le mintiese.

El muy canalla ni siquiera había sido capaz de decirle quién era de verdad, ni siquiera había sido sincero respecto a eso. Si Ben hubiese sido honesto con ella, si le hubiese dicho que lo único que quería tener con ella —y lo único que podía ofrecerle— era una aventura, Pam probablemente habría aceptado. A eso sí que sabía jugar a la perfección. Pero no, él la había descolocado del todo, le había hecho creer que con él las cosas por primera vez en su vida iban a ser distintas.

Se rio con amargura mientras inspeccionaba, en la pantalla del ordenador, las últimas imágenes del reportaje en el que estaba trabajando; el debate del estado de la nación. No era de extrañar que hoy también se hubiese acordado de él, había prometido no hacerlo con tanta frecuencia, pero los comentaristas de las noticias insistían en pronunciar el nombre de Ben cada dos minutos.

“Nadie sabe dónde se encuentra el excongresista Holmes en la actualidad”.

“Se rumorea que viajó a Europa, pero nadie ha podido confirmarlo”.

Ella podía descolgar el teléfono y mandar a toda la prensa norteamericana tras él en cuestión de segundos. Pero ni en el peor de sus momentos se había planteado la posibilidad de hacerlo, ni siquiera durante los dos primeros meses, cuando no podía parar de llorar.

Era la primera vez (y la única, si podía evitarlo) que se enamoraba, así que tenía derecho a estar desconsolada, pero jamás sería vengativa con Ben. Ella solo había recurrido a los subterfugios una vez en la vida, cuando había temido por ella y había sido el único modo de salvarse, pero desde entonces siempre era sincera y nunca le hacía daño a nadie. No después del que le habían hecho a ella. Además, podía entender que Ben no quisiera que lo encontrasen y que necesitase esa soledad y aquel distanciamiento para recuperar su vida, lo único que odiaba era que no le hubiese dejado formar parte de ella.

Susana no le dijo nada y le demostró una vez más que era la mejor amiga del mundo. Se pasó esos

dos primeros meses consolándola, escuchándola, diciéndole que se le pasaría. Pam sabía que no iba a ser así pero le siguió la corriente. Ella nunca superaría a Ben.

Pam no le había contado la verdad sobre Ben a Susana, no había sido capaz de traicionarlo ni siquiera en eso. Ella sabía que podía confiar en su mejor amiga, pero había preferido no arriesgarse porque, desde que estaba casada con Kev MacMurray, Susana era una mujer muy pasional y le había dicho en más de una ocasión que si tuviera delante al “maldito y cobarde marinero de tres al cuarto” le arrancaría el pescuezo. Por eso Pam seguía manteniendo que el hombre que le había roto el corazón era el australiano que había timoneado el velero. Si le hubiese dicho que en realidad se trataba de Benedict Holmes, probablemente Susana le habría dicho que había cometido un error enamorándose de un hombre como él, uno que acababa de divorciarse y que seguramente solo quería tener una aventura.

Habría tenido razón.

Tras esos meses de llanto, Pam decidió que no podía seguir desconsolada y se dio cuenta de que, aunque las cosas con Ben no hubiesen salido bien —habían salido desastrosamente mal—, ella había aprendido que podía amar. Durante años se había convencido de que no poseía esa capacidad o de que nunca se atrevería a intentarlo. Ella solo había querido a su madre y a su padre; ella se había muerto y la había dejado con un monstruo y él, el hombre que tendría que haberla protegido de todo mal, había estado a punto de matarla. Después de eso, a quién podía extrañarle que Pam no confiase en el amor y que hubiese renegado de él. Llevaba tanto tiempo sin amar que se había convencido de que no sabía y de que, en el caso de saber, jamás volvería a intentarlo. Hasta que conoció a Ben y lo intentó, vaya si lo intentó. Se había enamorado de Ben como solo se enamora la gente que es muy afortunada una vez en la vida y él le había roto el corazón. Pero ya no tenía que ir por la vida manteniendo las distancias con las personas que la querían.

Fue una revelación y cuando la tuvo sintió que le quitaban un peso enorme de los hombros. ¿De verdad se había pasado desde los dieciocho años huyendo del cariño?

Lo primero que hizo, tras descubrir que tener el corazón roto implicaba que podía arreglarlo, fue decorar su piso. De entrada podía parecer un detalle frívolo, pero para ella significó el mundo. Por fin reconocía que ese apartamento era su hogar y que iba a quedarse allí durante mucho tiempo. No desaparecería en medio de la noche como había hecho de casa de su padre. Pam visitaba a Susana y a Kev tanto como ellos se lo permitían, y siempre que Stuart la invitaba a cenar con su familia iba encantada y llevaba una botella de vino o flores, y se quedaba hasta que la echaban.

El cambio fue tan radical que a nadie le pasó por alto, y sus compañeros de trabajo se atrevieron a invitarla a salir, incluso hubo dos que le pidieron citas más románticas. Pero para eso aún no estaba preparada.

Sacudió la cabeza y se centró en el trabajo que tenía delante. Ben se había ido sin despedirse, no había sido honesto con ella y le había hecho mucho daño, pero en cierto modo la había devuelto a la vida. Aunque fuera por eso, esperaba que algún día fuese capaz de guardar un buen recuerdo del mes que habían pasado en Cerdeña.

Pero ese día no había llegado. Por más que lo había intentado no había logrado encontrar una explicación a la huida de Ben. Tadeo le dijo que había ido a verlo de madrugada y que le había dicho que tenía que irse, que volvería más adelante, no sabía exactamente cuándo, y que ella podía quedarse en la casa hasta que saliera su vuelo de regreso a Estados Unidos. Rick, el propietario de la marina, le dijo más o menos lo mismo. Ninguno de los dos disimuló su confusión y tampoco la lástima y el cariño que ella, con su mirada llena de lágrimas, les despertó.

Pam se quedó en la casa, quiso hacerlo. Allí había sido feliz y se pasó los pocos días que le quedaban paseando por los viñedos, fotografiando los rincones en que se habían besado o donde habían reído

juntos. En algún lugar tenía que haber algo que la ayudara a entender lo que había pasado. No lo encontró, obviamente, y llegó a la dolorosa conclusión de que él no la quería, que no se había enamorado de ella, y que, tras la confesión de amor que ella le había hecho, había preferido irse y ahorrarse la humillación.

Esa explicación, si era sincera consigo misma, tampoco encajaba. Pero al final fue la que le pareció más acertada.

Apagó el ordenador, ahora que Ben se le había metido en la cabeza jamás lograría acabar ese montaje, así que lo mejor sería que se fuese a casa y que volviera a intentarlo mañana. Cogió el abrigo y bajó a la calle para caminar; compraría algo para cenar y comería frente al televisor viendo una película de acción, así no tendría que pensar en nada.

Le sonó el móvil y al ver el nombre de Susana en la pantalla contestó de mejor humor.

—Hola.

—¿Dónde estás?

—Paseando por la calle, voy a comprarme algo para cenar.

—Podrías aprender a cocinar —se burló Susana.

—Podría, de hecho me estoy planteando apuntarme a un curso.

—Me parece una idea estupenda, pero asegúrate de tener libre el viernes que viene.

—¿Por qué? ¿Necesitas canguro para Luke?

—No, qué va. ¿Te acuerdas del hermano de Kev?

—¿Harrison, el informático que parece sacado de un anuncio de una colonia cara?

—El mismo —se rio Susana.

—¿Qué pasa con Harrison? No me digas que me has organizado una cita a ciegas con él porque vas a llevarte un chasco, ya te he dicho que...

—Eh, para, no, no. No te he organizado una cita a ciegas con él.

—Ah, bueno —se sintió un poco avergonzada por haberse precipitado.

—Te la he organizado con Spencer.

—Ni hablar, Susana, ¿y quién diablos es Spencer?

Susana tuvo la osadía de volver a reírse.

—Spencer es un amigo de Harry, trabajaba con él en Washington. Le conocí hace unos días y es muy atractivo, y lleva tatuajes.

—¿Tú sabes que eso no implica que vaya a gustarme, no? Lo de que los dos llevemos tatuajes no significa que nos gustemos en el acto. Además, ya te he dicho que...

—Sí, lo sé, no estás preparada. Tu australiano te rompió el corazón. Lo sé.

—Pues dile a Spencer que no puedo quedar con él.

—No te he organizado una cita a ciegas con nadie, Pam —Susana suspiró exasperada—. Harrison se muda a Boston y ha organizado una fiesta en su casa para presentar a Victoria a sus amigos. Spencer estará allí, eso lo reconozco, pero habrá mucha más gente. La hermana de Kev y Harry también estará, y me imagino que Tim y Amanda también.

—No sé, Susana. —Pam había coincidido con Harry solo en una ocasión y no tenía ni idea de quién era la tal Victoria. Y a decir verdad no tenía ganas de estar rodeada de extraños.

—Vamos, será divertido. Los antiguos compañeros de equipo de Kev siempre te cayeron simpáticos y no te hará daño ver a doce jugadores de fútbol americano en vaqueros y con ganas de fiesta. Quizá incluso te lo pases bien.

—Bueno, la verdad es que...

—Oh, vamos, dime que vendrás. No puedes quedarte para siempre encerrada, Pam. Me tienes

preocupada.

—Está bien —le concedió al fin—. Iré a la fiesta.

Ben llevaba más de un mes en Estados Unidos, en California para ser más exactos. Aún no había reunido el valor necesario para ir a buscar a Pamela y pedirle, suplicarle que lo escuchara, y sabía que cuanto más tiempo tardase más difícil sería que ella quisiera verlo, pero aún no tenía todo lo que necesitaba.

Lo que había sucedido la última noche en Cerdeña se había quedado grabado en su mente. Sus brazos seguían recordando la sensación de tener a Pamela dormida entre ellos. Sus labios todavía sentían sus besos y sus ojos jamás olvidarían el rostro de ella cuando le dijo que lo quería y que se había enamorado de él.

“Soy el hombre más afortunado del mundo”, pensó esa noche antes de dormirse, “y no me lo merezco”. Una hora más tarde, el sonido del campo se coló por la ventana y lo despertó. Pamela, sin embargo, estaba tan cansada que ni se inmutó cuando él decidió salir de la cama y hacer algo de provecho. Ella lo amaba y él, aunque no se lo había dicho, estaba perdidamente enamorado. Cuando ella se lo dijo, tuvo que besarla y después necesitó hacerle el amor. No había podido contenerse y al final ella se había quedado dormida sin oírle decir que también la quería. Pero eso iba a remediarlo cuanto antes y para siempre: le diría la verdad, le confesaría quién era y le pediría que le diese una oportunidad a su relación. Ni loco iba a dejar a escapar el amor, la vida, su mundo, ahora que los había encontrado.

Se puso una camiseta y los calzoncillos y fue a por el ordenador de Pam. Buscaría un billete para acompañarla a Boston y después le escribiría a Ornella para despedirse y para decirle que no podía quedarse más tiempo. Seguro que lo entendería, Ornella parecía de la clase de mujer que había cometido alguna que otra locura por amor.

Levantó la tapa del ordenador y puso en marcha el navegador. Tecléo la B de Boston y la función de completar el texto reprodujo la última búsqueda que Pamela había realizado con esa letra: *Benedict Holmes*.

Ben notó que se le helaba la sangre y un dolor agudo le atravesó el corazón. Le dio al intro y aparecieron los enlaces que Pamela había visitado. Todos eran sobre él, noticias sobre su divorcio y su dimisión, y especulaciones sobre su paradero. Pamela sabía quién era, lo había sabido siempre, obviamente, o, como mínimo, desde el día en que hizo esa búsqueda. Lo sabía y se lo había ocultado y no había ningún motivo que lo justificase. Lo único que podía explicar el silencio de Pam, pensó al notar que los pedazos de su corazón se estremecían y le arañaban, era que pretendiese sacarle provecho. Quizá quería que él la ayudase a conseguir algo en Estados Unidos, una entrevista en exclusiva o algo igual de repulsivo. O quizá solo quería dinero, ¿por qué sino no le había dicho desde un principio que lo había reconocido?

Ben cerró las páginas con una frialdad casi clínica y bajó la tapa del maldito aparato. Había sido un estúpido. Otra vez.

Victoria lo había engañado con otro hombre.

Pamela lo había engañado sin más... Lo había destrozado. Pero ¿por qué? Maldita sea, pensó furioso consigo mismo por ser tan crédulo, por una exclusiva. Tenía que ser por eso, Pamela le había contado que su trabajo a menudo consistía en vender noticias a la prensa, ella les proporcionaba las imágenes y ellos se encargaban después de buscar o redactar el texto. Que idiota había sido, había bajado la guardia sin más.

Se levantó y se pasó las manos por el rostro. No podía respirar. Salió al patio y tuvo que apoyarse en

la pared de la casa para no caerse. No podía quedarse allí, si se quedaba haría algo de lo que se arrepentiría. Y si se iba ahora lograría dar esquinazo a los periodistas que seguramente no tardarían en aparecer en la isla. Faltaban unos días para que Pam volviese a Boston, así que lo más probable era que la horda de periodistas apareciese antes, mientras ella aún estuviese allí. Entró en el dormitorio y las ganas que tenía de ponerse a gritar y de despertarla fueron casi irresistibles, pero consiguió dominarse. Si la despertaba seguro que ella se pondría a llorar y le pediría perdón, o tal vez lo negaría y se haría la inocente. Y él le creería porque Ben era lo bastante sincero consigo mismo para saber que no podía resistirse a Pamela. Se había enamorado de ella de verdad, por primera y única vez en la vida se había enamorado y no podía confiar en esos sentimientos ni en la mujer que se los había provocado. Cuando Pam se despertase y le mintiese, él la creería, la besaría, la abrazaría, estaría dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de retener la ilusión a su lado, con tal de seguir creyendo que ella lo amaba de verdad. Después, cuando la ilusión se desvaneciese y ella le traicionase abiertamente, se odiaría por ello y él no podía volver a odiarse. Había sobrevivido a la enorme decepción de saber que era estúpido y crédulo, a la traición de una mujer en la que había confiado, a la pérdida de su vocación, pero no podía volver a odiarse. No se lo merecía.

Tenía que salir de allí, alejarse de ella y pensar. ¿Qué clase de hombre era tan estúpido como para casarse con una mujer que no amaba y después enamorarse de otra que al parecer había recurrido al truco más viejo del mundo para seducirlo?

Esa noche no fue capaz de hacer nada más, frente a sus ojos solo veía la pantalla del ordenador con su nombre y las noticias del divorcio y de la dimisión. Se fue de la casa sin que ella se despertase y después de hablar con un furioso Tadeo y un estupefacto Rick, se subió a un pequeño velero y partió hacia el horizonte. Pero pasaron los días y a Cerdeña no llegó ningún periodista, nadie se acercó a él en ninguna parte. Ben le pidió un barco a Rick y se quedó en alta mar hasta el lunes, hasta que supo que, aunque volviese a la isla, ella ya no estaría. Después, se quedó en Cerdeña hasta que terminaron las obras en casa de Ornella. Cada día pensaba en ella, cada día quería llamarla, ir a buscarla, gritarle, besarle, sencillamente volver a verla. El dolor, sin embargo, lo retuvo en la isla, en esa parte del mundo donde podía fingir que no había pasado nada, que no había entregado para siempre su corazón a Pamela y que ella se lo había destrozado.

No apareció ningún periodista, el único que lo cosió a preguntas y que lo trató como si fuese el mayor imbécil del reino hasta el día en que volvió a Estados Unidos fue Tadeo.

Ben no voló a Washington, fue a Nueva York. La ciudad siempre le había parecido interesante y allí seguro que pasaría desapercibido, pero ese no fue el motivo por el que la eligió. Fue a Nueva York porque trabajaba uno de sus mejores amigos, Peter Lock, y porque necesitaba la ayuda de Peter para averiguar el verdadero pasado de Pamela. Iba a actuar a espaldas de ella, haría lo que él tanto odiaba que hicieran con él, pero era lo único que se le había ocurrido para callar aquella voz que le carcomía por dentro desde que la abandonó esa mañana. Necesitaba ayudar a Pamela, protegerla de aquel monstruo que tanto la había aterrorizado la noche de la tormenta y del que ella solo le había hablado a medias. “Fue mucho más generosa que tú, tú solo le mentiste”. Quizá si protegía a Pamela, si mataba aquel monstruo, ella accedería a escucharle. Había tardado todos esos meses en irse de Cerdeña porque no le había resultado nada fácil asumir que había cometido el peor error de su vida. Quizá Victoria le hubiese traicionado, quizá en el pasado él hubiera sido la víctima, pero ahora se había comportado como un cobarde y había sido él el que había juzgado demasiado rápido y el que no había confiado en sus sentimientos. ¿Cómo había podido hacerlo? No los había reconocido, él no sabía que el amor pudiera ser tan brutal, tan animal. Tan irracional y tan intenso.

Llegó a la ciudad y buscó una habitación en un hotel céntrico donde, tal como había anticipado, nadie

lo miró dos veces. Llamó a Peter desde allí y, tras la sorpresa inicial, su amigo le preguntó en qué podía ayudarlo.

—Quiero información sobre un caso de malos tratos de hace años.

—¿En qué estás metido, Ben? Creía que habías dejado la política —le contestó Peter.

—Y así es. Es personal.

—Joder —se rio—, a ver si al final tendré que darle la razón a Jackie.

—¿A Jackie? ¿Sobre qué?

—Ya conoces a Jackie. —Jackie era la esposa de Peter—. Lleva años diciéndome que en el fondo eres un romántico y que algún día perderías la cabeza por una mujer, y antes de que lo digas, según Jackie Victoria no cuenta. Ella siempre ha insistido en que solo eráis amigos y que era evidente que no os deseabais. Lo siento, tío.

—Yo no he dicho que esto tuviese nada que ver con una mujer —se defendió Ben, aún no se veía capaz de hablar de Pam.

—Está bien —accedió—. Dime el nombre y veré qué puedo hacer. —Peter tomó nota del nombre de Pamela—. Pero esto va a costarte caro, vas a tener que venir a cenar a mi casa y jugar con los niños.

Ben se rio y aceptó encantado el chantaje de Peter, sus hijos gemelos eran de lo más divertidos.

—Claro, ¿a las siete?

—A las seis y media, así te dejo a las bestias más rato.

—Gracias, Peter.

—De nada. Me alegro de que hayas vuelto, estaba preocupado por ti. Cretino.

—Lo siento.

—Y tendrías que haberme llamando antes, no tendrías que haber dimitido sin desahogarte antes con tus amigos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ya está, ya lo he dicho. Ven a casa a las seis y media y te adelanto que Jackie también está enfadada contigo.

Ben suspiró al colgar, era absurdo que al abandonar Washington hubiese abandonado también a sus amigos, aunque lo cierto era que a ellos llevaba años perdiéndolos, probablemente tantos como a su matrimonio. Se apretó el puente de la nariz, Dios, era agotador comprobar lo absorto y perdido que había llegado a estar, y llamó a Victoria. Esa llamada le costó mucho más porque sabía que, aunque estaba preparado, iba a ser dolorosa.

Marcó el número que aún se sabía de memoria.

—¿Diga? —ella le contestó soñolienta.

—Hola, Victoria.

—¿Ben, eres tú?

—Sí, soy yo.

—¿Dónde estás? —sonaba preocupada.

—En Nueva York.

—Oh, Dios mío. Me alegro tanto de oírte.

—Yo también me alegro de oírte —confesó él comprobando que era verdad—. Lamento mucho cómo te traté el día que firmamos los papeles del divorcio. No tendría que haberme ido sin hablar contigo. —Se frotó la frente, al parecer era todo un experto en largarse sin afrontar los hechos, pensó avergonzado.

—No pasa nada. Lo entiendo.

—No, estuvo mal —repitió.

—Bueno, te perdono. Oh, Ben, echo de menos hablar contigo.

—¿Tú... tú y Harrison estáis bien? —se obligó a preguntar.

—Ha sido difícil, pero sí —Ben la oyó incluso sonreír—, estamos bien.

—Me alegro.

—No vuelvas a desaparecer, Ben. Por favor.

—No lo haré. Te llamaré cuando vuelva a tener móvil.

—¿Y podré llamarte y preguntarte cómo estás?

—Supongo.

—Lamento que nuestro matrimonio no funcionase, Ben, pero amo a Harrison.

Victoria no pidió disculpas por amar a Harrison y eso, por extraño que pareciera, hizo que Ben se sintiera mejor.

—¿Sabes una cosa, Victoria? Creo que empiezo a entenderlo. Te llamaré. Cuídate.

Colgó antes de que Victoria pudiese preguntarle nada más, no le confesaría a su exesposa lo que sentía por Pamela. Ahora que el dolor por su traición había desaparecido, recordaba que, como amiga, Victoria podía ser de lo más curiosa.

Unas horas más tarde, y después de comprar flores para Jackie y un nuevo videojuego para los gemelos, Ben fue a casa de Peter.

Capítulo 11

Había sido un estúpido y no se merecía a una mujer como Pamela.

Nunca se la merecería.

Ben, a pesar de que estaba completamente convencido de que las tres afirmaciones anteriores eran ciertas, iba a ir tras ella y lucharía por recuperarla. Lo había decidido esa noche que pasó en medio del mar cuando como un idiota se había mantenido alejado de ella, y lo sentía en su corazón desde el día que la besó por primera vez; Pam era la única mujer que amaría en la vida.

Después de Nueva York volvió a Washington durante unos días y fue al almacén donde habían acabado sus cosas, para recuperar los pocos objetos que necesitaba. Sentado frente al montón de cajas en ese cubículo que algún miembro del personal de su antigua casa habría contratado, se sintió como si estuviera observando las pertenencias de un desconocido. Estuvo allí varias horas sin hacer nada, lo que le había contado Peter sobre el pasado de Pamela seguía resonando en su mente, y no reaccionó hasta que el encargado del almacén fue a avisarle que faltaba menos de media hora para cerrar. Entonces cogió una caja vacía, la llenó con las pocas fotos y objetos personales de esa vida pasada y se fue de allí cargándola bajo el brazo. Al llegar a la calle se dirigió a un café y buscó el móvil que por fin había decidido recuperar y llamó a la persona más inesperada.

Tal vez ella no le cogería el teléfono, pensó mientras el aparato sonaba.

—¿Sí?

—Ornella, soy Ben.

Hablar italiano le reconfortó, le llevó a recordar el calor y el amor que había sentido en Cerdeña y que parecía haber dejado allí. “Voy a recuperarlo. Para siempre”.

—¡Benedict! ¿Cómo estás? ¿Vas a volver pronto a Cerdeña? Mi familia y yo te debemos una cena en el porche, y creo que tus viñas no tardarán en darnos un buen vino.

—Estoy bien —mintió—, pero creo que tardaré un poco en volver a la isla.

—Oh, es una lástima. Dime, querido, ¿qué puedo hacer por ti?

Ben sonrió al recordar el día que conoció a Ornella.

—Me gustó mucho ayudar en las obras de reforma de la casa y del viñedo —empezó Ben— y creo recordar que un día me comentaste que tu familia política tenía viñedos en Estados Unidos.

—¿Estás pensando en convertirte en uno de los nuestros, Ben?

—No exactamente —rio. Algunos clientes del café lo miraban intrigados, pero por el italiano, no porque lo reconociesen—. Estoy pensando en estudiar arquitectura, o quizá sí, quizá me anime a estudiar viticultura.

—Oh, querido, ni mi familia política ni la mía tenemos tierras en Estados Unidos. Tenemos viñas en Australia, nada comparables a las italianas, si me permites que te lo diga. Supongo que debí mencionarlas alguna vez y por eso te confundes.

Ben no tuvo tiempo de desanimarse porque Ornella lo dejó fuera de combate con la siguiente afirmación:

—Pero no sé por qué me has llamado a mí conociendo a Tadeo.

—¿Tadeo? ¿Qué tiene que ver Tadeo con todo esto?

Ornella se rio a carcajada limpia.

—Tadeo es el propietario de las viñas más grandes de Italia y posee varias bodegas en Estados Unidos y en Australia.

—¿Tadeo? ¿Estás segura?

Ornella volvió a reírse.

—Segurísima. Tadeo y mi marido son amigos desde la infancia, y cuando se enteró de que nos íbamos y de que por fin nos habíamos decidido a recuperar los viñedos insistió en supervisarlo todo. Es de esos chiflados a los que les encantan las obras y ensuciarse las manos, ¿me entiendes, no?

—¿Tadeo? ¿El Tadeo que lleva un Fiat destartalado?

—El mismo, un día pregúntale por qué lleva ese coche, pero prepárate para pasarte la noche hablando.

—Tadeo.

—Llámale, lleva semanas esperando tu llamada. Y cuídate mucho, Benedict.

—Lo haré —le aseguró, aún atónito, a la italiana.

Durante un segundo se planteó la posibilidad de que Ornella le hubiese tomado el pelo, pero la historia era demasiado rocambolesca para ser mentira. Y ahora que lo pensaba, tenía todo el sentido del mundo. Él siempre había tenido la sensación de que Tadeo le ocultaba algo, como cuando alguien resuelve un acertijo antes que tú y se te queda mirando.

Sacó la cartera del bolsillo y buscó el papelito que Tadeo había insistido en darle el último día, un resguardo de la tienda de pintura con su número de teléfono garabateado a lápiz. El propietario de una de las mayores bodegas del mundo y no solo se dedicaba a hacer de pintor sino que además no tenía tarjetas de visita. Ben no pudo evitar sonreír, era muy propio de Tadeo.

—Ya era hora de que me llamasen, muchacho.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—¿Cuántos idiotas crees que conozco que llaman a estas horas desde Estados Unidos?

—Mierda, lo siento. —Ni se le había ocurrido pensar en la diferencia horaria.

Tadeo se rio.

—No pasa nada, señor congresista.

—Vaya, con qué tú también sabes la verdad —farfulló resignado y nada sorprendido—. ¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Había vuelto de Estados Unidos pocos días antes de conocerte, en un avión leí una revista y vi tu foto. Siempre he sido buen fisonomista.

—Claro, no sé de qué me extraño. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué no me lo dijiste tú, congresista?

—Excongresista —lo corrigió.

—En respuesta a tu pregunta, muchacho, no te lo dije porque no me pareció importante. Todo hombre tiene derecho a tener secretos, tú parecías necesitar mucho el tuyo —chasqueó la lengua con satisfacción y continuó—: La casa de Ornella ha quedado fantástica, deberías venir a verla. Y deberías plantearte en serio lo de dedicarte a la arquitectura, o a los viñedos. Tengo el presentimiento de que ambas cosas te harán mucho más feliz que la política.

—Yo también lo creo.

—Dios mío, ¿acabas de darme la razón? Virgen santa. ¡Milagro!

—Déjalo, Tadeo. Basta —insistió al ver que el italiano seguía burlándose de él en italiano.

—Acabo de comprar una finca en California, el terreno es bueno, pero las cepas que hay plantadas, pésimas. Y la casa es un desastre, o una horterada como dice mi esposa. Ve allí y arréglalo.

—¿Así sin más?

—¿Qué más quieres que te diga? Tú vales para esto, muchacho, y quiero que te ocupes tú. Si para ser feliz necesitas firmar algo, les pediré a mis abogados que te inunden de papeles.

—No, no hace falta. —Tembló al imaginarse los abogados de Tadeo—. Solo dime dónde tengo que ir.

—Así me gusta, muchacho.

—Me llamo Ben.

—Lo sé, no soy tan mayor como para haberme olvidado de tu nombre.

—Iré a California, visitaré la propiedad y te llamaré desde allí. Tal vez te has precipitado y no sea la persona más adecuada para ocuparme de este proyecto.

—No digas tonterías, Benedict. Y una cosa más antes de colgar, haz el condenado favor de ir a buscar a esa chica antes de irte. No puedes vivir sin Pamela, así que deja de intentarlo.

El italiano colgó y Ben se preguntó si incluso las gallinas de la casa de Cerdeña opinaban que había sido un estúpido y un cretino al dejar a Pamela de esa manera.

Seguro que sí.

La finca de Tadeo era mucho más vasta de lo que Ben se había imaginado. La casa era más horterada de lo que había creído y estaba en un estado lamentable y las cepas que había plantadas tenían que arrancarse todas de raíz. La casa probablemente también. Era un proyecto de proporciones épicas, al menos para él que ni siquiera era arquitecto y que todo lo que sabía de viticultura lo había aprendido ese verano, pero estaba impaciente por empezar. Lo único que le faltaba para ser feliz, para iniciar esa vida que deseaba tanto que podía incluso tocarla con las yemas de los dedos, era Pamela.

Tenía que hablar con ella, tenía que contarle lo que había hecho y por qué. Quizá así lo perdonaría y estaría dispuesta a darle una oportunidad.

Pamela le había contado pocas cosas de su pasado pero había sido muy generosa compartiendo el presente; le había dicho el nombre de la agencia donde trabajaba, el de su jefe, le había hablado de su pequeño apartamento, aunque nunca le había dado la dirección, y de que su mejor amiga, Susana, siempre la reñía porque no sabía cocinar. Ben podía encontrarla sin problemas, lo único que tenía que hacer era plantarse en Boston e ir a buscarla. Pero había pasado mucho tiempo, seis meses, y tenía miedo de lo que pudiera encontrarse. Podía encontrar a Pamela con otro hombre, se lo tendría bien merecido. O podría encontrarse con que Pamela no quisiera hablar con él o que aceptara y lo mirase con indiferencia, o que se riese de él. La única opción que tenía era prepararse cual soldado antes de la batalla e ir en busca de Pam con sus mejores armas, es decir, su maltrecho corazón, su completa convicción de que jamás amaría a otra mujer como la amaba a ella, y con los miedos y los monstruos de su pasado para siempre derrotados. Estaba a punto de conseguirlo y por eso estaba cada vez más nervioso e impaciente.

Una tarde, después de pasarse horas esbozando distintas posibilidades para rescatar un viejo abrevadero de caballos, buscó el móvil y llamó a Victoria. Cuando escuchó la voz de su exesposa comprendió atónito que la había llamado porque necesitaba contarle a alguien lo que le estaba pasando y Victoria era, y siempre había sido, su amiga. Nada más.

Pero Victoria le interrumpió antes de que pudiera desahogarse.

—Ahora mismo estaba pensando en ti —le dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Iba a llamarte para invitarte a una fiesta.

—¿A mí? ¿A una fiesta? ¿Por qué?

—Porque Harry ha organizado una fiesta en casa para que conozca a sus amigos y no quiero que no haya nadie de mi bando.

—Victoria, soy tu exmarido, no estoy seguro de que eso signifique que soy de tu bando como tú dices, y no creo que a Harry le haga demasiada ilusión verme.

—No quiero que venga —oyó la voz de Harrison claramente a través del teléfono.

—¿Lo ves? —le dijo a Victoria.

—Tonterías. Tú eres mi amigo y Harrison no tiene ningún motivo para estar celoso, a él le quiero.

Ben oyó entonces que Victoria contenía lo que parecía ser un suspiro y sacudió la cabeza para no imaginarse lo que Harry debía de estar haciéndole tras escuchar esa frase.

—No creo que sea buena idea, Victoria. Además, estoy en California y la fiesta es en Boston, así que me es imposible.

—La fiesta es el viernes que viene. Tienes tiempo de sobra y no se te ocurra negarlo, te he visto coger cinco aviones en una semana, Ben.

—¿Por qué quieres que venga?

—Porque eres mi amigo, Ben, y tengo la sensación de que necesitas hablar con alguien.

—¿Por qué dices eso?

—Dimitiste de tu trabajo, Ben. Ser congresista era el sueño de tu vida y has renunciado a él sin más. Te has pasado meses desaparecido y ahora estás en California.

—Puede que no lo parezca, pero todo lo que estoy haciendo tiene sentido.

—Eso espero, Ben.

—Los sueños cambian, Victoria.

—Lo sé, aunque lo que tal vez sucede es que cambiamos nosotros. Ven a Boston, Ben. Por favor.

—Me lo pensaré.

—Genial. Te esperamos el viernes. Te mandaré los datos dentro de un rato.

Victoria le colgó y Ben tuvo que reconocer que solo había aceptado ir porque así por fin tenía una excusa para volar a la ciudad donde vivía Pamela y estar un poco más cerca de ella. Tal vez allí reuniría el valor necesario para ir a verla. Si el destino le llevaba hasta allí, igual que los había llevado a los dos a Cerdeña esos meses atrás, quién era él para oponer resistencia. Además, la echaba muchísimo de menos y quería verla, basta de escudarse en sus miedos, iría a Boston y no descansaría hasta que Pamela lo perdonase.

El viernes Pamela intentó zafarse de la fiesta. Susana y Kev no se lo permitieron, sus amigos insistieron en que ya estaban hartos de verla siempre tan triste y apagada y decretaron que esa noche iba a pasárselo bien tanto si quería como si no. Susana aprovechó la ocasión para restregarle por la cara todas las veces que Pam había hecho lo mismo con ella y Kev se unió al reclamo; nunca tendría que haber ejercido de celestina de esos dos.

Llegaron a la casa de Harrison, una construcción preciosa y a medio reformar que se encontraba en una bonita y tranquila calle del centro de la ciudad. En la entrada se encontraron con Tim y Amanda. Tim era el mejor amigo de Kev, habían jugado juntos en los Patriots y ahora los dos estaban retirados. Pam lo conocía de cuando había ejercido de cámara en la retransmisión de algunos partidos y tenía que reconocer que los dos hombres eran dignos de mirar. Y los dos estaban perdida y asquerosamente enamorados de las mujeres que los acompañaban. No pudo evitar pensar en Ben, pero apretó las manos,

cogió aire y se obligó a dejar de hacerlo y a prestar atención a Tim y a Amanda que le estaban preguntando cómo se encontraba.

—Estoy bien —les aseguró—. No os preocupéis por mí.

Susana les había puesto al tanto de la situación y Pamela sabía que su interés por ella era de lo más genuino.

En aquel instante Harrison MacMurray abrió la puerta y abrazó efusivamente a su hermano mayor. Tendría que ser ilegal que una misma familia reuniese tan buenos genes, esos dos hombres eran de infarto.

—Gracias por venir, Kev.

—Es un verdadero placer, Harry.

—Todos nos alegramos mucho de que Victoria y tú os hayáis reconciliado —le dijo entonces Tim estrechándole la mano—. ¿No vas a presentárnosla?

—Claro —dijo Harry con una sonrisa que le iluminó el rostro—, venid conmigo.

Genial, otro hombre demolidoramente atractivo que se comportaba como un idiota por amor, pensó Pamela. Al parecer ella había conseguido dar con el único que salía corriendo antes que hablar de sentimientos. Típico de ella, nadie la acusaría nunca de ser una mujer con suerte.

Caminó detrás de Tim y de Amanda e hizo un esfuerzo por alejar de su mente el sarcasmo y la envidia. Esas parejas no tenían la culpa de lo que le había sucedido a ella.

—Ven, Victoria, quiero presentarte a mis amigos. —Harry se acercó a una mujer que llevaba un elegante vestido verde y que les estaba dando la espalda. Ella se giró al instante, como si le hubiera bastado con oír la voz de él para tener que mirarlo.

—Oh, Dios mío —farfulló Pamela—. No puede ser. No puede ser.

Las seis personas que la rodeaban se quedaron mirándola.

—¿Qué sucede, Pam? —Susana se acercó a ella y le cogió la mano—. Estás helada.

—Ella... Tú... —Miró a Victoria—. Eres la exesposa de Benedict Holmes.

Nadie entendía a qué venía la reacción de Pamela y Victoria iba a preguntarle a qué se debía cuando la situación se complicó aún más.

—¿Pamela? ¿Eres tú?

Ben estaba de pie tras ellos, Pamela se dio media vuelta, lo miró a los ojos y salió corriendo hacia la puerta tras balbucear un “lo siento” en dirección a Susana. “No puedo. No puedo. No puedo ver cómo él intenta reconquistar a su exesposa. ¿Qué otro motivo tiene Ben para estar aquí esta noche? ¿Por mí?” Se secó furiosa una lágrima y buscó un taxi desesperada.

—¡Pamela, espera! —le pidió Ben y se dispuso a salir tras ella.

Harrison MacMurray se lo impidió.

—Oh, no. Quieto aquí. Dime qué está pasando. —Lo sujetó por el brazo y lo acercó a su grupo de amigos. Todos parecían estar dispuestos a matarlo, o a arrancarle la información que querían saber a golpes y Ben, aunque les odió porque lo estaban reteniendo, le gustó descubrir que Pamela tenía buenos amigos. Ella se merecía lo mejor.

—Suéltame —le ordenó Ben entre dientes.

—Ni hablar.

—Tengo que ir con Pamela.

—¿Por qué? ¿De qué la conoces? —le preguntó Harrison.

—Eso no es asunto tuyo.

—Tú eres el capitán del velero, el australiano de Cerdeña —adivinó Susana con una sonrisa de satisfacción.

—¿Has estado estos meses en Cerdeña? —le preguntó entonces Victoria muy confusa.

—¿Dejaste tirada a Pam sin decirle nada? —dijo Kev muy enfadado.

—Callad todos de una vez. Suéltame, Harry.

—¿Por qué? Mi hermano está convencido de que has tratado mal a Pam y la verdad es que llevo meses queriendo “discutir” varios temas contigo.

—Suéltame, porque quiero a Pamela del mismo modo que tú quieres a Victoria, y si logro recuperarla no volverás a verme nunca más —lo dijo con tanta convicción, que Harry aflojó los dedos de inmediato y Ben salió corriendo de la casa.

Capítulo 12

—¡Pamela!

Corrió como un poseso, pero al llegar a la calle ella ya había desaparecido dentro de un taxi. Ben se quedó en la acera pasándose las manos por el pelo como un loco. Joder, él nunca se hubiera imaginado que el destino pudiese ser tan cruel o que, en lo que a él se refería, tuviese un sentido del humor tan despiadado.

En Cerdeña Pamela le había hablado de su amiga Susana, le había contado que se habían conocido en la universidad y que desde entonces se habían mantenido unidas. Le había dicho que para ella Susana era lo más parecido a una hermana. Quizá le había dicho su apellido, aunque Ben estaba casi seguro de que no, y le había explicado que hacía poco que había sido madre de un niño, Luke, al que ella adoraba. Pero nunca le había dicho que Susana estaba casada con Kev MacMurray, el hermano mayor de Harrison MacMurray, el hombre por el que lo había dejado su esposa.

La relación entre Victoria y Harrison no había llegado a oídos de la prensa y eran muy pocos los que sabían que su exesposa se había enamorado de otro hombre. Por lo que Ben sabía de Harrison, este, después de licenciarse se había instalado en Washington mientras que su hermano, el famoso capitán retirado de los Patriots, había elegido Boston, por eso probablemente Pam no había coincidido con el condenado Harry hasta esa noche. Ben soltó todos los insultos que conocía y los dirigió hacia ese hombre.

El mismo que apareció en ese instante a su lado.

—Deberías ir tras ella.

Ben se giró hacia él y lo miró furioso, no la había alcanzado a tiempo porque Harrison le había retenido en el interior de la casa. Tenía ganas de darle un puñetazo, ese desgraciado le había obligado a replantearse su vida. De hecho, pensó mientras recuperaba el aliento, su mundo se vino abajo el día que Harrison MacMurray apareció en él.

—Cállate.

—Lo digo en serio. Por lo que me ha contado mi cuñada, quien, por cierto, tiene la intención de arrancarte la cabeza por el daño que le has hecho a Pam, deberías ir tras ella.

—Vete y déjame en paz. Ya te he dicho antes que no estoy interesado en Victoria.

Harry entrecerró los ojos detrás de las gafas y dio un paso hacia Ben. Los dos hombres se midieron y cualquiera que los hubiera visto habría adivinado que estaban más que dispuestos a pelearse a golpes. Pero Harry aflojó los puños y retrocedió.

—Aunque lo estuvieras —le dijo entre dientes—, no tendrías la menor opción de recuperarla.

Ben tragó saliva y contestó:

—Lo sé. Victoria te ama, Harry. —Hacía falta ser muy valiente y honesto para reconocer ante otro hombre esa clase de derrota, pero a Ben no le importó. La única que le importaba era Pamela y Victoria se merecía eso—. Y yo amo a Pamela con toda el alma.

—Joder, en una vida anterior debí de cabrear mucho a alguien —se burló Harry.

—¿Tú? Soy yo el que se ha enamorado de una mujer que está relacionada con el hombre con el que me fue infiel mi esposa.

—Victoria no es tu esposa. Y sí, esto del karma es una putada, no puedo creerme que me esté planteando ayudarte.

—No necesito tu ayuda.

—La necesitas si quieres encontrar a Pamela.

Ben se mordió la lengua. A pesar de lo mucho que lo había intentado no había logrado encontrar la dirección de Pamela. Supuso que ella, debido a su pasado, se había esforzado en mantener oculta esa información.

—Mierda.

—Tienes toda la razón, Benedict. —Harry se metió las manos en los bolsillos—. ¿Cómo de bien conoces Boston?

—Bastante.

—Entonces sígueme.

Harry empezó a andar sin esperar a Ben y este no tuvo más remedio que seguirlo hasta la parte posterior de la casa donde se encontraba el garaje. Allí, Harry le lanzó el casco de una moto y segundos después unas llaves.

—Devuélvemela entera —le dijo, y después recitó la dirección de Pam.

Ben no perdió el tiempo, se puso el casco y montó en la moto que recordaba haber visto en Washington cuando Harry trabajaba para él. Esas imágenes parecían formar parte de otra vida, de otra persona. Arrancó y por el retrovisor vio que Victoria aparecía en la calle y rodeaba con sus brazos el cuello de Harry para besarlo apasionadamente. Ben sonrió y se alegró por su amiga. Al menos ella había conseguido ser feliz después de todo.

Pamela no vivía en Boston, su pequeño apartamento estaba en la ciudad vecina de Cambridge. Ella lo había elegido así, porque allí se sentía más segura, y por eso podía contar con los dedos de una mano las personas que conocían su dirección. Quizá fuera una exageración, teniendo en cuenta que era imposible que su padre saliera de la cárcel, pero no podía evitarlo.

El taxista que la recogió frente a la casa del hermano de Kev condujo en silencio mientras ella lloraba, aunque al final acabó ofreciéndole un pañuelo de papel. Pamela estaba dolida y furiosa, Ben había vuelto a los Estados Unidos y no había ido tras ella.

Al parecer, pensó mientras se quitaba los zapatos de tacón que como una idiota había decidido llevar esa noche, ella le importaba tan poco que ni siquiera se le había pasado por la cabeza ir a visitarla y explicarle por qué se había comportado como un cerdo egoísta con ella. Pero sí que había tenido tiempo y ganas de ir a la fiesta que había organizado su exesposa.

“Porque sigue enamorado de ella”.

Pamela caminó descalza hasta la cocina y se sirvió un vaso de tequila. Aún le quedaba una botella de su último viaje a México y esa noche iba a acabársela. Al día siguiente, cuando se despertase con resaca, se olvidaría de Benedict Holmes para siempre.

Llamaron al timbre y Pam fue a abrir, convencida de que sería Susana. Seguro que su amiga había decidido ir tras ella al ver la escena. Dios, si había sido un momento digno de un culebrón, pensó al vaciar un segundo dedal de tequila antes de acercarse a la puerta.

—No tendrías que haber venido —dijo sin mirar.

—Tenía que venir. Tenía que verte.

En cuanto la voz de Ben le erizó la piel, Pam intentó cerrar la puerta pero él entró y la cogió en sus brazos.

Ben la besó y ella no fue capaz de resistirse. Oyó que él cerraba con un puntapié y dejó que la apoyase en la pared y la besase. No solo le dejó, le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso con la misma desesperación con la que él se lo estaba dando.

Durante unos segundos pudo respirar, las piezas rotas de su corazón se recompusieron y bajo los párpados notó que se le humedecían los ojos. Hasta que recordó que él la había dejado tirada sin más en Cerdeña y que llevaba meses sin verlo. Y que se habían reencontrado porque el muy cerdo había acudido a la fiesta de su exesposa.

Le apartó de un empujón y le dio una sonora bofetada.

—¡Lárgate de aquí ahora mismo! —gritó con todo el cuerpo temblando.

Ben apretó la mandíbula para contener el escozor que sentía en la mejilla pero no dio ni un paso. No iba a irse de allí, aunque había cometido un error al besar a Pamela antes de hablar con ella. Sencillamente no había podido evitarlo, la había echado tanto de menos.

—Lo siento, Pamela.

—Demasiado tarde, ahora ya no me importa. —Ella lo esquivó y se dirigió a la puerta para abrirla—. Vete.

Esa noche Pamela llevaba un vestido blanco de corte recto, manga larga y muy corto. La silueta recordaba a los vestidos de los años setenta, y con el pelo suelto y el poco maquillaje que llevaba Ben solo tenía ganas de abrazarla y de no soltarla nunca. Estaba más delgada que en Cerdeña, y también menos bronceada. En la oreja izquierda llevaba seis pendientes diminutos y en la derecha solo uno. Con ese vestido el único tatuaje que podía ver era el del cuello y Ben deseó poder besarlo.

—Lárgate —repitió Pamela al ver que él no se movía.

—¿Por qué no me dijiste que sabías quién era yo?

Pam apretó la puerta y la mantuvo abierta.

—Porque creía que tú me lo dirías cuando estuvieras listo y porque en realidad no importaba. Pensé que me lo dirías la primera noche que hicimos el amor, pero no me lo dijiste. Pensé que me lo dirías la segunda, y tampoco. Lo pensé la tercer noche y la cuarta. Lo pensé durante semanas. Hasta que una noche te fuiste sin decirme nada y comprendí que jamás me lo dirías porque para ti la que no importaba era yo. Si te hubiese importado, *Ben*, me lo hubieras dicho. No habrías podido mentirme en eso.

Ben notó que le escocían los ojos. Realmente no se merecía a una mujer como Pamela.

—Dios mío, Pamela, siento tanto haber desaparecido esa noche.

—Me da igual, Benedict. —Era la primera vez que ella lo llamaba así—. Lo único que quiero ahora es que te vayas de mi casa.

—No puedo irme —susurró él—. Tengo que decirte que te amo, que te necesito.

Una lágrima resbaló por el rostro de Pam y se la secó furiosa. Qué frase tan corta, tan dolorosa. Deseó no haberla escuchado nunca porque ahora le costaría mucho más arrancarlo de su corazón, ese estúpido órgano que desde Cerdeña insistía en recordarle que existía.

—Vete.

—Deja que te lo explique. Por favor.

—No. Esta noche me has encontrado de casualidad, no has venido a buscarme, sencillamente te has presentado en casa de tu exesposa y yo estaba allí. No voy a creerme que me quieres o que me necesitas cuando, en realidad, sencillamente te has tropezado conmigo. Soy una experta en autoengañarme, pero no voy a hacerlo contigo.

—Tienes razón, esta noche nos hemos encontrado por casualidad pero llevo meses preparándome para venir a buscarte. No quería acudir a ti siendo el mismo cobarde que fui esa noche, quería venir a buscarte y pedirte perdón y una segunda oportunidad. Nunca amaré a nadie como te amo a ti, Pamela,

no quiero intentarlo porque sé que sería en vano. Tú eres mi mundo y todo lo que he hecho desde esa última noche en Cerdeña ha sido para poder recuperarte algún día, para ser digno de ti.

—¿Digno de mí? —Se rio con amargura—. No digas estupideces, Benedict.

Él odió el modo en que ella pronunciaba su nombre.

—Lo único que tenías que hacer para ser “digno de mí” era no largarte en medio de la noche sin decirme ni una palabra. Lo único que tendrías que haber hecho era quedarte a mi lado y decirme que me querías. Nada más.

—Te quiero —afirmó rotundo, los ojos le brillaban y le temblaban los hombros.

—Demasiado tarde. Y más hecho demasiado daño como para que te perdone así sin más.

—Lo siento.

—Ya te he dicho que me da igual, por fin he recuperado mi vida y no voy a permitir que ningún hombre vuelva a destrozármela. Nunca más.

—Tu padre jamás saldrá de la cárcel. Me he asegurado de ello.

Pam se quedó helada y cerró la puerta instintivamente. Si hubiera creído que podía lograrlo, habría echado a Ben de allí a la fuerza, pero ella jamás lograría moverlo. Pero necesitaba mantener la figura de su padre lejos de allí, no podía permitir que invadiese su refugio y cerrar la puerta fue lo único que se le ocurrió para mantenerlo fuera.

—¿Qué has dicho? —No se movió, lo miró desde donde estaba.

—Tu padre no saldrá nunca de la cárcel. Peter, uno de mis mejores amigos, se ha asegurado de que así sea. Aunque la verdad es que no ha tenido que hacer demasiado.

Pamela caminó atónita hasta el sofá y se dejó caer entre los cojines. Ella le había contado a Ben cómo se había hecho algunas cicatrices pero jamás le había relatado su historia. Que él la supiera, como era evidente que la sabía ahora, la hacía sentirse indefensa de nuevo, como esa niña asustada que había sido antaño.

—Vete, por favor.

Ben hizo todo lo contrario, caminó hasta el sofá y se sentó a su lado.

—Le mataría con mis propias manos si pudiera.

—Sabes lo que sucedió —le recriminó Pam—, ¿cómo es posible? Mi expediente está sellado, era menor cuando empezó el juicio.

—Mi amigo Peter me lo contó. Dios santo, Pamela, eres la mujer más valiente y fuerte del mundo.

Ella se secó unas lágrimas.

—Dejé que me pegara durante años —reconoció furiosa consigo misma, con esa niña de entonces y con la mujer que era ahora y que aún tenía pesadillas y se asustaba cuando había tormenta.

—Le denunciaste cuando tenías doce y nadie te creyó. Tu padre era policía y sus compañeros le protegieron.

—Dijeron que me lo estaba inventado para llamar la atención después de la muerte de mi madre —recordó Pamela helada de frío.

Ben no la tocó, pero cogió una manta que había en el respaldo del sofá y se la puso con cuidado por encima de los hombros.

—Y tú le grabaste en vídeo durante años para reunir pruebas suficientes para condenarlo. Sobreviviste, Pamela.

—Me quedé.

—Porque no tenías adonde ir.

—Podría haber huido.

—Te quedaste y esperaste a poder ir a la universidad, a tener la edad suficiente para no tener que ir a

ninguna casa de acogida ni a ningún centro de menores. Fuiste muy inteligente.

—Fui una estúpida. —Lo miró—. Estuve a punto de morir.

Pamela alargó una mano y cogió la de Ben para llevársela al cráneo, justo encima de la nuca. Cuando Ben tocó la cicatriz sintió una furia como nunca la había sentido. Esa herida no la había descubierto durante los días que pasaron juntos y en el historial no constaba, aunque sí que recordaba haber leído que Pamela había ingresado inconsciente en el hospital en una ocasión.

—Necesito abrazarte —le dijo, tirando de ella hacia él.

—Me lanzó contra la mesa del comedor —relató Pamela—. A los médicos les dijo que me había caído mientras buscaba algo en un armario y la policía no lo investigó. Estuve una semana en coma. Cuando desperté, empecé a grabar los videos.

—La policía tendría que haber hecho algo, algún médico tendría que haber desconfiado de tu padre y haber hecho preguntas. Es culpa suya, no tuya. Tú eres... —La abrazó más fuerte—. Eres increíble.

—Soy una cobarde.

—No digas eso. Sabías que nadie iba a creerte y conseguiste pruebas.

—Fue casualidad que, además de grabar los malos tratos, grabase a mi padre aceptando sobornos.

La primera vez que denunció a su padre el policía que la atendió prácticamente la riñó por molestarlo y por inventarse esas mentiras. Después, cuando alguna vez tenía un ataque de valentía y se atrevía a insinuar algo a alguno de los policías que pasaban por casa, la miraban con lástima y le decían que era normal que su padre fuese estricto y que no tenía que tenerle en cuenta que gritase. La única vez que volvió a insinuar que el agente Holmes hacía mucho más que gritarle, un amigo de su padre la amenazó con sacarla del colegio si seguía diciendo esas barbaridades. Pamela no volvió a confiar en nadie. Esos dos agentes, los amigos de Derrick, habían muerto en la cárcel, demostrando así la existencia de la justicia poética, supuso Pam.

—Sí, pero a ningún juez le gustan los policías corruptos. Leí el expediente, y cuando vi tus fotos deseé con todas mis fuerzas poder viajar en el tiempo y darle una paliza a tu padre. Te habría protegido, pero tú te protegiste sola. Luchaste y sobreviviste y encontraste el modo de poder ir a la universidad y salir adelante.

Pamela dejó que Ben la abrazase. Era la primera vez desde los dieciocho años que hablaba de su pasado. Ella había entregado las grabaciones al fiscal de Pensacola dos meses antes de cumplir los dieciocho años, por eso se la había considerado menor y su expediente estaba sellado. Al terminar el juicio, Pamela era ya mayor de edad y no necesitaba la custodia del estado. Era libre y podía ir donde quisiera, y podía acceder a los ahorros de su madre y a la pensión de su padre. La frialdad con la que fue capaz de trazar ese plan para escapar de los malos tratos de su padre se quedó dentro de ella. A lo largo de los años fue ocultando las cicatrices con tatuajes y poco a poco fue ocultando también la verdad y todos sus sentimientos.

Hasta que llegó Ben y él también acabó haciéndole daño.

Pamela se apartó y lo miró a los ojos.

—Quiero que te vayas.

Capítulo 13

Él tragó saliva y cerró los ojos. Estar allí con ella, escuchando parte de la dolorosa historia de su pasado le estaba haciendo daño. Le hacía daño porque no podía hacer nada para evitarlo ni para protegerla. Ben pensó que el infierno debía de ser algo así; saber que la persona que amas más que a nada ha sufrido y que tú no has podido impedirlo.

—Me iré, pero antes tengo que contarte algo.

Se iría porque ella se lo había pedido. Pamela no se merecía que le impusiera su presencia.

—No hace falta. Entiendo que te fueras de Cerdeña, después de ver a Victoria me doy cuenta de que es imposible que tú y yo...

Ben le sujetó el rostro y la besó antes de que pudiera terminar esa frase. No habría soportado oírla.

—Lo siento —le dijo al apartarse despacio—. Necesitaba besarte —susurró con la frente apoyada en la de ella—, y no quería oírte decir que Victoria es mejor que tú. Nadie lo es. No para mí. Tú eres la única mujer que amo y que he amado nunca, y pase lo que pase esta noche, o mañana, o dentro de un año, seguiré amándote.

—Te fuiste, Ben. Te dije que te quería y que me había enamorado de ti y te fuiste. Me dejaste allí sin darme ninguna explicación y sin contarme la verdad sobre ti. ¿Por qué?

Ben se apartó y se levantó. Ese era el momento más importante de su vida y estaba tan nervioso que no podía seguir sentado.

—Esa noche yo también quería decirte que te amaba, que te amo. —La miró a los ojos al citar el presente—. Pero los dos nos quedamos dormidos después de hacer el amor. Yo me desperté un rato más tarde y estaba tan feliz que me resultó imposible volver a dormirme. Quería despertarte. —Se pasó las manos por el pelo—. Debería haberlo hecho, tenía tantas ganas de ver tus ojos cuando oyeras que yo también te quería. Salí de la cama y fui a buscar tu ordenador, iba a comprar un billete para volver a Boston contigo. Lo tenía todo pensado, te despertaría con un desayuno en la cama y te diría mi nombre de verdad. Te contaría por qué no te lo había dicho en un principio, y después te confesaría que me había enamorado perdidamente de ti y que quería volver a Boston contigo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Cuando iba a teclear “Boston” en el ordenador vi que habías buscado mi nombre y me puse paranoico.

—Creíste que te estaba utilizando —adivinó Pamela sin acritud.

—Sí —confesó avergonzado—, después de lo que me pasó en Washington me sentía incapaz de confiar en mis sentimientos. Me había equivocado con Victoria y con mis aliados políticos, así que pensé que también me había equivocado contigo.

—Y te fuiste sin dejarme hablar, sin darme la oportunidad de defenderme.

—Lo siento. Fui un cobarde además de un estúpido. Me fui porque no quería que me mintieras y porque no confiaba en mí. Pensé que si me quedaba me creería tus mentiras y dejaría que me utilizaras. Habría dejado que lo hicieras y eso me daba miedo, me daba miedo que tu amor fuese interesado o

falso, pero aún me lo daba más averiguar que no me importaba. El día que firmé el divorcio fue el mismo día que dimití, y esa noche pensé que tal vez habría podido seguir adelante, fingir que Victoria no amaba a otro hombre y que yo no había estado a punto de cometer traición. Podría haber seguido fingiendo, seguir casado y seguir con mi carrera política. No lo hice porque pensé que me merecía algo más. Me merezco algo más. Te merezco a ti, pero esa noche me asusté y pensé que había vuelto a equivocarme. Lo siento mucho.

—Te había dicho que te quería, Ben. Para mí eso fue muy difícil.

—Yo te quiero, Pamela. Cuando me di cuenta de que había cometido el peor error de mi vida, volví a la isla. Recuerdo que incluso deseé que no te hubieras ido, pero evidentemente ya no estabas. Acabé las reformas de la casa de Ornella porque allí sentía que te tenía más cerca y porque necesitaba estar solo para asumir que mi vida nunca más volvería a ser la misma. Washington ya no tenía sentido para mí, como tampoco lo tenía una carrera política. Lo único que tenía sentido y que lo sigue teniendo eres tú.

—¿Qué hacías hoy en casa de Victoria?

—La noche que nos besamos por primera vez, la noche de la tormenta, comprendí que nunca había estado enamorado de Victoria. Nunca la he querido, Pamela, pero siempre ha sido mi amiga. La llamé hace unos meses para disculparme, el día que firmamos el divorcio fui muy desagradable con ella, y desde entonces hemos ido recuperando nuestra amistad. Hace unos días me llamó para invitarme a la fiesta de hoy y acepté porque así tenía una excusa para estar cerca de ti.

—¿Por qué necesitabas una excusa?

—Porque tengo miedo de pedirte que me des una segunda oportunidad y que me digas que no. Porque desde que sé lo increíblemente valiente y fuerte que eres me siento indigno de ti. Porque yo nunca en la vida me mereceré a una mujer como tú y sin embargo te quiero con toda el alma.

—Oh, Ben, yo...

—Shhh, lo sé. No sabes si puedes perdonarme y aunque me duela reconocerlo, lo entiendo. —Se metió las manos en los bolsillos—. Será mejor que me vaya.

Caminó hasta la puerta y se detuvo delante. No podía pedirle nada más a Pamela, ella le había dejado entrar en su casa y le había escuchado. Ahora tenía que darle tiempo para pensar en lo que le había dicho, al menos, pensó al mirarla, la había besado y tenía un beso más para recordar. Pero no le bastaría con un beso, supo. Necesitaba mucho más. Le temblaban las manos del esfuerzo que estaba haciendo para no tocarla e igual que esa noche de tormenta, la noche que la encontró en el barco, Ben decidió arriesgarlo todo y seguir los dictados de su instinto, ese que no paraba de gritarle que necesitaba a Pamela a toda costa.

—Sé que no tengo derecho, pero ¿puedo pedirte algo?

Pamela asintió con la cabeza, el mentón le temblaba y no se sentía capaz de hablar.

—Ven conmigo a California.

—¿A California? —la voz sonó ronca por las lágrimas.

—Sí. Tenía un plan para recuperarte, iba a convertir mi vida en algo que no pudieras rechazar y después iría a buscarte. Pero no puedo esperar, Pamela. Te necesito a mi lado, te amo. Sé que es injusto que te lo pida después de lo que te he hecho pasar.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente?

—Ven conmigo a California unos días. Te enseñaré la clase de hombre en el que me has convertido y cuál es mi sueño. Intentaré por todos los medios que quieras formar parte de él, pero si pasados esos días decides irte, te dejaré marchar y no volverás a verme nunca más.

—No sé si es buena idea, Ben.

—Esa noche tendría que haberme quedado a tu lado. Tendría que haber vuelto antes y tendría que

haber venido detrás de ti. Mi única excusa, Pamela, es que no sabía que yo fuese capaz de amar así, y he tardado este tiempo en saber que es una emoción real y que puedo confiar en ella y en mí. Tú siempre has sido perfecta, he sido yo el que no ha estado a la altura y por eso se me ocurrió esta idea absurda de convertirme en alguien mejor. Pero no sé si nunca lo conseguiré y la verdad es que no puedo seguir preguntándomelo. Dame esta oportunidad. No me la merezco, pero la necesito.

Pamela se quedó mirándolo, se le veía tan sincero, tan inseguro y valiente al mismo tiempo que le recordó a sí misma cuando, con dieciocho años, plantó cara a su padre antes de que se lo llevaran a la cárcel. Las situaciones eran completamente distintas, por supuesto, pero en ambos casos sintió que eran momentos importantes, los más importantes de su vida. Ella podía hacerse la dura y decirle a Ben que no, que no lo perdonaba, pero ella sabía en su propia piel lo que significaba dudar de uno mismo, no confiar en las propias emociones. Dios, antes de sufrir el coma se había pasado años convencida de que se merecía las palizas de su padre. A Ben nadie lo había maltratado, pero la mujer en la que confiaba le había traicionado con otro hombre y su carrera profesional se había ido al traste porque se había dejado influenciar por la gente equivocada. Y Ben, a pesar de todo, había sido lo bastante valiente y sincero consigo mismo como para dejar a Victoria y dimitir. Había estado dispuesto a empezar de cero y a reconstruir su vida costase lo que costase, igual que había hecho ella cuando decidió denunciar a su padre.

—De acuerdo —aceptó desde lo más profundo de su corazón—, me iré contigo a California. Pero ahora necesito estar sola, por favor.

Ben se quedó sin aliento y ella vio que cerraba los puños. La habría abrazado y no lo hizo porque acababa de pedirle espacio.

—Vendré a buscarte mañana por la mañana con los billetes.

Irse de allí, del apartamento de Pamela, fue increíblemente doloroso.

Ben fue al hotel donde había reservado habitación para esa noche y dejó la moto aparcada en el garaje. No se veía capaz de ver a Harry o a Victoria ahora, ya les llamaría más tarde. Antes tenía que comprar los billetes de regreso a California y empezar a hacer planes. No pegó ojo en toda la noche, se la pasó pensando en Pamela y en todo lo que haría para demostrarle que la amaba y que, si decidía darle una segunda oportunidad, no la defraudaría. En realidad, se pasaría el resto de la vida esforzándose para hacerla feliz y para ser un hombre digno de ella.

Él jamás podría controlar la ira que lo embargaba cada vez que pensaba en lo que Derrick Roberts le había hecho a su única hija, pero al menos tenía el consuelo de que a ningún preso de ninguna cárcel le gustaban los policías corruptos que además eran maltratadores de menores. El favor que Ben le había pedido a Peter, y que no tenía intención de confesarle nunca a Pamela, era que se asegurase de que todos los presos de la cárcel en donde estaba interno Derrick Roberts supieran exactamente lo que ese desgraciado le había hecho a su hija durante años. Peter le había advertido que, probablemente, Derrick recibiera una paliza, o muchas, en cuanto sus compañeros supiesen la verdad, y Ben respondió que eso era exactamente lo que buscaba.

Quizá no fuera lo correcto, pero era lo que necesitaba hacer y si por ello acababa ardiendo en el infierno, le parecía bien. Lo único que le importaba era Pam.

Abandonó el hotel a primera hora y, antes de ir a buscar a Pamela, devolvió la moto a Harrison MacMurray. No llamó al timbre, sencillamente la aparcó detrás de la casa y metió las llaves en el buzón. Después se subió a un taxi y fue a Cambridge.

Él y Pam no habían discutido cuántos días iba a quedarse ella en California y Ben se desanimó un

poco al ver el tamaño de la bolsa que llevaba Pamela, pero se mordió la lengua y no dijo nada. Bastante suerte tenía con que ella hubiese accedido a acompañarlo. Cuando ella le abrió la puerta, se la veía nerviosa y él se agachó y le dio un suave beso en los labios. Si disponía de pocos días para recuperarla tenía que aprovechar cada instante.

Durante el vuelo, Ben aprovechó para contarle cómo había descubierto que Tadeo era mucho más que un capataz y que él era el propietario de la finca que se suponía que Ben tenía que reformar y poner en funcionamiento.

Pam le escuchó interesada y sonrió cuando él le contó que tanto Ornella como Tadeo le habían preguntado por ella.

Estaban en el coche, en el jeep que Ben se había comprado apenas unos días atrás y que había dejado aparcado en el aeropuerto al viajar a Boston, cuando Pamela se animó a hacerle preguntas a Ben. Hasta entonces la conversación había dependido enteramente de él.

—¿Estás seguro de que no vas a echar de menos la política?

—Seguro. —Cogió aire y lo soltó despacio antes de continuar—. Estos últimos meses me he dado cuenta de que si mi vida me hubiese hecho feliz de verdad no habría podido renunciar a ella con tanta facilidad como lo hice. —Giró el rostro un segundo y vio que Pamela lo estaba observando. Se concentró de nuevo en la carretera y continuó. Quizá si no la miraba a los ojos sería capaz de explicarle mejor lo que sentía—. Cuando me fui de Cerdeña tuve que meterme en un barco en medio del océano para no ir tras de ti. Y cuando me di cuenta de que había cometido el peor error de mi vida decidí que haría todo lo que fuera necesario, absolutamente todo, para recuperarte. En lo que se refiere a ti no tengo ningún límite, lo haría todo por ti sin importarme las consecuencias. En cambio, cuando Victoria me dejó por Harrison, firmé los papeles de divorcio y me largué sin más. Sí, supongo que me dolió el orgullo, pero en realidad nunca sentí la necesidad de luchar por ella ni por recuperarla. Y en cuanto a mi carrera como político, lo mismo. Tenía un sueño infantil y durante un tiempo pensé que podía hacerlo realidad, pero lo cierto es que hace tiempo que ya no me lo creo. Ese no es mi mundo, lo eres tú.

El silencio se alargó un rato, el paisaje iba cambiando a medida que el sol se iba posando. Él la dejó pensar, se mordió la lengua y no la presionó. No haría nada que pudiese asustarla o que pudiera hacerle replantearse por qué diablos le había dado esa segunda oportunidad.

—¿Y vas a producir vino para Tadeo? —le preguntó Pam al fin.

Ben no pasó por alto que ella no hacía ningún comentario acerca de sus sentimientos, pero notó que le temblaba la voz y se dijo que, al menos, lo había escuchado.

—Aún no lo sé, pero, al parecer, Tadeo confía en mí. De momento lo único que quiero es demostrarte que puedes confiar en mí. Quiero crear algo honesto desde cero y quiero hacerlo contigo.

Pamela tragó saliva, se le había formado un nudo en la garganta, y desvió el rostro hacia la ventana.

Llegaron a la casa pocos minutos más tarde. Pamela sonrió al descubrir un perro labrador corriendo hacia ellos en cuanto bajaron del coche.

—Venía con la casa —se defendió Ben.

—Ya, como las gallinas de Cerdeña. Eres adorable.

Los ojos de Ben se oscurecieron y, cuando la miró, Pamela supo que él recordaba lo que había sucedido el día que ella lo había provocado con ese adjetivo.

—Hola, Bogart.

—Y le has puesto nombre de actor de cine negro —sonrió Pamela—. Lo dicho, eres adorable.

—Yo que tú tendrías cuidado, Pamela —le advirtió él sacando las bolsas del coche—. Me he prometido a mí mismo que te daría espacio y que sería paciente, pero no me malinterpretes, ahora mismo te cogería en brazos y no dejaría de besarte hasta meterte en la cama conmigo.

—Oh, de acuerdo. —Le faltó el aliento. Ella se lo permitiría, Dios, desde que lo vio la noche anterior no había dejado de desearlo, pero sabía que sería un error. Ahora que por fin estaban siendo sinceros el uno con el otro, tenían que ir despacio—. Tendré cuidado.

—Gracias. Te lo agradezco. —Carraspeó—. Y ahora, si eres tan amable, te enseñaré tu dormitorio y me iré a pasear un rato.

Ben lamentó que la casa no estuviese en tan mal estado como la de Cerdeña, esa tenía dos habitaciones habitables, así que Pamela podía instalarse en una y él en otra. Tal como le había dicho, la dejó allí y se fue a dar una vuelta. Si no se alejaba de ella intentaría besarla. Y si ella le respondía, y le respondería a juzgar por el color de sus ojos, no se detendría con un beso.

Volvió una hora más tarde y la encontró en el jardín haciendo fotografías. La imagen era tan parecía a lo que habían vivido en Cerdeña que a Ben se le encogió el corazón. <<Lo tenías, idiota, lo tenías y lo echaste a perder>>. Él había aprovechado ese rato para ir a comprar a la ciudad y entró en la cocina a dejar las bolsas. Esa noche le prepararía una cena romántica, por algún lugar tenía que empezar, ¿no?

Durante la cena, Ben le contó a Pamela los planes que tenía con la casa y con el viñedo. Tadeo había accedido a convertir una parte del mismo en una escuela de viticultura y también tenía previsto construir una pequeña granja para animales abandonados. Ella le escuchó y le hizo preguntas, pero en ninguna dejó entrever cuánto tiempo iba a quedarse allí o si de verdad se estaba planteando la posibilidad de perdonarlo. Cuando llegó la hora de acostarse, Ben se conformó con acompañarla hasta la puerta del dormitorio y darle un beso en los labios. Encerrado en el suyo pensó que ese primer día no había salido exactamente como él quería, pero al menos era un principio. “Paciencia”.

El segundo día fue muy parecido. Había instantes en los que Ben creía que Pamela lo miraba de un modo especial, igual que le había mirado en Cerdeña, sin embargo esas miradas desaparecían y, al final, no sabía si habían existido o si se las había imaginado.

El tercer día fue el peor, Ben estaba preparando el desayuno cuando Pamela apareció en la cocina y le dijo que se iría al día siguiente.

—¿Por qué? —le preguntó él sin darse la vuelta.

—Tengo que volver a casa.

“Esta podría ser tu casa”, pensó él.

—¿Por qué?

—Tengo que hacerlo.

La oyó salir de la cocina y clavó los dedos en la encimera para no ir tras ella. Dos segundos más tarde los soltó y fue a buscarla. Ninguno de los dos podía seguir así, como si estuvieran andando de puntillas el uno frente al otro. Para bien o para mal, esa situación tenía que acabar.

—Espera un segundo, Pamela. —La encontró sentada en la cama y no dudó en acercarse y arrodillarse frente a ella—. ¿Por qué tienes que irte?

Los ojos de Pamela brillaban con lágrimas que no derramaba y Ben levantó una mano para acariciarle el rostro.

—Porque tengo miedo, Ben.

—¿De mí? —Tragó saliva—. Yo jamás te haré daño.

—Sé que intencionadamente jamás querrás hacerme daño. Lo sé y te creo cuando dices que lamentas lo que sucedió en Cerdeña.

—¿Entonces?

—Esta mañana, hace un rato, cuando me he despertado me he dado cuenta de que estaba haciendo planes sobre la semana que viene.

—Haz todos los planes que quieras —la interrumpió él.

—He pensado que podría ir a visitar alguna de las agencias de la ciudad y decirles que estoy aquí instalada y después he pensado que podría ayudarte a diseñar el jardín posterior.

—Hazlo. Por favor.

—Pero después me he dado cuenta de que no tengo ni idea de cómo hacerlo.

—Yo tampoco.

—Tal vez tu matrimonio no funcionase porque Victoria se enamoró de otro, pero tú, Ben, sabes cómo ser feliz.

—No te entiendo.

—Yo no sé ser feliz.

—Yo sin ti tampoco.

Ella le sonrió con tristeza.

—Tú sabes ser feliz, Ben, lo fuiste de pequeño, de adolescente y también durante los primeros años de tu matrimonio. Maldita sea, Ben, en Cerdeña sabías hacer felices a unas gallinas. Pero yo no, yo solo sé utilizar a la gente e irme. Yo no...

—No es verdad, lo que estás diciendo no es verdad, así que no te atrevas a continuar —le advirtió él, que notaba que los ojos también empezaban a arderle.

—Mi madre murió cuando yo apenas tenía diez años y mi padre me maltrató hasta que me fui a la universidad. Me pasé seis años grabándole a escondidas, fingiendo que no sucedía nada y que éramos una familia normal.

—No sigas.

—Después, la única persona con la que fui relativamente capaz de tener una relación honesta fue Susana, porque tienes que saber que hasta un año antes de conocerte me acostaba con todos los hombres que me gustaban. Lo hacía porque así no tenía que pensar, porque me proporcionaban una vía de escape.

—No vas a asustarme, Pamela. Nada de lo que me digas me convencerá de que no eres la mujer más honesta, valiente y sincera del mundo.

—Me he acostado con muchos hombres.

—No habías hecho el amor con ninguno hasta que me conociste a mí.

Ella se mordió el labio para no sollozar y apartó la mirada.

—Deja que me vaya, Ben.

—Nunca. —Se levantó y se sentó a su lado. Le sujetó el rostro con las manos y con delicadeza la obligó a mirarlo—. Estás asustada y lo entiendo, yo también lo estoy.

—¿Ah, sí? —Sorbió por la nariz—. Pues no lo parece.

Ben sonrió.

—Estoy muerto de miedo, Pamela. Te amo y puedo perderte, nunca nada me ha aterrorizado tanto.

—Tú sabes ser feliz.

—Sin ti no. Es imposible, lo sé. Y aunque insistas hasta quedarte sin voz yo nunca fui feliz hasta que te conocí.

—No digas eso, Ben.

—Es la verdad.

—Victoria era perfecta y no te hizo feliz.

—Victoria no era perfecta y solo tú puedes hacerme feliz. Déjame porque no quieres estar conmigo, déjame porque quieres a otro hombre —le temblaron las manos—, pero no me dejes porque tienes miedo de no hacerme feliz, porque eso es imposible. Quédate y arriésgate conmigo. Por favor.

—Yo...

—Te amo, Pamela. Dios, jamás dejaré de amarte. Viajaría al pasado para evitarte todo el dolor que sufriste en manos de tu padre, haría cualquier cosa para que no hubieras tenido que ser tan fuerte cuando apenas eras una niña, pero jamás voy a juzgarte por nada de lo que hiciste para sobrevivir y convertirte en la mujer que eres ahora. Porque es esta mujer la que me ha demostrado la fuerza que tiene el amor de verdad.

—Mi padre me dijo que nunca nadie me querría —sollozó.

Y por fin Ben la abrazó y dejó que Pamela llorase todo el odio y el dolor que llevaba años guardando. Ben se maldijo por haberla dejado esa noche en Cerdeña, por no haber confiado en sus sentimientos y por haber dudado de la mujer tan increíble que tenía en brazos.

—Es un bastardo y está equivocado. Susana te quiere, a Stuart no le conozco pero por lo que me has contado de él, te adora. Yo te amo. Te amo, Pamela, y nada podrá cambiarlo.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Yo también te amo —susurró entonces Pamela pegada al torso de Ben.

Entonces él la apartó y la besó, le secó las lágrimas con los pulgares y siguió besándola hasta tumbarla en la cama. Ese beso lo empezó él y Ben iba a apartarse en cuanto pudiese. Pamela se lo impidió. Pamela le rodeó el cuello con los brazos y lo pegó a ella. El beso cambió, Pamela deslizó las manos por la espalda de Ben y tiró de la camiseta que él se había puesto esa mañana.

—Te amo, Ben.

—Dios mío, creí que no volvería a oírtelo decir nunca —confesó él con la voz rota y la frente apoyada en la de ella.

Pamela le apartó el pelo y lo sintió temblar. Los dos estaban muy asustados, a los dos la vida les había hecho mucho daño, pero allí, entre sus brazos, sintiendo como el corazón de Ben latía tan cerca del suyo, comprendió que por fin se habían encontrado, que mientras estuvieran juntos lo demás no importaba. No le hacía falta pasarse meses torturándolo, no quería pasarse noche tras noche planteándose si había llegado el momento de perdonarlo o si, de lo contrario, tenía que hacerle esperar más. A ella las convenciones jamás le habían importado, ni en su físico ni en su vida, y Ben, lo que sentían el uno por el otro, era lo más importante que le había sucedido jamás. Él la amaba, ella se había enamorado con todo su ser, el resto...¿acaso había algo más?

—Te amo —repitió ella junto al oído de Ben—. Y quiero quedarme aquí contigo.

—Yo también te amo.

La besó y dejó que ella lo destrozase con sus besos y sus caricias.

Capítulo 14

California, unos meses más tarde.

Pamela estaba sentada en la cama esa mañana, sin saber muy bien por qué había recordado el día que decidió quedarse allí para siempre. Ben le había pedido que lo acompañase, le había dicho que quería enseñarle cuál era su sueño. Pamela había aceptado, porque sabía que de lo contrario jamás superaría lo de Cerdeña.

Sin embargo, cuando había subido al avión rumbo a California, lo había hecho convencida de que cuatro días más tarde realizaría sola el vuelo de regreso. Lo que había sucedido entre Ben y ella en Cerdeña había sido mágico y, aunque le doliese, entendía que él hubiese desconfiado de ella: su exesposa le había fallado, sus colegas. Ben no sabía en quién confiar. A ella le había pasado lo mismo cuando se fue de casa a los dieciocho, durante el primer año en la universidad apenas había hablado con nadie.

Pero ahora que Ben estaba bien y sabía qué hacer con su vida, era imposible que ellos dos funcionasen. Seguro que ella no tenía cabida en ese sueño que Ben decía tener, y, a decir verdad, tenía miedo de imaginarse a Ben en el suyo. Pam sabía que su corazón corría menos peligro si jamás llegaba a plantearse la posibilidad de que Ben formase parte permanente de su vida.

Pam había llegado a California decidida a quedarse solo unos días, le daría a Ben la oportunidad de disculparse con ella y, si tenía suerte, se despedirían como amigos. Pero a medida que pasaron los días, Pam había descubierto que quería más, que Ben le hacía desear más.

Pamela lo quería todo, quería el sueño de Ben, y la mañana del tercer día se despertó convencida de que podía tenerlo. Pero entonces se vio en el espejo y vio una de las horribles cicatrices que le había dejado su padre.

Y se derrumbó.

Era imposible que ella pudiese encajar con Ben. Ella no podía ser feliz, no sabía cómo. Tenía que dejarlo cuanto antes, él encontraría a otra mujer y ella seguiría adelante. Sobreviviría, lo había hecho una vez y volvería a hacerlo, aunque en esta ocasión sería mucho más doloroso.

Pero Ben, su Ben, no se lo permitió. Pamela se sonrojó al recordar la cantidad de horas que Ben se pasó haciéndole el amor después de que ella se desmoronase llorando en sus brazos.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Ben apareciendo en la puerta del dormitorio.

—En ti.

Ben caminó hasta ella y la besó sujetándole el rostro de aquel modo tan sensual y que a ella tanto le gustaba.

—Buenos días.

—Buenos días —contestó Pamela.

Ben le besó el cuello y la tumbó en la cama. Apartó la sábana con cuidado y empezó a besar el primer

tatuaje. Él le había dicho que lograría que ella jamás volviese a pensar en las cicatrices de su padre, que mientras a él le quedase un aliento de vida en el cuerpo siempre que ella viese esos dibujos de tinta pensaría en el modo en que él los besaba, y no en las heridas que escondían.

Pamela no se lo había dicho, pero hacía tiempo que Ben lo había logrado.

—Maldita sea —farfulló él.

—¿Qué pasa?

—Te necesito —confesó Ben besándole el cuello—. Te amo.

Pamela le giró el rostro y lo besó al mismo tiempo que deslizaba una mano hacia abajo para desabrocharle el botón del pantalón. Ben llevaba días preocupado por algo y aún no había conseguido que le contase de qué se trataba.

—Yo también te amo, Benedict.

Él le apartó la mano y en un movimiento algo brusco por culpa de lo excitado que estaba se desnudó y se tumbó en la cama con ella. En vez de seguir haciéndole el amor, la abrazó y la colocó de lado para que los dos pudieran mirarse a los ojos.

—¿Qué sucede, Ben? —Pamela le acarició el rostro.

—¿Te acuerdas de que te dije que tenía un sueño?

—Sí, claro que me acuerdo.

Ben bajó una mano hasta la cintura de Pamela y la pegó a él.

—Quiero más.

Ella tragó saliva. Siempre había temido que llegase ese momento, en el fondo de su corazón sabía que tarde o temprano él se daría cuenta de que no le bastaba con ella ni con vivir prácticamente en medio de la nada. Querría volver a la política o a la universidad, se prometió que no lloraría e intentó hablar.

—Entiendo, yo...

—No, no lo entiendes. —Se acercó y la besó. Él estaba temblando, parecía incapaz de evitarlo y lo único que lo tranquilizaba era sentir las manos de Pamela en su piel. Bajó las suyas hasta el muslo de ella y lo levantó para que sus cuerpos encajasen y poder unirlos del modo más íntimo.

—Ben... —suspiró Pamela al sentir que Ben se movía en su interior.

—Abre los ojos y mírame.

A ella le costó, siempre que él la tocaba le producía unas emociones tan intensas que cerraba los ojos. No era que no quisiera verlo, era que si lo hacía perdía su alma con cada mirada.

—Benedict.

—Te amo, Pamela. Dime que tú también me amas.

—Te amo. —Cumplió con la petición de inmediato.

—Dime que tú también necesitas más —le mordió el cuello y empezó a moverse.

—Yo... no te entiendo, Ben.

Él movía las caderas muy lentamente, mantenía una mano en la cintura de Pamela para que ella no se alejase y poder mantener sus cuerpos lo más unidos posibles. Ella se mordió el labio y él tuvo que besárselo. Unas gotas de sudor resbalaban por el torso de Ben del esfuerzo que estaba haciendo para ir despacio. Llevaba días buscando el momento para hablar con Pamela, era consciente de que ella necesitaba tiempo y quería dárselo, pero ya no podía esperar más.

—Quiero que tengamos un hijo. —Las palabras salieron de su corazón.

Pamela abrió los ojos y estos se llenaron de lágrimas.

—Ben...

—Sé que tienes miedo, lo sé. Yo también lo tengo, pero serás la mejor madre del mundo y yo, si te tengo a mi lado, el mejor padre.

—Oh, Dios mío. —Notó que se le humedecían las mejillas—. ¿Estás seguro?

Él sonrió y le secó las lágrimas antes de besarla muy despacio.

—Muy seguro.

—Te amo, Ben.

Él volvió a besarla.

—Mi sueño no acabará aquí, lo sabes, ¿no? —susurró él moviéndose de nuevo.

—¿Por eso has estado tan tenso estos días? ¿Porque querías decirme que quieres que tengamos un hijo?

Él le mordió el labio antes de soltárselo.

—No solo por esto.

—¿Ah, no? —No podía pensar, el deseo le impedía incluso respirar.

—No. —Ben apretó la mano que tenía en la cintura de ella y apretó la mandíbula—. Dios —farfulló—, siempre es demasiado.

Se dejaron llevar durante unos segundos, Pamela le acarició la espalda y se estremeció al pensar que ese hombre la amaba tanto.

—Estoy tenso porque no sé cómo pedirte que te cases conmigo.

Pamela echó el rostro hacia atrás para mirarlo, pero Ben le sujetó la nuca con la otra mano y la acercó para besarla apasionadamente. No la dejó apartarse hasta que la llevó al orgasmo, y entonces él se rindió al suyo.

Estaban abrazados desnudos en la cama, Ben la tenía entre los brazos y le acariciaba la espalda. Seguía poniéndose furioso cada vez que sus dedos se tropezaban con una cicatriz, pero ahora al menos sabía que podía besarlas durante el resto de su vida. Pamela estaba en silencio, probablemente tan aturdida como él por la intensidad de ese encuentro, pero Ben aún no había acabado.

Alargó una mano hacia la mesilla que había junto a la cama. Pamela no lo había visto, porque cuando él entró en el dormitorio ella había estado perdida en sus pensamientos, pero Ben había dejado allí una cajita. La abrió y sacó el anillo que había dentro. Ella seguía callada y sin moverse encima de él, con el rostro apoyado en su torso.

Ben cogió la mano que Pamela tenía encima de su corazón y le colocó el anillo.

—¿Qué es esto, Ben?

—Cuando me fui a Cerdeña creía que mi mundo se había desmoronado, que tenía que recomponerme y volver a empezar. Pero estaba equivocado. Mi mundo, Pamela, eres tú, lo único que tenía que hacer era encontrarte. Te he encontrado y no quiero irme, no puedo. Déjame quedarme contigo para siempre.

Pamela se incorporó y lo besó.

Él también era su mundo y no pensaba irse jamás a ninguna parte sin Ben, le amaba y era para siempre.

* Por cierto, las gallinas de Cerdeña viajaron con Tadeo a California cuando Ben y Pam lo invitaron a la boda. No volvieron a irse, la hija de Pam y Ben juega con ellas en el jardín.

Nota de la autora

Con *Fuera de juego* me despido de una serie de novelas que siempre significarán mucho para mí y que espero que consigan ganarse tu cariño. Si esta novela es la primera que cae en tus manos y te ha gustado, te recomiendo que le des una oportunidad a *Las reglas del juego*, porque allí conocerás a Pamela y descubrirás la historia de Susana y Kev MacMurray. Y en *Donde empieza todo* podrás conocer a Ben antes de su divorcio y sabrás cómo se enamoraron Victoria y Harrison MacMurray. Y Tim, el mejor amigo de Kev, también quiere contarte cómo conquistó a Amanda en *Cuando no se olvida*.

Las cuatro historias tienen vida propia y la verdad es que yo soy incapaz de elegir una, pero, si tú tienes una preferida, me encantaría saberlo. En principio solo iban a ser tres novelas, pero Pamela y Ben me dejaron fuera de juego (por eso he elegido este título) desde su primera aparición, y al final he decidido que se merecían su propio final feliz. Además, para qué voy a engañarte, yo me moría de ganas de contarte su historia desde que ellos empezaron a quejarse en mi cabeza y desde que mi amiga Claudia Velasco insistiera en que tenía que escribirla. Gracias, Claudia, tenías razón, Pamela y Ben necesitaban vivir su historia de amor. Espero haber sabido contarla.

Me despido, gracias por leerme. Un último secreto, intentaré volver a enamorarte con mi próxima novela.

Gracias al equipo de Harlequin por ayudarme a dar vida a estos personajes.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com